

KARL HILL

DESATADO



TR

DESATADO

LOS THRILLERS DE ADAM BLACK
BOOK 1

KARL HILL



CONTENTS

1. Capítulo Uno
2. Capítulo dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo quince
16. Capítulo dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo diecinueve
20. Capítulo Veinte
21. Capítulo veintiuno
22. Capítulo Veintidós
23. Capítulo Veintitrés
24. Capítulo veinticuatro
25. Capítulo veinticinco
26. Capítulo veintiséis
27. Capítulo Veintisiete
28. Capítulo Veintiocho
29. Capítulo Veintinueve
30. Capítulo treinta
31. Capítulo treinta y uno
32. Capítulo Treinta y dos
33. Capítulo Treinta y tres
34. Capítulo treinta y cuatro
35. Capítulo Treinta y cinco
36. Capítulo treinta y seis
37. Capítulo treinta y siete
38. Capítulo treinta y ocho
39. Capítulo treinta y nueve
40. Capítulo cuarenta
41. Capítulo cuarenta y uno
42. Capítulo cuarenta y dos
43. Capítulo cuarenta y tres
44. Capítulo Cuarenta y cuatro

45. [Capítulo cuarenta y cinco](#)
46. [Capítulo Cuarenta y seis](#)
47. [Capítulo cuarenta y siete](#)
48. [Capítulo cuarenta y ocho](#)
49. [Capítulo Cuarenta y nueve](#)
50. [Capítulo Cincuenta](#)
51. [Capítulo cincuenta y uno](#)
52. [Capítulo cincuenta y dos](#)
53. [Capítulo cincuenta y tres](#)
54. [Capítulo Cincuenta y Cuatro](#)
55. [Capítulo cincuenta y cinco](#)
56. [Capítulo cincuenta y seis](#)
57. [Capítulo cincuenta y siete](#)
58. [Capítulo cincuenta y ocho](#)
59. [Capítulo cincuenta y nueve](#)
60. [Capítulo sesenta](#)
61. [Capítulo sesenta y uno](#)
62. [Capítulo sesenta y dos](#)
63. [Capítulo sesenta y tres](#)
64. [Capítulo sesenta y cuatro](#)
65. [Capítulo sesenta y cinco](#)
66. [Capítulo sesenta y seis](#)
67. [Capítulo sesenta y siete](#)
68. [Capítulo sesenta y ocho](#)
69. [Capítulo sesenta y nueve](#)
70. [Capítulo setenta](#)
71. [Capítulo setenta y uno](#)
72. [Capítulo setenta y dos](#)
73. [Capítulo setenta y tres](#)
74. [Capítulo setenta y cuatro](#)

Copyright © 2020 Karl Hill

Karl Hill ha reivindicado su derecho a ser identificado como el Autor de la Obra de acuerdo con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Primera publicación en 2020 por Bloodhound Books.

Aparte de cualquier uso permitido bajo la ley de derechos de autor del Reino Unido, esta publicación solo puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, con el permiso previo por escrito del editor o, en el caso de reproducción reprográfica, de acuerdo con los términos de las licencias emitidas por la Agencia de Licencias de Derechos de Autor.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

www.bloodhoundbooks.com

CAPÍTULO UNO

DICIEMBRE DE 2010

El ataque es la mejor forma de defensa. Ayudado por la habilidad, la astucia y una buena dosis de pura suerte.

Consejo dado a los nuevos reclutas del 22º Regimiento del Servicio Aéreo Especial.

El clima no importaba. No para Adam Black. Nieve, granizo, niebla. Como un reloj, salía a correr por la tarde. Si era por costumbre, instinto o incluso por placer, no podía estar seguro. Quizás por locura. Pero estaba arraigado, era como una segunda naturaleza, resultado del entrenamiento más duro conocido por el hombre, así que esta tarde en particular no era diferente a cualquier otra. Excepto por la luna. Era una luna de sangre, sin nubes que la ocultaran, rodeada por un millón de estrellas.

—Mala suerte —vaticinó Jennifer, mientras lo observaba atarse las zapatillas, con una media sonrisa en los labios.

—O quizás buena suerte —se rio Black—. Mientras estoy fuera, puede que te toque la lotería.

—Lo cual sería estupendo, si alguna vez comprara un boleto.

—Un fallo importante. Seamos sinceros. Tener todo ese dinero sería... déjame pensar. ¿Aburrido? ¿Quién quiere ser asquerosamente rico y vivir una vida de vergonzosa decadencia y lujo increíble? Seguramente tú no.

Jennifer le revolvió el pelo.

—Por supuesto que no. Dios nos libre. Apenas puedo imaginar lo horrible que sería. La cena estará lista en media hora. Si llegas tarde, te espera pasta blanda.

Black sonrió.

—Media hora o pasta blanda. Pon eso en mi lápida, por favor.

—Preferiría que te pusieras esto en la cabeza —le entregó un gorro de lana negro de montaña—. Están a dos bajo cero.

Black miró el gorro con escepticismo.

—¿En serio?

—En serio. No quiero que ningún marido mío ande por ahí con las orejas congeladas. Sería vergonzoso. Para mí, claro. ¿Qu~~é~~ dirían los vecinos?

Se encogió de hombros —era inútil discutir— y se lo puso. Incluso con el gorro, tenía una figura imponente. Discretamente musculoso, guapo de una manera curtida, pómulos más bien duros, ojos oscuros.

—Los tipos duros no deberían necesitar llevar gorros como este.

—Precisamente por eso necesitas llevarlo. Te veo en media hora, tipo duro. El reloj está en

marcha.

CAPÍTULO DOS

Jack cerró la puerta principal tras de sí; se sentía más frío que dos grados bajo cero al salir del calor del interior. Su piel hormigueaba; sus pulmones notaban el mordisco del aire gélido. Una nube de vaho se formaba con cada respiración.

Iba vestido para la ocasión: una camiseta de manga larga ajustada bajo una sudadera ligera con bandas reflectantes; pantalones cortos de ciclismo bajo un chándal holgado; calcetines tobilleros; guantes acolchados de ciclismo. Y el gorro, por supuesto. Había probado a usar zapatillas de correr de suela plana —si el hombre primitivo se movía con los pies descalzos, ¿por qué no podría hacerlo el hombre moderno y a la moda? Además, las revistas de running alababan el concepto. Black lo había intentado durante seis meses, pero al final juzgó la idea como una estupidez. Demasiada tensión en los tobillos, las pantorrillas, sus pies sintiendo cada minúscula piedra, cada borde, cada grieta. Las revistas de running acabaron en la basura. Volvió a las zapatillas de correr tradicionales, todas acolchadas y con mucho rebote.

Se calentó unos segundos en el jardín delantero. Evitó estirar —estaba sobrevalorado y aumentaba las probabilidades de sufrir un tirón muscular. En su lugar, saltó suavemente en el sitio, agitando los brazos, rotando el cuello, girando los hombros, respirando profundamente, llenando sus pulmones.

Miró al cielo nocturno, y allí estaba. Una luna de sangre. Un extraño círculo de color rojo oscuro, fuera de lugar entre las estrellas. Como una gema perfecta. Casi alienígena. Había visto más sangre de la que le gustaría recordar y conocía todos sus tonos, todas sus permutaciones. Este era el color de la sangre vieja, decidió. Sangre que deja mancha. Sangre que no se lava.

Comenzó a correr. Su programa cambiaba cada semana. Mantener rígidamente la misma ruta era una receta para el desastre: la mente se aburría, se hastiaba, afectando el rendimiento del cuerpo, hasta que correr se convertía en algo peor que una tarea, una prueba.

Esta semana en particular, era dos vueltas alrededor del parque del pueblo. Desde su casa de campo y de vuelta, era una carrera de unos siete kilómetros. Vivían a un kilómetro y medio del pueblo de Eaglesham, situado en las afueras de Glasgow. Un pueblo asentado en la ladera de una colina, con la forma general de una A mayúscula, estructurado alrededor de una plaza común. Un "pueblo planificado" del siglo XVIII, repleto de edificios catalogados, casitas encantadoras y callejones secretos. Creado así por el Conde de Eglinton, un rico aristócrata escocés, aparentemente un altruista en su época. Una fábrica de algodón se alzaba una vez en el centro, dando empleo a más de doscientas personas. La industria algodonera murió, la fábrica murió con ella, reducida a un puñado de piedras. Los restos aún podían encontrarse, si uno buscaba lo suficiente, entre los árboles, arbustos y la hierba alta. Black nunca fue un aficionado a la historia. Nunca se había molestado en buscar, y nunca lo haría.

La cuesta que subía hasta el vértice de la A era empinada, medio kilómetro de esfuerzo. Bajar era pan comido, aunque la carretera era traicionera por el hielo; un tobillo torcido no era algo inusual.

Pasó por la oscuridad del bosque, separado de la acera por un muro bajo de piedra seca, hasta que llegó a la primera farola, y luego casas a ambos lados de una carretera de dos carriles. Llegó al centro del pueblo —una hilera de pequeñas tiendas de techo plano— luego giró a la derecha y comenzó el ascenso. Aquí, la carretera era estrecha, la acera apenas lo suficientemente ancha para una persona. A su derecha había hileras de casas adosadas altas y apretadas con hastiales escalonados, antes hogares de los trabajadores de la fábrica, ahora viviendas de escapada sobrevaloradas para gente rica con dinero para quemar y tiempo para hacerlo. A su izquierda, el parque, una mancha de sombra profunda. Redujo un poco la velocidad; la pendiente era empinada. Pasó junto a ventanas y vislumbró a gente haciendo lo que hace, viviendo sus vidas: viendo la tele; cocinando la cena; sentados a la mesa; niños haciendo los deberes. Cosas rutinarias. Cosas normales.

A mitad de camino, llegó al único pub de Eaglesham, el Old Swan. Un edificio de arenisca roja, ventanas georgianas, alféizares pintados de negro. Había gente fuera en el frío glacial, fumando, charlando, tal vez media docena. Dentro había mucho ruido —una semana antes de Navidad. Tiempo de fiesta.

Se desvió hacia la carretera para evitar colisiones. Alguien gritó algo. Una voz de hombre. Los oídos de Black estaban amortiguados por su gorro. ¿Qué era? Dos palabras. Payaso de mierda. Podría ser. Black lo ignoró, siguió corriendo, y en unos segundos había dejado atrás el pub y volvía a correr pasando más casas. Su ruta le llevaría una segunda vez junto al Old Swan. Para entonces, quien hubiera gritado habría terminado su cigarro y estaría de vuelta dentro tomando cervezas.

Probablemente.

Black no podría haber estado más equivocado.

CAPÍTULO TRES

CINCO HORAS ANTES: 15:00

Damian Grant estaba de un humor de perros, y cuando se ponía así, solían ocurrir cosas de locos. Su primo y amigo de la infancia, Tommy "Teacup" Thomson, había presenciado esto cientos de veces antes, y aunque siempre le había seguido el juego, principalmente porque le pagaban por hacerlo, nunca le había gustado. Teacup no era ajeno a la violencia —boxeador profesional convertido en matón y chico para todo—, pero Damian lo llevaba a un nivel completamente nuevo.

Teacup observaba a Damian, que estaba esnifando su tercera raya de cocaína de una mesita auxiliar con tapa de cristal. No eran los únicos en la habitación. Sentado en un sillón junto a un mirador, leyendo un periódico y aparentemente ajeno a las diatribas de Damian, estaba William Blakely. Contratado desde Manchester. Vestido impecablemente como siempre: traje de lana azul celeste, camisa blanca almidonada, corbata de seda blanca, zapatos pulidos hasta brillar como espejos, gemelos de plata. Lo que la gente no sabía era que llevaba un puño americano en un bolsillo interior y una navaja en el otro. Y no tenía miedo de usarlos.

Pero Damian Grant estaba de un humor de perros, y Teacup no sabía cómo demonios iba a transcurrir el día.

—Lo necesitaba tanto —suspiró Damian, reclinándose en un sillón de cuero beige, con las piernas extendidas frente a él, dos pálidas extremidades que sobresalían como cerillas de una bata de terciopelo—. Sé que lo desapruebas, pero ¿sabes qué? Me importa un bledo. Tu desaprobación no me preocupa. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —dijo Teacup.

—Porque, viejo amigo, con toda la mierda que tengo que aguantar, no es de extrañar que busque refugio en las drogas duras. ¿Te gusta esa palabra, Teacup?

—¿Qué palabra? —dijo Teacup.

—Refugio. Eso es lo que me da esta mierda. Un puto refugio absoluto. Refugio del viejo cabrón.

Teacup hizo una pausa, pensativo. Tenía que tener cuidado con lo que decía. Cada palabra era importante cuando Damian estaba así. Cada palabra tenía consecuencias. Por un lado, el hijo. Por el otro, el padre. Un acto de equilibrio. Tenía que ser leal a ambos. Si se corría la voz de que había hablado mal del señor Grant, tendría un problema. Consecuencias.

—Tu padre no es un hombre fácil —dijo Teacup, asintiendo con la cabeza como si estuviera de acuerdo—. Puede ser difícil. Pero tiene mucho entre manos.

—¡Mucho entre manos! —Damian le lanzó una mirada fulminante, con los ojos brillantes—. ¡Qué coño significa eso! ¡Si vas a abrir la boca, al menos intenta decir algo con sentido! —La

voz de Damian adoptó un tono gélido—. Se trata de respeto. O de la falta de él. No soy su puto recadero. ¡Haz esto! ¡Haz lo otro! Chasquea los dedos y yo voy corriendo. Correteando como su puto perro faldero. Déjame explicarte algo. Acércate.

Damian se inclinó hacia delante en su silla. Teacup, sentado enfrente, se acercó más.

—Me está destruyendo —dijo Damian, con voz baja, apenas un susurro—. Me está arrancando el puto alma. —Se llevó la mano al pecho, en un gesto de dramatismo fingido—. ¿Lo entiendes?

Se quedó mirando a Teacup. Teacup solo pudo devolverle la mirada.

—A fin de cuentas —continuó Damian suavemente—, tengo todo el derecho a mis pequeños devaneos. —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, un sonido crudo y salvaje—. ¿Qué te parece esa palabra, señor Blakely?

William Blakely levantó la vista de su periódico. Habló con un tono tranquilo y mesurado, que contrastaba con su corte de pelo al rape y sus rasgos toscos y contundentes.

—¿Qué palabra era esa? —dijo Blakely.

—¡Devaneos! ¡Jodidos devaneos! Impresionante, ¿no crees?

Blakely sonrió.

—Ahí habla un hombre educado —dijo, y volvió a su periódico.

Y Teacup estuvo de acuerdo. No se había escatimado en la educación de Damian Grant. Colegios privados (aunque le habían expulsado de dos), clases particulares. Debería haberle ido mejor, pero no fue así. Su padre, Peter Grant, nunca tuvo la oportunidad de recibir una educación, se había abierto camino desde la calle, y por eso había colmado a su hijo de todo lo que el dinero podía comprar. Era natural, un padre que velaba por su hijo, pensó Teacup. Pero Damian se lo había escupido a la cara. A lo grande. Era difícil no percibir la amargura en su voz cuando hablaba.

—Es tu tercera raya hoy, Damian. ¿Puedo hacerte una sugerencia?

—¡Cuidado! Teacup va a hacer una sugerencia. Esto va a ser bueno.

Teacup se humedeció los labios. Qué demonios, pensó.

—No te vendría mal una noche en casa —dijo Teacup.

Silencio. Damian le miró con una larga y pensativa mirada. Luego habló, con un tono tranquilo, casi razonable. No era buena señal.

—¿Una noche en casa? ¿En serio? ¿Esa es tu sugerencia?

Teacup no respondió. Había dicho lo que no debía, y lo sabía.

—¿Con quién te crees que estás hablando? —dijo Damian. Otro silencio. William Blakely levantó la vista de su periódico por segunda vez. De repente, Teacup oyó un sonido: el latido de su propio corazón.

—No soy un puto crío de tres años —dijo Damian suavemente—. No me trates con condescendencia, Teacup, o te juro que te echo a patadas, y entonces qué diría papá. Con una palabra mía, te sacaría las putas tripas. Te colgaría de los cojones.

Lo cual era cierto, reflexionó Teacup. El simple hecho era que, a pesar de ser familia, estaba en nómina, al igual que William Blakely, al que habían traído expresamente desde Manchester. Y les pagaban para hacer un trabajo muy específico: cuidar de Damian durante el periodo navideño, cuando Damian era capaz de hacer las mayores locuras. Si Teacup se alejaba de Damian, por cualquier motivo, tendría problemas. Y Damian llevaba una semana dándole duro a las drogas y al alcohol, causando el caos en todos los clubes y pubs. Ningún sitio estaba a salvo. Refugio, pensó Teacup. No había ninguno. Damian Grant tenía la resistencia de un caballo y una fuerte inclinación hacia la violencia extrema. Una mezcla difícil de manejar para cualquiera.

Y entonces a Teacup se le ocurrió una idea. Levantó ambas manos en señal de apaciguamiento.

—No quería ofenderte, Damian. Me preocupo por ti. Lo sabes. ¿Por qué no probamos algo diferente esta noche?

—Otra de las sugerencias de Teacup. Espero que sea mejor que la anterior.

Teacup esperaba que lo fuera.

—Hemos estado en todos los bares y clubes de Glasgow. Vayamos a algún sitio diferente. A algún lugar un poco... —Teacup tuvo que rebuscar las palabras adecuadas—. ...apartado. Un cambio de aires. Un sitio no tan ruidoso. Un sitio... poco común.

Damian se limpió el polvo blanco de debajo de la nariz, escrutando a Teacup con los ojos entrecerrados.

—¿Poco común? ¿Apartado? —Olfateó—. Me gusta cómo suena eso. Quizás un cambio de aires sea lo que necesitamos. —Se recostó—. Esto tiene potencial. Tal vez. ¿Le gusta esa palabra, señor Blakely? ¡Potencial!

—Me encanta —dijo Blakely con voz seca. Era obvio que le importaba un bledo.

—¿Tienes algún sitio en mente? —preguntó Damian. Teacup asintió. Un lugar evocado de viejos recuerdos.

—De hecho, sí. Un pub rural, donde la cerveza es buena y barata, y nadie nos va a molestar. Remoto. Sin problemas. Estuve allí hace años. Podemos relajarnos, echarnos unas risas. Desconectar. Quizás como en los viejos tiempos. ❖❖ Qué te parece?

Damian frunció los labios.

—¿Como en los viejos tiempos? ¿Qué coño significa eso? —Su cara se iluminó con una sonrisa—. ¿Un pub rural? Para empezar, odio el campo. Lleno de mierda de vaca y meados de caballo, y a saber qué más. ¿Y si necesitas cagar? ¿Qué hacemos entonces? ¿Nos ponemos en cuclillas sobre un agujero en medio de la puta nieve? ¿Y qué pasa con el coño? No voy a follarme a una oveja perdida. Muchas preguntas, Teacup.

—Personalmente, nunca cagaría en un campo —interrumpió Blakely—. Jamás haríamos eso en Manchester. Ni de coña. Tenemos estilo, ¿sabes? Sin embargo, lo de la oveja perdida... eso es más tentador. ¿Qué palabra usaste? ¿Potencial? Eso sí que tendría potencial. Si tengo suerte, claro. —Esbozó una sonrisa acerada—. Mejor me pongo mi mejor camisa. Y me cambio los calzoncillos.

Todos rieron. Teacup dio un suspiro silencioso de alivio. La tensión se había roto. Por ahora. Y si lograba llevar a Damian a un lugar donde no hubiera otros locos desgraciados, quizás podrían sobrevivir la noche ilesos. Tal vez. Era mucho pedir.

Damian se puso de pie de un salto, ya zumbando por los efectos de la cocaína. Teacup conocía la rutina. Observó en silencio cómo Damian se dirigía a la cocina de planta abierta y se servía un vaso alto de vodka de una gran variedad de botellas en la encimera, que se bebió de un trago.

—¿No te apetece? —preguntó Damian, señalando a Blakely. Este miró, sonrió y agitó la mano en señal negativa.

—Estoy de servicio, ya sabes.

—Cierto —dijo Damian, haciendo un saludo burlón—. ¡De servicio, señor Blakely! Tiene que mantener esa coordinación suya en perfectas condiciones cuando el viejo puño americano salga de su descanso para sembrar el caos y la destrucción —Damian ladeó la cabeza—. La verdad es que nunca he visto a nadie usar un puño americano. Debe causar un daño considerable en la cara de un hombre. O de una mujer, ya puestos.

—Puede hacerlo —dijo Blakely riéndose—. Un daño incalculable. Hunde los huesos y la cara se desmorona. Se pliega sobre sí misma. Puede arrancar una nariz de cuajo. Una vez dejé ciego a un tío. El ojo simplemente salió disparado, como una puta bola de billar. Malas noticias para la mayoría de la gente. Pero para el glasgowiano medio, es como una mejora facial. Y digo esto solo porque el glasgowiano medio que he conocido, presente compañía excluida, es el cabrón más feo del hemisferio occidental.

—¡Cierto! —Damian se rió mientras se servía otro vaso grande de vodka puro.

—Pero la navaja es diferente —continuó Blakely, con voz queda y sombría—. La navaja no es ostentosa. No hay... —Blakely frunció el ceño mientras buscaba la expresión adecuada—. ...teatro, si me entiendes. No mutila ni desfigura, a menos que solo estés enviando un mensaje. La navaja es honesta. Es limpia. Bien hecha, perfora el corazón y se acabó. Buenas noches, Viena. No se puede discutir con una navaja. Hace el trabajo como Dios manda.

—¡Joder! —Damian agitó su bebida, derramándola sobre la encimera de la cocina—. Este hombre es un puto filósofo. Me quito el sombrero ante el señor Blakely. ¿Qué opinas, Teacup? ¿Puño americano o navaja?

Teacup frunció el ceño. Era una pregunta tan ridícula. Pero tenía que seguirles el juego.

—Ninguno de los dos. Demasiado personal. ¿Qué tal una escopeta de doble cañón? Recortada, para máximo impacto. Sin tonterías, explosión instantánea de cabeza. Todo hecho a una distancia segura. Trabajo completado. Y sin sangre en tus llamativos zapatos Gucci.

Damian soltó una carcajada aguda y salvaje.

—¡Esta noche vamos de fiesta, chicos!

Se bebió los restos de su vodka, agarró una botella y salió tambaleándose de la cocina y del salón, dirigiéndose a su dormitorio al final del pasillo, cantando mientras iba. Se ducharía, se cambiaría, se acabaría más vodka y, sin duda, esnifaría más cocaína por sus fosas nasales. Teacup estaba acostumbrado a la rutina y la temía.

Blakely le miró de reojo, se encogió de hombros y volvió a centrarse en el periódico.

—Buena idea.

—¿Qu~~??~~?

—Un pub de pueblo. Pensamiento rápido. Podría significar menos problemas, si lo manejamos bien. Mantenerlo alejado de los licores. Y de más drogas, si podemos.

—Si podemos —Teacup se puso de pie y se dirigió a la ventana salediza junto a Blakely. El ático en el que estaban era un regalo del padre de Damian a su único hijo, y debía haber costado un buen medio millón. Posiblemente más. Y una cosa era segura: las vistas valían el dinero. Teacup contempló el paisaje: en la distancia cercana, un abigarrado panorama de tejados y chimeneas, y más allá, carreteras y puentes, y el ancho río Clyde, y a lo lejos, colinas de color gris pálido bajo el triste sol invernal. En algún lugar entre esas colinas estaba su destino esta noche. Y esta noche se suponía que habría luna de sangre, había oído.

Rezó a Cristo para que la sangre se quedara allí.

CAPÍTULO CUATRO

Blake miró al cielo; la luna ocupaba el centro del escenario, como un guijarro perfecto en un desierto negro y brillante. Había completado la primera vuelta. Estaba al pie de la A, donde era llano. Había encontrado un segundo aire. La siguiente vuelta sería más fácil, lo sabía. Sin molestias, sin dolores. Se sentía bien. El frío se había ido; sus músculos estaban sueltos y relajados. Podría correr ciento sesenta kilómetros. Aumentó el ritmo, pensando en la maravillosamente descrita pasta blanda con la que su mujer le había amenazado si llegaba tarde. Alcanzó el punto de giro y subió de nuevo la cuesta. El resplandor de las farolas daba un extraño aire de brujería a las casas y la acera, como si estuviera corriendo por otro mundo, en otra época. Corriendo a través de un sueño. Se preguntó brevemente si encontraría más insultos en el pub, ochocientos metros más arriba. El aire estaba quieto y en calma.

Perfecto, pensó.

Llegaron a las 17:00.

Teacup conocía el Old Swan porque había estado allí una vez, años atrás, con su padre, y tenía vagos recuerdos de un ambiente tranquilo y sosegado, donde uno o dos lugareños se sentaban cuidando sus cañas y charlaban en voz baja. Su padre había conseguido un trabajo arreglando un tejado para alguien que vivía en el pueblo, y Teacup había ayudado de crío, subiendo y bajando pizarras por una escalera, según recordaba. Eso fue hace mucho tiempo. Su padre llevaba mucho tiempo muerto, con los pulmones ennegrecidos por el cáncer. Teacup no había vuelto a subir a un tejado desde entonces, y no tenía intención de volver a hacerlo.

Aparcaron el Range Rover a poca distancia del pub, a solo cuarenta metros de la puerta. Aun así, Damian se las arregló para quejarse.

—Estos paletos de mierda más les vale no rayar el coche —refunfuñó.

—No te agobies. Nadie va a rayar el coche —dijo Teacup.

Damian no cedió. —Esto es una puta escalada de montaña. Podrías haberme dicho que íbamos de excursión. Habría traído mis botas de montaña.

—No tienes botas de montaña, Damian —dijo Teacup.

—Esto es el campo —William Blakely caminaba a su lado, tomando aire de forma exagerada—. Oled ese aire del campo. Respiradlo, chicos. Limpia los pulmones. Mejor que toda esa mierda de la ciudad.

—Cuidado con la mierda de vaca —Damian se rio, quizás un poco demasiado alto, y todos rieron juntos. Hasta ahora todo bien, pensó Teacup. Damian se estaba riendo, una buena señal. Todo podía cambiar en un segundo.

El pub era cálido y acogedor, y estaba más lleno de lo que Teacup esperaba, con gente que había salido a tomar copas antes de las fiestas de Navidad. Un calentamiento antes de la

diversión en la ciudad, se dio cuenta. Era de estilo antiguo. Un verdadero fuego de leña crepitaba en una chimenea de piedra marrón, vigas de roble ennegrecidas por el tiempo y el humo recorrían la longitud de un techo bajo; el suelo era de simple madera oscura, que crujía con cada paso; las paredes eran de simple piedra color crema, con cuadros de lugares y rostros descoloridos. Taburetes altos bordeaban la barra; la gente reía y charlaba en reservados de madera y alrededor de mesas de madera toscamente talladas.

Consiguieron tres taburetes en la barra.

—¿Qué vais a tomar, chicos? ❖❖❖ Damian seguía eufórico. Sus ojos brillaban. Cuando hablaba, las palabras salían atropelladamente, tropezando unas con otras—. No, dejadme adivinar. Sr. Blakely, querrá una Coca-Cola light con una rodaja de naranja. ¿O era de limón? Teacup, tú tomarás alguna bebida de mariquita. Zumo de grosella negra con gaseosa. O alguna otra meada. ¡O dejadme adivinar! Quizás una taza de té Darjeeling fino, en una taza de porcelana fina, para el hombre al que llaman Sr. Tommy "Teacup" Thomson.

—Grosella negra con gaseosa es lo más fuerte que tomo —Teacup se encogió de hombros—. Las órdenes son las órdenes.

Supo al instante, en cuanto las palabras salieron de su boca, que había dicho lo incorrecto.

—¿Las órdenes son las órdenes? —repitió Damian—. ¿Esa es la respuesta que recibo? ¿El pequeño soldadito de madera de mi padre?

Se inclinó hacia delante, a un centímetro de la oreja de Teacup, y habló en un susurro áspero. —Las órdenes son las órdenes. Entonces cumple las órdenes. Y puedes pagarlas tú también. Para mí un doble. Whisky. De cualquier puto tipo. Y una caña. Por favor. Por favor, bonito.

Miró fijamente a Teacup, de cerca, y se quedó así durante varios segundos incómodos. Teacup se tensó, consciente de que cualquier cosa podía pasar. No respondió. No movió ni un músculo. Era un amigo, era un pariente. Pero cuando Damian Grant estaba en la zona, nadie estaba a salvo.

De repente Damian se rio y pellizó la mejilla de Teacup. ❖❖❖ Solo estoy de coña, idiota —Sacó una cartera del bolsillo con cremallera de su chaqueta de cuero y extrajo un billete de cincuenta libras, que dejó caer sobre la barra—. Cógelo de ahí. Vuelvo en un momento —Se bajó del taburete alto y se dirigió al baño de caballeros.

Blakely resopló. —Se va a por otra dosis.

Teacup asintió. —Será la quinta hoy. Quizás más. Pierdes la cuenta. Y yo que pensaba que esto sería fácil. Mejor prepárate. Puede ser una noche larga.

Blakely sonrió y dio una palmada en el hombro a Teacup. —No te preocupes, chaval. No hay nada que no podamos manejar.

CAPÍTULO CINCO

Tres horas de beber sin parar. Damian hablaba demasiado alto, soltando tacos para que todo el pub le oyera, recordando historias que nadie allí tenía por qué conocer. Historias peligrosas sobre hombres peligrosos, historias que podían meter a la gente en problemas. El camarero les observaba atentamente. Teacup captó las señales. Era hora de irse. Lo tenía planeado en su cabeza: primero, otra pausa para fumar, y luego, cuando los tres estuvieran fuera, una sutil sugerencia de que el sitio era demasiado aburrido, que deberían moverse. No podía imaginar que Damian se negara. Estaba alterado. Deseando ir a nuevos lugares. Situación exitosamente desactivada, por el momento. Y luego un buen rato en el coche, dando vueltas, debatiendo adónde ir, y cuando finalmente llegaron a su próximo destino, sin duda todo volvería a empezar. Pero desde el punto de vista de Teacup, un nuevo comienzo era mejor que un mal final.

Y en los últimos días, Teacup había visto muchos malos finales.

Ese era el plan.

Salieron al aire gélido, y los tres encendieron un cigarrillo.

Había otras cuatro personas fuera, dos parejas de mediana edad, hablando entre ellas, riendo, cada rostro iluminado por un punto naranja de nicotina ardiente.

—¡Mirad a este loco! —gritó Damian de repente. Todos miraron en la dirección que señalaba. Subiendo la colina, acercándose a ellos, venía un corredor. No, pensó Teacup, mientras se fijaba en el individuo a unos cuarenta metros de ellos. Este tío corría a toda velocidad, más que trotar. Y correr a esa velocidad, con este frío y en una cuesta así, significaba que el tipo estaba en forma. Súper en forma. Teacup sintió una pizca de envidia, y un poco de admiración. Él podría haberlo hecho cinco años antes, cuando boxeaba. Ahora no.

El corredor se desvió hacia la carretera para evitarles. Damian le gritó algún improperio. Afortunadamente el corredor siguió adelante, apenas mirándoles.

—¿Por qué hace la gente eso? —preguntó Damian, a nadie en particular—. En serio. ¿Es tonto o qué? Y con este tiempo. Debe tener los huevos del tamaño de cacahuets. Y la polla se le debe haber encogido hasta el tamaño de... ¿a qué tamaño se encoge una polla con este tiempo de mierda?

Blakely dio una profunda calada a su cigarrillo.

—A una chistorra. Que es el equivalente a una salchicha en miniatura.

—Sí, William —dijo Damian—. Todos sabemos lo que es una chistorra. Ese no es el tema. El tema es... ¿qué narices hace corriendo así con este tiempo? No tiene sentido. —Se dio unos golpecitos en la sien con el dedo—. El tío es un idiota.

Teacup metió las manos en los bolsillos del abrigo, protegiéndose del frío.

—Puede ser. Pero está en plena forma.

La conversación se desvió y se hizo el silencio. Teacup miró hacia arriba y vio la luna de sangre en el cielo. La contempló, fascinado. Le parecía perfecta. Un círculo rojo, sin mácula de nubes. Impoluto. Nunca había visto nada parecido.

Quizás un presagio, pensó. Una señal. Si buena o mala, no lo sabía. Normalmente mala, en su mundo. Las otras cuatro personas terminaron sus cigarrillos, los apagaron en un cenicero exterior y entraron. Cayó una quietud. Más allá del perímetro de la farola había sombras y oscuridad, y no mucho más. El mundo contenía la respiración.

Teacup no era el tipo de hombre dado a la introspección. En su oficio particular, nunca era bueno pensar demasiado en las acciones y sus consecuencias. Pensar podía devorarte, consumirte. Volverte ineficaz. Sin embargo, ahora, en este momento, bajo este extraño cielo alienígena, sentía... ¿qué? Un peso oprimía su mente.

Tristeza.

Estaba aquí, en el pueblo de Eaglesham, haciendo de niñera de un psicópata. Junto a un hombre que mataba por dinero. Los juerguistas a su alrededor, fumando, bebiendo, riendo, eran solo personas. Hombres y mujeres, viviendo vidas normales, haciendo cosas normales. Dos mundos diferentes. El suyo y el de ellos.

Teacup miró fijamente la luna de sangre, buscando una respuesta. ¿Qué era él, entonces? Estaba lejos de ser ordinario. Vivía una vida empaçada de violencia. Muerte. Había trabajado para el padre de Damian desde que era adolescente. Era familia, después de todo. Fue una progresión natural. Una progresión hacia el tráfico de drogas, la extorsión, la prostitución, el chantaje. El asesinato. Todos los pecados imaginables, pensó sombríamente.

Lejos de ser ordinario. Un gángster. Ni más ni menos. Si no acababa en prisión, acabaría muerto. Tales eran las perspectivas profesionales trabajando para los Grant. Observó a Damian por el rabillo del ojo. El tío era un yonqui demacrado. Pero era familia. Y era el único hijo de Peter Grant. Y Teacup tenía un trabajo que cumplir.

La tristeza se desvaneció. La noche perdió su extraña melancolía. Una vieja emoción se filtró en su corazón. Amargura. Estaba desperdiciando su vida. Se rebelaba contra ello. Pero no había nada que pudiera hacer. No había salida. Este era su trabajo, pura y simplemente. Y si no te gustaba, en el mundo de Peter Grant, acababas bajo tierra, con una bala en la cabeza o un cuchillo en el cuello.

Teacup respiró hondo. Joder, qué frío hace, pensó. Era el momento. Se volvió hacia Blakely. Abrió la boca para sugerir que se movieran, que buscaran otro bar, cuando Damian volvió a señalar, con el brazo extendido, saltando como un perrito faldero excitado.

—¡Ahí viene otra vez, el loco! ¿Os lo podéis creer?

Teacup y William Blakely, por segunda vez, giraron bruscamente la cabeza. Efectivamente, el mismo corredor subía la colina. Si acaso, notó Teacup, su ritmo había aumentado.

Damian se volvió hacia él y habló en voz baja, en un tono que Teacup había aprendido a temer.

—¿Así que crees que está en plena forma? ¿Crees que una puñalada en la tripa le ralentizaría?

Damian sacó una navaja de quince centímetros de dentro de su chaqueta de cuero.

Teacup no respondió. Se le subió el corazón a la boca. No podía hablar. El corredor estaba a solo diez metros y pasaría junto a ellos en dos segundos. Damian de repente se lanzó hacia él.

Y entonces se desató el infierno.

CAPÍTULO SEIS

Black se acercó al pub. Se sentía bien. Relajado. Los miembros le funcionaban. Respiraba con facilidad. El grupo de fuera había menguado, y solo vio a tres personas. Aceleró ligeramente el paso, consciente de que el fumador que le había gritado podría seguir allí. Pásalos rápido, pensó. Los habría dejado atrás en cinco segundos. Les echó un vistazo más de cerca al aproximarse. Tres hombres. Bien vestidos. Dos de ellos corpulentos, con hombros anchos, cuellos de toro, de pie con el porte inconfundible de los atletas. Hombres entrenados. Hombres que trabajaban sus cuerpos. El tercero era más delgado, con una cara pálida, casi demacrada, que de repente le señaló. Black sintió una descarga de adrenalina renovada, presintiendo problemas, y se desvió hacia el lado más alejado de la calzada.

Estaba casi a su altura. El hombre que había señalado, el más pequeño, hizo un movimiento repentino, corriendo hacia la calzada, directamente en el camino de Black. Algo brilló en su mano. ¡Una navaja! Los otros dos, como animales de manada, le seguían de cerca.

Black no pudo evitar la situación. Los acontecimientos que siguieron fueron rápidos y devastadores.

El hombre con la navaja —Cara Demacrada— se abalanzó sobre él, tratando de apuñalarle en el abdomen. La acción fue salvaje, descontrolada.

Black se detuvo de repente, giró, agarró el brazo del hombre en una llave, una mano en su muñeca, la otra justo por encima del codo, y empujó hacia delante, rompiendo el cúbito. El brazo del hombre se quebró con un crujido audible. Gritó. Black lo empujó. Los otros dos se le echaron encima al instante.

Uno lanzó un puñetazo, la mano brillando bajo la luz de la calle. ¡Un puño americano! Black se agachó, dio un paso atrás. El otro también lanzó un puñetazo, un directo de izquierda, disciplinado, preciso, como un boxeador, tratando de alcanzarle mientras se agachaba. Black levantó el hombro, absorbiendo el golpe, pero sintió como si le hubiera golpeado una losa.

Entonces Black hizo algo que no esperaban. Atacó.

Puño Americano lanzó otro golpe. Black se acercó, bloqueó el golpe, le dio un rodillazo en la entrepierna, le asestó un fuerte golpe en la garganta con el talón de la mano, aplastándole la tráquea. Puño Americano se atragantó, se tambaleó hacia atrás. El Boxeador saltó sobre su espalda, un brazo en una llave alrededor de su cuello, propinándole golpes cortos y fuertes en el lado de la cara. Black le dio un cabezazo, dos, con la parte posterior de su cabeza. El agarre se aflojó. Ambos cayeron sobre la calzada, el Boxeador intentando poner a Black debajo. Black se relajó, usó el impulso del hombre, aterrizó encima, le golpeó la barbilla, la nariz, escuchó los huesos crujir. El Boxeador sacó una navaja. Black se desenredó y, con una agilidad casi acrobática, giró y adoptó una postura de combate. Puño Americano reapareció, se tambaleó hacia

delante, pero estaba en evidente apuro, blandiendo una hoja de quince centímetros. Lanzó un golpe, tratando de alcanzar la garganta de Black. Black lo encontró, le agarró la muñeca, lo atrajo hacia sí y le asestó un tremendo golpe en la sien. Se desplomó en el suelo y quedó inmóvil.

Un grito maniaco cortó el aire. Cara Demacrada, con un brazo agitándose como un tubo de goma, le atacó salvajemente, pero con poca precisión. Black esquivó, vio una apertura, le pateó la rodilla, que se dobló hacia atrás. Cara Demacrada aulló, con el rostro contorsionado. Black le golpeó el cuello. Cara Demacrada se desplomó en el suelo. Black se agachó, le dio un golpe final, fuerte en la garganta. Sintió que algo se rompía. Cara Demacrada rodó de lado, ahogándose, con el cuerpo convulsionando.

Black se giró. El Boxeador todavía estaba aturdido, apoyado en un codo, tratando de ponerse de pie. Black se cernió sobre él, le pisoteó el pecho, la cara. Escuchó cómo se le rompía la mandíbula. El Boxeador gimió. Black pisoteó de nuevo, y otra vez, hasta que los gemidos cesaron.

En menos de treinta segundos, había neutralizado a tres hombres armados.

Black dio un paso atrás, tentado por un milisegundo de fundirse en la oscuridad del parque. Pero la tentación pasó. Una joven salió del pub y lo vio en medio de la calzada, de pie junto a tres hombres tendidos en el suelo, y reaccionó como lo haría cualquier ser humano normal.

Gritó.

—¡Llama a la policía! —dijo Black—. ¡Ahora!

CAPÍTULO SIETE

No te pares a pensar; si intentas razonar, morirás. Haz exactamente aquello para lo que te han entrenado. Pensar mata.

Mensaje de un sargento mayor a los nuevos reclutas del 22º Regimiento del Servicio Aéreo Especial.

La sala de interrogatorios estaba desprovista de mobiliario, excepto por una mesa y cuatro sillas. Sin ventanas, las paredes de un amarillo pálido, del color del vómito añejo, el suelo de linóleo gris oscuro. La habitación estaba ferozmente iluminada por una única lámpara fluorescente en el techo. A un lado de la mesa, contra la pared, había un dispositivo de grabación y un micrófono. El único otro objeto sobre la mesa era un vaso de plástico vacío.

Black estaba sentado en una de las sillas, y llevaba así veinte minutos, con un policía uniformado de pie junto a la puerta.

Ninguno de los dos hablaba. Black no estaba de humor para una conversación trivial. Le habían dado una sudadera marrón y unos pantalones de chándal holgados del mismo color, que llevaba puestos. Le permitieron conservar sus calcetines. Su ropa de correr original había sido fotografiada, se habían tomado muestras con guantes quirúrgicos por los analistas forenses, y luego la ropa fue embolsada y retirada. Aún podía oler su propio sudor. Le habían permitido lavarse la sangre de la cara. Sangre, recordó, de los hombres que le habían atacado hacía menos de dos horas.

La puerta se abrió. Entraron dos hombres, de paisano. Uno era calvo y tenía unos diez kilos de más; facciones pequeñas y apretadas en un rostro redondo e inexpresivo. El otro era más alto, llevaba gafas de montura negra, el pelo creciendo a unos centímetros del cuero cabelludo como una cerda oscura, con una carpeta bajo el brazo. Podría haber pasado por un contable en lugar de un policía, pensó Black. El policía uniformado asintió y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Los dos se sentaron enfrente. El de las gafas colocó la carpeta sobre la mesa, la abrió para revelar un bloc de papel blanco con notas manuscritas. Sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y empezó a hacer clic con la punta.

—Solo unas pocas preguntas, señor Black —dijo—. Necesitamos aclarar algunos detalles. Ha llamado a su abogado, tengo entendido.

—¿Era necesario? Pero sí, lo he hecho. ¿No debería estar aquí antes de que empiecen con sus preguntas? Representación legal y todo eso. Aunque no lo necesito.

El policía con gafas era el que hablaba. Le dedicó a Black una sonrisa de labios finos, Black no detectó mucha amabilidad en ella.

—Por supuesto que no. Mi nombre es inspector Patterson, y este es el sargento detective Lomond. Solo queremos atar algunos cabos sueltos. Le pedimos un poco de cooperación, señor

Black. Eso es todo.

Black asintió.

—Su nombre completo es Adam Black. Y tengo entendido que es usted abogado.

Black asintió de nuevo.

—Exactamente lo que le dije al sargento de guardia. Exactamente lo que está escrito en sus notas.

—De acuerdo. Entonces, repasando la serie de acontecimientos. Le dijo al agente en la escena que estaba corriendo, ¿no es así?

—Correcto.

—¿Solo corriendo?

Black miró fijamente al hombre de las gafas.

—¿De qué va esto? Estoy aquí cooperando. Pero estoy en una sala de interrogatorios sin que la grabadora esté encendida, sin abogado, y me han quitado la ropa. ¿Qué quiere decir con "solo corriendo"? No entiendo la pregunta.

—No hay nada que entender, señor Black. Necesitamos rellenar algunos huecos.

—No hay huecos. No hay nada que rellenar. Ocurrió exactamente como dije. No debería ser yo quien esté aquí respondiendo preguntas, sino los cabrones que me atacaron.

Hubo un silencio de cinco segundos. Y entonces el sargento Lomond se aclaró la garganta.

—Eso no será posible, señor Black.

—¿Por qué no?

El sargento Lomond le miró fijamente. Black esperó.

—Dos de los presuntos atacantes están muertos —una pausa—. Los encontraron muertos en el lugar de los hechos. El otro está en cuidados intensivos. Por lo que sé, también podría estar muerto. Y el único testigo es usted, cubierto de sangre. Y no la suya propia, por lo que podemos deducir.

Black asimiló esta información. No se había dado cuenta de que los había matado. Mala suerte.

El otro, el inspector Patterson, volvió a esbozar su sonrisa de labios finos.

Tan acogedor como un puto caimán, pensó Black.

—Así que tenemos que ser minuciosos, entiéndalo. Hay que explorar todas las vías. Usted es abogado. Entenderá la necesidad de que exploremos esta... situación, tanto como podamos. Estaba corriendo. ¿No había quedado con nadie?

—No.

—¿Y no llevaba ningún arma? —intervino el sargento Lomond. A diferencia del inspector Patterson, no sonreía. Su rostro era inexpresivo, impassible. Inescrutable.

—Por supuesto que no. Cuando salgo a correr por la noche, no suelo ir armado.

—¿Corre mucho?

—Sí. Debería probarlo.

Black creyó detectar un atisbo de molestia en el rostro del sargento Lomond. Al fin y al cabo, era humano.

—¿Y uno de los individuos le atacó sin provocación? —continuó el inspector Patterson, ignorando el comentario, estudiando las notas que tenía delante—. ¿Es eso lo que está diciendo?

—¿Lo que estoy diciendo? Exactamente —respondió Black—. Con un cuchillo. Seguido por sus dos colegas, que también llevaban cuchillos. Y un puño americano, si no recuerdo mal. Así es. No ha oído mal. Un puño americano. Y lo curioso de la memoria es esto. Cuando te enfrentas a la muerte, y está cerca, muy cerca, justo en tu cara, entonces todo aparece de repente con gran

nitidez, y la memoria suele ser bastante buena en cuanto a los detalles. ¿No había cámaras de seguridad?

—¿Y no conocía a estos hombres? ¿Fue un ataque completamente aleatorio?

—Correcto, y correcto. ¿No debería estar apuntando todo esto?

—Estos hombres le atacaron, sin motivo aparente, ¿y qué pasó entonces?

—Me defendí.

Otro silencio cayó. Ambos agentes miraron intensamente a Black, que les devolvió la mirada.

—¿Tiene alguna relación con la familia Grant? —preguntó el sargento Lomond, de repente. Bajo la luz brillante del fluorescente, Black se dio cuenta de que no era realmente calvo, sino que se estaba quedando calvo, con un pelo fino y casi invisible de color rubio.

Black mantuvo su mirada durante tres segundos.

—No sigo el hilo de la conversación. ¿Quiénes demonios son los Grant?

—¿Qué me dice del nombre Damian Grant? ¿O Tommy "Teacup" Thomson?

—¿Teacup quién?

El inspector Patterson se rascó la parte posterior de la oreja con el bolígrafo. Frunció los labios, como si midiera sus próximas palabras, y luego habló.

—Hay algunas cosas que no cuadran, señor Black.

—¿Como qué?

Patterson frunció el ceño.

—Punto número uno: ¿por qué demonios tres hombres, aparentemente armados, atacarían de repente a un desconocido en la calle frente a un pub concurrido, en un pueblo tranquilo como Eaglesham? No tiene senti...

—A menos que tuvieran cuentas pendientes —interrumpió el sargento Lomond—. ¿Quizás malos rollos?

Black negó con la cabeza.

—El punto número uno queda debidamente anotado. Pero no tiene ningún sentido. Lo han entendido completamente mal. Nunca antes había visto a estos hombres. No hay malos rollos. No hay nada. A veces la teoría más simple es realmente la más plausible.

—¿Que es? —preguntó el inspector Patterson.

—Que fui atacado sin motivo por tres psicópatas.

—Pero entonces está el punto número dos —dijo el sargento Lomond—. Que es lo que intento entender.

Black esperó, pero tenía una buena idea de qué iba el punto número dos.

—¿Cómo puede un hombre desarmado causar tanto daño a tres atacantes armados y no tener ni un rasguño? Eso es lo que no entendemos.

CAPÍTULO OCHO

De repente la puerta se abrió, y los tres miraron hacia allí.

Entró un hombre con un maletín. Vestía vaqueros, jersey de cuello alto, chaqueta encerada verde Barbour y botas de cuero hasta el tobillo; ojos agudos y calculadores en un rostro ovalado bronceado; pelo rubio arenoso. Tenía unos cuarenta años, era delgado y parecía estar en forma. Asintió a Black, quien le devolvió el gesto. Se acercó a la mesa y evaluó a los dos detectives.

—Caballeros, me llamo Simon Fletcher. Soy el abogado designado del señor Black —dijo.

No se sentó. En su lugar, puso el maletín sobre la mesa.

—Espero que no sea necesario abrir este maletín. ¿Está mi cliente detenido?

—El señor Black estaba amablemente ayudándonos con nuestras indagaciones —respondió el inspector Patterson—. Nadie está detenido.

—Ya veo. Si solo está ayudándoles con sus indagaciones, entenderé que no van a imputar a mi cliente, ¿verdad?

—Necesitamos mantener una mente abierta. Esto es un incidente grave, comprenda. Debo recordarle que podemos retener al señor Black hasta veinticuatro horas.

Fletcher se aclaró la garganta, como si estuviera a punto de comenzar una presentación.

—Lo que entiendo es que el señor Black fue atacado por tres hombres mientras hacía footing. ¿Es así?

—Eso parece ser el caso, a primera vista.

—A primera vista. Lo que normalmente significa que eso es exactamente lo que ocurrió. Por lo tanto, caballeros, repetiré mi pregunta: ¿no tienen intención de imputar a mi cliente?

El inspector Patterson negó con la cabeza.

—Si no tienen intención de imputar a mi cliente, no parece haber un argumento razonable para retenerlo por más tiempo. ¿Estamos de acuerdo en este punto?

El inspector Patterson no respondió. El rostro del sargento Lomond permaneció impasible.

—Pero han tomado la ropa del señor Black, como si le hubieran tratado como a un sospechoso. Lo cual asumo que no es. ¿Le quitaron los zapatos?

—Es rutinario. Usted lo sabe. Necesitamos recoger las pruebas, a veces como una formalidad. Y sí, tomamos sus zapatos.

—Entonces parece que tendré que abrir mi maletín —dijo Fletcher.

Abrió dos cerraduras de combinación plateadas, lo abrió y sacó un par de zapatillas deportivas, que lanzó a Black.

—Vámonos, Adam. Ya no necesitas estar aquí.

CAPÍTULO NUEVE

Se dirigieron a un anexo de la comisaría, a una sala de espera para el público, donde Jennifer y su hija de cuatro años, Merryn, estaban aguardando. El policía que los escoltaba asintió y los dejó en la entrada: dos sólidas puertas dobles.

—No puedo entrar todavía —dijo Black, apoyándose contra la pared. Respiró hondo y cerró los ojos en un intento de calmar sus nervios. En poco más de dos horas, su mundo había dado un giro dramático. De repente, la vida tenía un toque surrealista.

—¿Qué demonios ha pasado ahí fuera? —preguntó Fletcher, con voz baja y urgente.

—Exactamente lo que he dicho. Tres tíos, de la nada. Unos locos de remate. Con navajas. Y uno llevaba un puño americano, para que te hagas una idea.

—Joder —dijo Fletcher—. No tenía ni idea de que Eaglesham fuera una zona de guerra. Adiós a la tranquila vida rural. Será mejor que me lo cuentes todo. Por la mañana. Solo si te ves con fuerzas, claro. No te culparía si necesitas tomarte un tiempo.

—Estoy bien. Solo un poco alterado. Nada que un coñac no pueda arreglar. O diez.

Fletcher soltó una risa breve y sin humor.

—Hace más de quince años que no entraba en una comisaría. No sé si lo que he dicho ha sido una chorrada. El derecho penal nunca fue mi fuerte. Pero creo que mi actuación ha sido... aceptable. Sobre todo lo del maletín.

—Más que aceptable —Black sonrió—. Ha sido la leche. Deberías dedicarte al teatro. Y gracias por los zapatos. Aunque me aprietan un poco.

Fletcher resopló.

—A caballo regalado no le mires el diente. Además, los quiero de vuelta.

—Por supuesto. —Black frunció el ceño—. Ha sido extraño.

—¿El qué?

—No me han imputado. Podrían haberme retenido más tiempo. Era como si no supieran qué hacer. Como si estuvieran esperando. Me han interrogado sin grabar la conversación. Me han hecho preguntas sin representación legal. No tomaban notas. ¿No es un poco raro?

—¿Me lo preguntas a mí? Dame un contrato mercantil antes que un interrogatorio policial cualquier día.

Black esbozó una sonrisa cansada.

—Ha sido una noche larga. Gracias por venir. No sabía a quién más llamar. Eres un buen amigo.

—Te han atacado tres tíos y los polis lo han entendido todo al revés. Era lo mínimo que podía hacer. Me debes una gorda, por supuesto.

—Por supuesto. No esperaba menos. Otra cosa. Solo un detalle menor. Dos de los atacantes

han muerto.

La sonrisa de Fletcher se desvaneció ante sus ojos. Su voz se redujo a un susurro ronco.

—¡Menudo detalle menor! ¿Dos tíos muertos?

—Y la policía ha mencionado a la familia Grant. ¿Te suena?

Fletcher palideció visiblemente. Se pasó una mano nerviosa por el pelo, parpadeando, mientras procesaba la información.

—¿Y a ti no? ¿Dónde has estado? ¿En la luna? Su reputación es de sangre y matanza. No son del tipo que ponen la otra mejilla, si los rumores son ciertos. Que lo son. Unos auténticos gánsteres de cuidado. Sin alarmarte, pero son unos cabrones despiadados. Hay que evitarlos. Lo que tú no has conseguido hacer.

—Ahora sí que estoy alarmado.

—Y deberías estarlo.

Black respiró hondo. Era su turno de soltar un taco.

—Joder.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando Black entró en la sala de espera, vio que las únicas personas que la ocupaban eran Jennifer y Merryn. Era un lugar deprimente, con el mobiliario compuesto por una fila de sillas de plástico azules a lo largo de una pared y una mesa baja y achaparrada con revistas de decoración desactualizadas esparcidas. En una esquina había una máquina de café con un cartel que indicaba que estaba fuera de servicio. La iluminación era la misma que en la sala de interrogatorios: brillante y deslumbrante. No había ventanas y el lugar era frío. " Habitaciones sin ventanas", pensó Black, "deberían fusilar al arquitecto".

Merryn llevaba un pijama enterizo rosa y naranja, y estaba tumbada sobre dos asientos bajo una manta, dormida.

Jennifer se puso de pie.

—Dios mío, Adam. ¿Qué demonios está pasando? He recibido una llamada de Simon...

Black la abrazó con fuerza, olió el jabón limpio en su piel, la fragancia de su pelo. Ella no pertenecía a un lugar como este.

—Te lo contaré en casa —le susurró al oído—. Con una copa.

Jennifer lo abrazó más fuerte.

—¿Qué ha pasado, Adam?

—Ha pasado mierda. Mierda increíble. Pero está bien. Todo está bien —La apartó un poco e intentó sonreír—. Supongo que es pasta blanda.

Ella empezó a sollozar, y él la abrazó de nuevo, pensando en la luna de sangre y su predicción de mala suerte, y dejó que el momento se desvaneciera.

CAPÍTULO ONCE

Damian Grant estaba muerto. El día de su funeral, dos semanas después de Navidad, la nieve se había mantenido alejada y el sol brillaba en una fría mañana. Su padre, Peter Grant, no pensaba en el tiempo el día que enterraba a su único hijo. Sus pensamientos y su corazón estaban consumidos por el dolor, como sentiría cualquier padre al entregar a su hijo a la tierra. Bajó el ataúd con otros cinco portadores, todos familiares o asociados estrechamente relacionados con el funcionamiento interno del negocio. Pero se negó a derramar lágrimas. No era su estilo. Las lágrimas eran para los débiles, y Peter Grant no era débil.

El sacerdote pronunció una última oración. Grant no escuchó ni una palabra. Arrojó un puñado de tierra. Los dolientes se dispersaron, estrechándole la mano, abrazándole, ofreciendo condolencias apagadas. La recepción sería en su casa, donde la comida y la bebida se habían dispuesto en abundancia, pues Peter Grant no tenía intención de escatimar en este día, el día del funeral de su hijo. Pero ninguna gota de alcohol pasaría por sus labios. Era abstemio. Consideraba el acto de emborracharse como algo débil y derrochador, casi pecaminoso.

Thor esperaba en la puerta del Mercedes negro, el guardaespaldas de Grant, descrito vagamente como su asistente. Un culturista de dos metros de altura, con el traje oscuro apretado sobre su volumen. Rasgos duros y planos, cabello rubio peinado hacia atrás y recogido en una coleta. Un tatuaje púrpura de una cabeza de lobo resaltaba más allá de su cuello, a mitad de camino. De Berlín, apenas podía hablar una palabra de inglés. Pero podía romper el cuello de un hombre como una rama seca. Grant entró, se sentó en el asiento trasero, seguido por Thor. El conductor era su sobrino, que puso en marcha el coche a una velocidad respetuosamente lenta, por un camino de piedra, con las piedrecillas crujiendo bajo los neumáticos, y salió del cementerio.

—¿Está aquí? —Peter Grant tenía sesenta y cinco años y aparentaba diez menos. Cuidaba su cuerpo. Había convertido un anexo de su mansión de Glasgow en un gimnasio ultramoderno de última generación, y entrenaba religiosamente temprano todas las mañanas antes del desayuno durante una hora. Corría seis kilómetros todas las tardes, montaba en bicicleta los fines de semana. Dos veces por semana entrenaba en un club de boxeo que poseía en el este de Glasgow. No bebía ni fumaba. No consumía sal, azúcar ni carne roja. Bronceado, con el pelo plateado y el estómago plano, las mujeres lo encontraban atractivo, pero desde la muerte de su esposa diez años atrás, mostraba poco interés por ellas. Se rumoreaba que su preferencia eran los jóvenes apuestos.

Su sobrino asintió —Nathan Grant: un hombre tranquilo y modesto, inteligente y de voz suave, moreno, de rasgos solemnes. Licenciado en Economía por la Universidad de St Andrews. Matrícula de honor. El mejor de su promoción. Un joven que trataba de evitar el lado físico del

negocio, prefiriendo los libros a la violencia. Un joven serio y un potencial sucesor del imperio de Peter Grant desde la prematura desaparición de Damian Grant.

—Acaba de llegar. Le han llevado al internadero.

—Bien. Dale lo que quiera. Le gustan los puros. Dale de los mejores. Y whisky. También le gusta.

Nathan Grant habló por el manos libres del salpicadero, otra vez respondió, reconociendo la instrucción. No se dijo nada más mientras se dirigían de vuelta a la mansión de Grant, situada en el frondoso barrio de Whitecraigs, a once kilómetros del centro de Glasgow.

CAPÍTULO DOCE

Las puertas delanteras eran eléctricas y se abrieron cuando el coche se acercó. La casa de Peter Grant estaba situada a cien metros, detrás de unos cuidados jardines que brillaban con la escarcha y parterres circulares, desprovistos de flores debido a la temperatura bajo cero. La casa era un edificio catalogado, anteriormente un asilo victoriano, construido con arenisca roja suave, con altas ventanas arqueadas y un tejado de pizarra gris de gran altura. La fachada era el único vestigio del edificio original, un requisito según las leyes de planificación. Peter Grant había derribado todo lo que había detrás, creando una estructura totalmente nueva, con diez dormitorios, pista de squash, gimnasio, piscina cubierta, sauna y siete salas comunes.

El coche se detuvo en la entrada y los tres se bajaron. Les recibió un hombre vestido impecablemente con traje oscuro y corbata negra. Otros coches venían detrás: dolientes que llegaban para comer y beber, y para dar un último adiós a Damian Grant.



—Está en el invernadero, señor Grant —dijo el hombre.

Grant miró a Thor y Nathan a su lado.

—Vosotros dos, venid conmigo.

Se dirigieron a través de un amplio y alto pasillo de paredes de mármol blanco puro, con puertas a ambos lados, hacia la parte trasera de la mansión, al invernadero. Este era el santuario de Grant, donde se sentaba, a menudo solo, para reflexionar y tramar. Las vistas le relajaban, le ofrecían un poco de tranquilidad, le aliviaban la mente: césped verde pálido y liso como el paño de una mesa de billar, que se extendía hasta una hilera de enormes robles a lo lejos. En el centro había creado un estanque con una pequeña fuente tintineante, y sobre él se arqueaba un puente japonés en forma de luna, con paneles de madera rojos y amarillos. Por la noche, se iluminaba con pantallas de seda para velas y podría haber sido una imagen sacada de un cuento de hadas. Años luz del mundo real de Peter Grant, donde no había cuentos de hadas, sino drogas, prostitución, blanqueo de dinero, extorsión y muerte.

Sentado en un sofá admirando esta vista, con un vaso de whisky en una mano y un puro en la otra, había un hombre calvo y gordo con una camisa de cuello abierto, un jersey de pico, pantalones de franela color crema y mocasines de ante. Podría haber venido directamente del campo de golf. Claramente no iba vestido para un funeral. Su cabeza descansaba sobre una capa de papadas mientras contemplaba el jardín trasero de Peter Grant. No se levantó cuando entraron los tres hombres.

—Hola, Mathew —dijo Grant sentándose en una chaise longue de bambú frente a   l. Entre ellos había una mesa baja de caoba en forma de riñón, y sobre ella un cenicero y una carpeta de manila.

Nathan se quedó de pie detrás de él.

Thor permaneció en la puerta.

—Hola Peter. Un día triste. Siento no haber ido al funeral. Mi presencia allí habría sido un poco... ¿inapropiada?

—Inapropiada —repitió Grant—. Vaya eufemismo. Creo que la presencia del jefe de policía en el funeral del joven Damian habría sido un escándalo de narices. No le habría hecho ningún bien a esa jugosa pensión tuya. Los tabloides se habrían dado un festín.

—Tienes razón —respondió el jefe de policía Mathew Smith—. Pero sigue siendo un día triste —negó con la cabeza con aire afligido, haciendo que las papadas de su cara vibraran como las de un perro babeante—. Qué tragedia. Segado en la flor de la vida. Un padre nunca debería tener que enterrar a su hijo.

El rostro de Grant no mostró ni un ápice de emoción cuando respondió:

—Mi hijo era un gilipollas drogadicto, así que dejémonos de pamplinas. Algunos dirían que se lo buscó. Joder, probablemente habría acabado matándolo yo mismo —Grant se inclinó hacia delante—. Pero al fin y al cabo, era mi hijo. Y lo quería. Era sangre de mi sangre. Y la sangre, siendo más espesa que el agua y todo eso, debe tener su ajuste de cuentas. ¿No crees, Mathew? No te gustaría ver caer a uno de los tuyos sin que hubiera consecuencias.

Smith dio un sorbo a su whisky y se removió incómodo en el sofá.

—Tienes dos hijos, ¿verdad, Mathew? —continuó Grant—. No te gustaría que uno de ellos muriera en la calle como un puto perro.

—Un asunto feo —dijo Smith.

—¡Un puto asunto de mierda! —gritó Grant de repente, golpeando la mesa con el puño. Smith desvió la mirada, de Grant a su sobrino que estaba detrás de él, y a la imponente presencia de Thor. Mathew Smith era el policía de mayor rango en el cuerpo, pero eso no impedía que se pusiera nervioso en compañía de un hombre como Grant, que tenía un temperamento notoriamente violento que, cuando se desataba y no se controlaba, podía acabar mal para la gente.

Grant respiró hondo, enderezando la espalda. Nathan, que conocía a su tío mejor que la mayoría, sacó un pañuelo del bolsillo superior y se lo entregó. Grant lo cogió, se secó la frente y las salpicaduras de saliva en las comisuras de la boca.

—Pero tienes razón —dijo Grant finalmente, con voz serena—. Un asunto feo. Porque de eso se trata, ¿entiendes? De negocios. Todo son negocios. No hay nada más. Y en cualquier negocio, las cosas tienen que funcionar sin problemas. Las ruedas de la industria tienen que seguir girando. No puedo permitir ningún fallo en el proceso de obtención de beneficios. Cuando alguien ataca a mi familia, me ataca a mí, o más concretamente, ataca mi buen nombre. Y si ocurre una vez, puede volver a ocurrir, y otra vez, hasta que mi nombre, y por tanto mi negocio, se vaya por el retrete. No puedo permitir que esto ocurra. La vida, como los negocios, necesita una compensación. El balance tiene que... bueno, estar equilibrado. Así que, viejo amigo, cuéntame todo sobre el cabrón que mató a mi hijo.

Smith dejó el vaso de whisky sobre la mesa y el puro en el cenicero, y cogió la carpeta de manila.

—Está todo aquí. Y no fue fácil conseguirlo. Hubo que tirar de hilos. Pedir favores —Smith se relamió los labios—. Esas ruedas de la industria necesitan aceite para girar. Y el precio del aceite sube en ciertas situaciones.

—No puedo estar en desacuerdo con eso —dijo Grant—. Nunca se paga lo suficiente por una buena información —giró la cabeza hacia un lado y, sin mirar a Nathan, dijo—: Hay un sobre en el escritorio. Tráelo.

Nathan se fue. Grant volvió a centrar su atención en Smith.

—Dame un resumen.

Smith abrió el expediente, que contenía un fajo de papeles unidos con una grapa de latón.

—Este hombre no es un cualquiera. Es, ¿cómo podría decirlo?... único.

CAPÍTULO TRECE

Grant permaneció sentado, inmóvil como un lagarto al sol, y escuchó.

—Se llama Adam Black. Tiene cuarenta y cinco años. Nació en Hamilton. Sus padres han fallecido. Tenía un hermano mayor que murió en servicio activo con los Royal Marines. Si te remontas cinco años atrás, no encontrarás nada excepcional. Es socio de un bufete de abogados en la ciudad. Wilson, Fletcher y Compañía. Se especializan en temas corporativos, al parecer. Un despacho discreto y de confianza, con tarifas altas y buenos clientes. Para ser peces gordos, son un equipo pequeño. Solo tres socios. El bufete comercial medio en Glasgow tiene veinte. Black lleva cinco años en la firma y lo hicieron socio hace dos. Sus áreas de especialización son transmisiones comerciales, contratos y fusiones de empresas. En general, nada espectacular. Lo único sorprendente es que lo hicieran socio después de un período relativamente corto. Lo cual nos dice algo: o es muy competente en su trabajo, o tiene amigos en la firma.

—O quizás ambas cosas —sugirió Grant.

—Quizás.

Smith pasó algunas páginas.

—Pero es lo que hizo antes lo que llama la atención —Lanzó una mirada a Grant, que permaneció impasible, con el rostro tallado en granito.

—Adam Black se licenció con honores por la Universidad de Edimburgo y luego, a los veintiún años, decidió seguir una carrera inesperada. Tal vez tuvo algo que ver con su hermano. Se alistó en el ejército. Fue a la formación de oficiales en Sandhurst. Se graduó el primero de su promoción y a los veintitrés años obtuvo su boina granate con el Regimiento de Paracaidistas. Fue teniente en el Segundo Batallón, donde pasó dos años, y después se ofreció voluntario para el Primer Batallón, que actúa como grupo de apoyo de las fuerzas especiales. En ese momento tenía veintiséis años y fue ascendido a capitán.

—En 1995, el capitán Adam Black formó parte de un cuerpo de mantenimiento de la paz adscrito a un Grupo de Servicios Especiales del Ejército de Pakistán. Fue durante este período cuando tuvo su primera experiencia real en operaciones antiterroristas. Unos secuestradores afganos se habían apoderado de un autobús escolar con treinta niños de primaria y tres profesores, y lo habían llevado a la Embajada de Afganistán en Islamabad, amenazando con ejecutar a los rehenes si no se cumplían sus exigencias. El capitán Black, junto con un contingente de tres hombres del Primer Batallón y las Fuerzas Especiales paquistaníes, asaltaron la embajada. Los secuestradores fueron abatidos y los rehenes liberados. La misión fue un éxito. Black fue considerado una especie de héroe.

Nathan entró en la habitación y le entregó a Grant un sobre tamaño A4.

—Está llegando más gente —dijo—. Los han llevado al comedor.

Grant asintió.

—Iré en un momento. Quédate aquí. Esto resulta muy interesante.

Smith echó una mirada hambrienta al sobre en el regazo de Grant y continuó.

—El capitán Black fue aceptado en el 22º Regimiento del SAS en 1997 —Volvió a levantar la vista hacia su audiencia—. Ya veis por qué fue tan difícil obtener esta información. En 1998 pasó a formar parte de una unidad conocida como el Equipo de Proyectos Especiales, un pequeño grupo interno del SAS centrado en operaciones antiterroristas y antisequestro. Aquí, su expediente se vuelve comprensiblemente un poco vago. Lo que es seguro es que fue el segundo al mando en la Operación Barras, en el año 2000. Una gran banda de bandidos conocidos como los West Side Boys había secuestrado a un grupo de ciudadanos británicos en Sierra Leona, en una zona difícil conocida como las Colinas Occra. La operación fue apodada Operación Muerte Segura. Él y su unidad, con el apoyo de cincuenta miembros regulares del SAS, se lanzaron en paracaídas y rescataron a los rehenes. Una pequeña batalla sangrienta. De los doscientos West Side Boys, se estima que ciento ochenta murieron, enterrados en secreto en la jungla. Información que el gobierno no quiso compartir con los medios. El SAS no sufrió bajas. De nuevo, otro éxito para Adam Black. Para entonces, ya se había labrado una reputación considerable.

Smith pasó otra página. Ni un sonido en la habitación, el silencio cargado de presagios.

—Después de eso, se hacen referencias oblicuas a operaciones encubiertas en Mogadiscio y Bosnia, probablemente ayudando en la caza de criminales de guerra. También, dos misiones en Afganistán.

—Y luego tenemos Irak, 2003. Black formó parte de la Fuerza de Tarea Kill, que implicaba incursiones encubiertas en el corazón del territorio enemigo. Según mis fuentes, llevó a cabo treinta misiones de combate. En la última, fue traicionado por un informante en una operación para asesinar al general al-Maliki, el experto químico de Sadam Hussein. Se creía que estaba formulando ántrax. Black fue capturado con dos de sus hombres y retenido en el infame sótano de Sadam durante cuarenta días, hasta que escapó.

Smith levantó la vista de las notas. Miró fijamente a Grant mientras hablaba.

—Black fue condecorado con la Cruz Militar en 2004 y renunció a su comisión en 2005. Al volver a la vida civil, se incorporó al bufete de abogados Wilson, Fletcher y Compañía.

Smith cerró el expediente.

—Se casó hace cinco años con Jennifer Walker. Es médica en el Glasgow Royal. Consultora pediátrica. Era jefa de su departamento, hasta hace cuatro años, cuando pasó a trabajar a tiempo parcial. Tienen una hija de cuatro años llamada Merryn. Todos los detalles están aquí —Dio unos golpecitos al expediente con el dedo índice. No te creerías los hilos que he tenido que mover para conseguir todo esto.

Grant respiró hondo, asimilando la información, con los pensamientos en ebullición.

—Gracias, Mathew. Extremadamente minucioso, como siempre. Hay veinte mil libras extra ahí, para reparar todos esos hilos que has tenido que mover —Le entregó el sobre, que Smith guardó en un maletín de cuero a sus pies.

Se puso de pie, al igual que Grant, y se estrecharon la mano.

—Este hombre es peligroso —dijo Smith. Ten cuidado con lo que empiezas aquí.

Grant dejó que el más leve atisbo de sonrisa curvara sus labios.

—Él lo empezó. Mi mundo está lleno de hombres peligrosos. Un mundo que he elegido. Pero él tiene su talón de Aquiles. Se exige sangre, y se derramará sangre. No te quepa duda.

Smith se encogió de hombros.

—No me importa lo que le hagas. Solo mantenme al margen.

—Pero eso es exactamente lo que espero. Que tú y toda tu pandilla os mantengáis al margen. Smith vaciló.

—¿Y tu primo? ¿Tommy? Tengo entendido que estaba bastante mal cuando lo llevaron al hospital.

—Nariz rota, hombro dislocado, pulmón perforado, costillas rotas, fractura de cráneo. Además, está en coma. Cortesía del capitán Adam puto Black.

CAPÍTULO CATORCE

El funeral fue noticia al día siguiente. Dos columnas en los periódicos serios, una doble página completa en los sensacionalistas, con fotos tanto de Damian como de su padre, y otras imágenes de conocidos asociados de la familia Grant. Frases como «asesinato mafioso» y «presunto ajuste de cuentas» se esparcían por todas partes.

—Basura sensacionalista —sentenció Simon Fletcher, arrojando dos periódicos a la papelera junto a la puerta—. Malditos imbéciles. Eso es todo lo que son.

Black estaba sentado en su escritorio. Desde el incidente, excepto por las vacaciones de Navidad y Año Nuevo, no había faltado ni un día. Sigue moviéndote. Dos palabras inolvidables grabadas en su mente. Y cuánta verdad había en ellas. Después de cualquier conflicto intenso, ya fuera mental o físico, la mente podía rebelarse, buscando refugio del mundo real. Los síntomas eran muchos: depresión, paranoia, esquizofrenia, por nombrar algunos. Luego venían el abuso del alcohol, las drogas, la autolesión, el suicidio. El trastorno de estrés postraumático era real. Black había sido testigo de sus manifestaciones en amigos y compañeros de armas. Las Fuerzas Especiales entrenaban a sus soldados para minimizar el impacto del TEPT: sigue moviéndote. Mantente ocupado. Concéntrate en lo que te rodea. Externaliza. Black nunca había experimentado tal condición. No era algo de lo que se jactara. Las Fuerzas Especiales seleccionaban cuidadosamente a sus hombres. Y el SAS prefería hombres que tuvieran la capacidad de lidiar con situaciones difíciles. Y Black simplemente tenía esa capacidad en abundancia. En cualquier caso, Black había pasado por cosas mucho peores.

Se frotó los ojos. Jennifer, por la preocupación, no había podido dormir. Y cuando ella no podía dormir, tampoco.

Eran las 7 de la mañana. Tanto él como su socio Simon Fletcher empezaban temprano y a menudo terminaban tarde. El tercer socio fundador, John Wilson, trabajaba casi a tiempo parcial y estaba a punto de jubilarse a los sesenta y cinco. Entraba y salía sin prisa, y había dejado de manejar cualquier trabajo real hacía semanas. Su afición era el golf y el vino tinto. Y las mujeres jóvenes, desde su divorcio. Tanto Black como Fletcher habían acordado que no sería necesario reemplazarlo cuando finalmente se fuera. Asumirían la carga de trabajo extra y verían aumentar su participación en los beneficios.

—Tal vez —dijo Black—. No podemos escapar de lo inevitable, que es el hecho de que maté al hijo de ese hombre.

—Cuando intentó matarte.

—Es lo que es. Lo que me preocupa es lo que será. Dios, estoy cansado.

—Se te nota. Los tres necesitáis alejaros de toda esta mierda. Por unos días. Por favor, hazme caso. Necesitáis relajaros. Yo puedo encargarme de tus cosas mientras estáis fuera. Joder, incluso

haré que el viejo Wilson eche una mano, si consigo sacarlo del campo de golf. O del bar del club.

—¿Irnos? Quizás. Pero, ¿para hacer qué? ¿Hablar sobre ello? No hay nada de qué hablar. Jennifer está preocupada por las repercusiones, y quién puede culparla. Por pura mala suerte, estamos en el punto de mira de la mafia. Irnos no va a solucionar ese problema en particular.

—Quizás no. Pero podría relajar la mente. Ganar una perspectiva.

Black esbozó una sonrisa gélida. —Desde donde yo estoy sentado, la perspectiva está perfectamente clara. Peter Grant ha enterrado a su hijo, que ahora yace frío en un ataúd. Y me está culpando por ello. Puedo irme y reflexionar sobre las vicisitudes de la vida, o lidiar con el aquí y ahora, que es sumergirme en una pila de trabajo —señaló una columna de archivos en su escritorio de dos pies de alto—. Tengo transacciones saliendo por las orejas. Prefiero perderme en esto que perder la cabeza.

—¿Y Jennifer? ¿Qué hay de su mente? Está enferma de preocupación. Acabas de decir que no puede dormir.

Black miró la foto de su esposa e hija en su escritorio. Riendo en un día cálido en la playa. Excepto por eso, un bloc de notas, los archivos, un teléfono y una pantalla de ordenador con teclado, había poco más. Nada innecesario. Mentalidad de escritorio despejado, quizás un legado de la disciplina militar. El escritorio de Simon Fletcher, por otro lado, estaba tan desordenado que podías removerlo.

—Tienes razón, por supuesto. Pero en este momento, no hay absolutamente nada que pueda hacer al respecto. Ni siquiera puedo decir cómo sería diferente si pudiera retroceder el tiempo. Porque sería lo mismo. Dos tipos muertos y yo aún de pie. El tercer tipo tuvo suerte.

—¿Suerte?

—Suerte de estar vivo.

—De acuerdo —Fletcher levantó las manos en señal de derrota—. Adam Black sabe lo que es mejor. Supongo que estoy preocupado por mi viejo amigo. Y su familia.

—No lo estés. De verdad. Superaremos esto.

Fletcher se puso de pie. —Nunca nos enseñaron nada de esta mierda en la universidad.

—Es la vida. Aprendes viviéndola.

—Menuda vida de mierda.

De repente sonó el teléfono, la llamada entraba directamente después de dos minutos si las recepcionistas no contestaban. Alguien se olvidó de poner el contestador automático. Sus recepcionistas no llegaban hasta las 9 de la mañana. Normalmente, por instinto, Black habría contestado él mismo. Un cliente angustiado; un mensaje importante; un abogado que necesitaba cerrar un trato urgentemente. Pero desde aquella noche en Eaglesham, los teléfonos habían sido incesantes. Por todas las razones equivocadas.

Black lanzó una mirada rápida a Fletcher. —Ignóralo —dijo Fletcher.

—A la mierda. Podría ser importante —Black descolgó.

—¿Es Adam Black? —habló una voz masculina, sonando demasiado animada para esa hora de la mañana.

—¿Quién pregunta?

—Solo dos minutos de su tiempo, señor Black —continuó la voz, soltando las palabras tan rápido que Black apenas tuvo tiempo de respirar—. ¿Qué tan bien conocía a Damian Grant? ¿Un viejo amigo de la escuela? ¿Cómo se conocieron? ¿Cuál es su conexión con la familia Grant?

Black colgó. —¿La prensa?

—¿Por qué demonios no pueden mantenerse alejados? —dijo Black—. Buitres. Pueden oler un cadáver a kilómetros de distancia.

—¿Es eso lo que eres? ♦♦ Un cadáver?

Black movió la cabeza, esbozando una sonrisa irónica. —Todavía no.

—Es su trabajo. Realmente no importa lo que digas, o lo que no digas, se lo inventarán de todos modos, porque les importa un bledo. Ignóralos y se irán. Como un picor en los huevos. Solo tienes que aguantar.

—Interesante comparación —reflexionó Black—. Solo espero que sea tan simple. De alguna manera, creo que este lío está aquí para quedarse.

El teléfono sonó de nuevo.

—Yo me encargo de esto —Fletcher se estiró y cogió el teléfono.

—Ahora escucha... —Frunció el ceño y le pasó el teléfono a Black—. Es Jennifer. Dice que ha estado intentando llamarte al móvil. Dice que hay dos hombres fuera de vuestra casa.

CAPÍTULO QUINCE

El miedo es solo un estado mental. Enfréntalo, siéntelo, disfrútalo. Hazlo tu amigo. Una vez que lo hayas hecho, te lo aseguro, el mundo es tuyo para conquistar.

Discurso a los nuevos reclutas del 22º Regimiento del Servicio Aéreo Especial.

Su casa era una de las cuatro casitas construidas en aproximadamente una hectárea de terreno. Los edificios originales eran antiguos y sólidos, construidos unos ciento veinte años antes para los agricultores arrendatarios. Se habían ampliado y modernizado con el tiempo, cada una en su propio cuarto de hectárea, separadas entre sí por árboles maduros, arbustos y setos frondosos. Fue amor a primera vista, al menos para Jennifer, con sus paredes de estuco blanco entrelazadas con hiedra carmesí exuberante, su tejado de pizarra rojo oxidado y su jardín apartado. Pintoresca y privada. Rural pero no del todo. Con servicios a poco más de un kilómetro y medio de distancia. Estaban a unos cincuenta metros de la carretera principal, accediendo por un único camino privado que pasaba junto a las casas, dos a cada lado, llegando a un punto de giro en su final sin salida, en forma de martillo.

Para llegar a la casa desde su oficina, a Black normalmente le llevaría unos treinta y cinco minutos conduciendo su Mini Cooper a una velocidad moderada. Cuando recibió la llamada de Jennifer, llegó en veinte.

Lo vio inmediatamente al entrar en el camino. En la parte superior, a cincuenta metros de su casa y aparcado en el final en forma de martillo, un reluciente BMW Serie 7 gris metalizado, con matrículas nuevas.

Aparcó frente a su propia casa. Jennifer estaba de pie en la puerta principal, con Merryn a su lado, cogidas de la mano. Merryn vestida para la guardería, Jennifer para el trabajo.

Black salió y se acercó a ellas.

—Puede que no sea nada —dijo ella. Estaba pálida, con el agotamiento grabado en su rostro, sus ojos marrón avellana pesados por la falta de sueño—. Lo vi llegar hace media hora. Está ahí parado. Hay dos hombres dentro. Nadie ha salido. Nadie está haciendo nada. No sabía si debía llamar a la policía. Pero si lo hiciera, probablemente pensarían que estoy loca. Probablemente lo esté. Lo siento mucho, Adam —Las lágrimas brotaron; su boca tembló, mientras contenía un sollozo—. Todo esto es una locura.

—No estás loca —la tranquilizó Black. La abrazó y le habló suavemente al oído—. Es un lío ahora mismo. Pero se aclarará. Necesitamos darle tiempo. Probablemente sean más periodistas, intentando conseguir una exclusiva. Tal vez esta sea la reacción que querían. Intentar que hables con ellos. Merryn está lista para la guardería, así que ve a trabajar y actúa como si todo fuera normal. Pronto lo será. Te lo prometo.

Le cogió la barbilla con las manos y la miró a los ojos.

—Te lo prometo.

—¿Estás seguro?

Black asintió.

—¿Qué vas a hacer?

—Charlar un poco. Como un vecino preocupado.

—Entonces nos quedaremos aquí mismo.

Black esbozó una pequeña media sonrisa.

—De acuerdo. No tardaré mucho.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El motor estaba en marcha; Black se acercó tranquilamente a lo que sin duda era un coche de lujo de más de setenta mil libras. Nuevo, probablemente recién salido del concesionario. Los dos ocupantes del interior no parecían el tipo de personas que pertenecieran a semejante vehículo.

Le observaron mientras se acercaba, y Black les devolvió la mirada, asintiendo amistosamente. El conductor tenía la cabeza rapada, cara cadavérica, tez blanca como el hueso, facciones demacradas, sombras bajo unos ojos pequeños y nerviosos. Un drogadicto, dedujo Black. No el típico periodista. Probablemente no tendría más de veintidós años, pero aparentaba mucho más. El pasajero era completamente diferente. Cara plana, mentón sólido con barba de un día, cejas pobladas; pelo corto color cobrizo. Nariz chata y ancha. Llevaba una sudadera azul con capucha, pero no podía disimular sus anchos hombros y su complejidad fuerte y musculosa. Era mayor, quizás treinta años, pensó Black. Tampoco era periodista, tal vez boxeador. O luchador. Un hombre que exudaba violencia contenida.

Black se acercó despreocupadamente al lado del conductor, mostrando una sonrisa afable, y golpeó la ventanilla con el dorso de la mano. El conductor le miró y sonrió, revelando una hilera de dientes marrones y podridos. La ventanilla bajó.

—Buenos días, caballeros —dijo Black, inclinándose ligeramente.

El conductor habló:

—Mañana fría.

El pasajero estiró el cuello y miró a Black con una mirada intensa, pero permaneció en silencio.

—Y va a hacer mucho más frío —respondió Black—. Eso dice el hombre del tiempo.

El conductor asintió.

—Eso he oído. Mucho peor. Quizás nieve.

—Puede ser. Pero vosotros no sentiréis mucho frío con el motor en marcha y la calefacción puesta. Será como un bonito día de verano en vuestro precioso coche nuevo.

—Prefiero estar aquí dentro que ahí fuera, eso seguro —dijo el conductor—. Viene una buena helada.

El pasajero no apartaba los ojos de Black.

—Un lugar extraño para estar sentados en un coche tan bonito. Y en una mañana tan fría. Y tan temprano. Pensaba que los jóvenes estaríais metidos en la cama a esta hora. Juntos —Black esperó una reacción.

La sonrisa del conductor se desvaneció mientras asimilaba lo que Black había dicho. De repente, volvió a sonreír.

—Estamos admirando las vistas. ¿Era tu mujer con la que te vi hablando? Eres un hombre

muy afortunado.

Black asintió.

—Y esa debe ser tu niña pequeña. ¿Merryn? ¿Ese es su nombre? Debe tener, ¿qué? ¿Cuatro años?

—Se te dan bien los nombres —dijo Black.

—Nunca olvido un nombre o una cara. Es un talento. Un don, podrías llamarlo. A mi colega y a mí nos encantaría conocer a tu mujer. Y a tu hija. Quizás no hoy. Pero algún día pronto. Muy pronto, espero.

Black le miró con curiosidad.

—Bueno, hoy seguro que no puede ser.

El hombre del asiento del pasajero habló de repente, con voz áspera:

—Puede ser cualquier puto día que queramos. Y ese es un mensaje del señor Grant. ¡Así que cierra la puta boca!

—Pero hoy no puede ser —respondió Black en un tono tranquilo y uniforme—. Estáis demasiado ocupados.

—¿Qué?

—Tenéis dos citas importantes. La primera cita es en el taller.

Black sostenía un juego de llaves y, usando la punta de la llave de su casa, trazó una línea profunda en la puerta del conductor. Hizo un sonido sordo y rasposo. El conductor maldijo e intentó salir, pero Black, de pie muy cerca, cerró la puerta de un golpe con la rodilla.

El pasajero salió. Era más grande de lo que Black había pensado al principio, quizás un metro noventa, unos cinco centímetros más alto que Black. Black se tensó, esperando que se acercara. En su lugar, se quedó en su lado del coche y miró a Black por encima del techo. Black supuso que no haría ningún movimiento. Esto era solo para transmitir un mensaje. Grant estaba jugando con él. Una ronda preliminar, y Black no debía ser tocado. Aún no.

—¡Pagarás por esto, joder!

—Yo no. Pero creo que vosotros sí. Quizás un par de miles por una nueva capa de pintura. Pero si es una puerta entera...

—Que te jodan.

—No olvidéis que tenéis una segunda cita.

—¿Qué?

—Con el hospital.

Black había cerrado su mano en un puño, con la punta de la llave sobresaliendo un centímetro entre sus dedos doblados. El conductor, con la ventanilla bajada, le miraba fijamente, todo rastro de sonrisa desaparecido. Black le golpeó dos veces con fuerza en la cara, asegurándose de que la punta de la llave le penetrara en el ojo. El hombre gritó cuando su ojo reventó en una pequeña explosión de sangre. Black agarró la parte posterior de la cabeza del hombre y le estrelló la cara contra el volante.

El hombre rebotó, aturdido.

Black se inclinó, agarró al conductor por el cuello, con la boca a un centímetro de su oreja.

—Vuelve a mencionar a mi mujer o a mi hija... —dijo en un susurro bajo—, ...si siquiera piensas en ellas, y te dejaré ciego del otro ojo, maldito yonqui de mierda —Black le estrelló la cara una vez más con fuerza contra el volante.

Se enderezó. El hombre del otro lado vacilaba, inseguro de su próximo movimiento. Los acontecimientos habían dado un giro inesperado. Black había conocido a muchos hombres como él. Un tipo grande y musculoso enviado para intimidar a la víctima prevista, para aterrorizar.

Para extorsionar a los vulnerables. Pero al darle la vuelta a la situación, se revelaban como nada más que apariencia. Falsos tipos duros. Simples mensajeros glorificados.

—Será mejor que os deis prisa, o tu guapo amigo va a manchar de sangre toda la tapicería de cuero. Y el señor Grant no querrá a eso.

—La próxima vez te arrancaré la puta cara —el hombre metió la cabeza en el coche—. Cambiemos. ¡Yo conduciré!

Black retrocedió varios pasos. El conductor abrió su puerta, salió tambaleándose y se dirigió al lado del pasajero, con las manos envolviendo su cara, la sangre brotando a un ritmo alarmante, la parte delantera de su jersey empapada.

El hombre grande intercambió lugares, moviéndose hacia el lado del conductor. Miró con el ceño fruncido a Black, pero no dijo nada.

Entró.

—¡Hay sangre en el puto asiento! —le oyó decir Black.

El coche se alejó, chirriando los neumáticos.

Black caminó de vuelta los cincuenta metros hasta su casa, donde Jennifer y Merryn seguían esperando en la puerta principal.

—He oído gritos —dijo ella—. ¿Quiénes eran esos hombres?

—Buscaban provocar una reacción. Pero no dije las cosas que querían oír, y supongo que se enfadaron un poco.

—Periodistas. La próxima vez que vengan, llamaré a la policía. Esto es acoso. Aquí es donde vivimos. ¡Es una invasión de la privacidad!

—Si hay una próxima vez —le tomó la mano—. Si ves algo extraño, o no estás segura de algo, o algo no te parece bien, entonces llama a la policía. Y a mí.

—¡Entonces coge tu puñetero teléfono móvil! —le abrazó—. Tienes sangre en el cuello de la camisa.

Black sonrió.

—Me cambiaré. Debo haberme cortado al afeitarme.

CAPÍTULO DIECISIETE

A lo largo de los años, Peter Grant había aprendido a mantener un férreo control sobre sus emociones. Había resultado ser una habilidad útil.

Los que le conocían bien, y los que no tanto, nunca sabían lo que estaba pensando, y no podían predecir fácilmente su próximo movimiento, que solía ser algo inesperado. Desde la muerte de su hijo, la máscara de fría indiferencia de Grant se resbalaba ocasionalmente, a veces sin motivo aparente, y cuando lo hacía, Grant mostraba todos los atributos de un sociópata despiadado. Salvaje, descontrolado. Feroz. Cuando le informaron sobre el incidente en casa de Black, no reaccionó como Nathan había anticipado.

Nathan había decidido conducir hasta donde estaba Grant para contárselo personalmente. Si había que dar malas noticias, Grant prefería que se las dieran en persona, de hombre a hombre, y Nathan sabía que no había otra manera de hacerlo. Damian había sido enterrado apenas el día anterior, su cuerpo aún caliente en la tumba. No era de extrañar que el estómago de Nathan se encogiera de temor.

Peter Grant poseía una gran cartera de propiedades, no solo en Glasgow, sino por toda Escocia, incluida Edimburgo. Y la mayoría de sus propiedades estaban en ubicaciones privilegiadas. Una de esas ubicaciones era un pequeño bar de vinos en la ultramoda Leith Walk, a tres kilómetros del centro de Edimburgo, con vistas al río Leith: The Pelican's Eye. Equipado con una rica decoración de madera de cedro y mobiliario artesanal, sólido pero elegante, las bebidas eran caras y la comida exorbitante. Pero a los turistas les gustaba la intimidad, pagaban los precios, y los beneficios iban en aumento, lo que hacía feliz a Grant. A su debido tiempo, vendería, ganaría una fortuna y pasaría al siguiente proyecto.

Grant estaba en The Pelican's Eye, disfrutando de un café flat white, molido de granos frescos de excelsa, y cuando Nathan Grant se encontró con su tío, después de conducir los ochenta kilómetros desde Glasgow, estaba sentado fuera del bar de vinos en una calle peatonal empedrada, en una pequeña mesa de madera bajo un toldo verde, a solo diez metros del río. Hacía un grado Celsius, la mañana era brillante y nítida. Peter Grant parecía ajeno al frío y, como siempre que Nathan lo veía, vestía impecablemente: traje azul marino ceñido tejido con lana italiana, camisa de seda, corbata a juego; zapatos de cuero de becerro.

La imagen de la sofisticación. Elegancia.

Estaba sentado solo. Sobre la mesa, frente a él, había una taza con platillo y un teléfono móvil.

Cuando Nathan se sentó a su lado, divisó la inconfundible figura de Thor, sentado dentro, observando a su amo desde las sombras, una presencia sombría.

Antes de que Nathan pudiera pronunciar una palabra, el móvil sobre la mesa vibró.

Grant asintió a Nathan, levantó un dedo hacia su boca, indicando silencio.

Cogió el teléfono. Era imposible para Nathan distinguir la otra voz, pero quienquiera que fuese hablaba mucho. Grant escuchaba, mirando a la nada. Y luego habló.

—Va a salir bien. Abacus está casi listo. Solo un poco más. Tal vez ocho o nueve semanas. Estamos cerca de la meta. Ya no hay vuelta atrás.

La voz habló durante un rato. Nathan se sorprendió levemente por la paciencia de Grant. Quien fuera que hablaba era lo suficientemente importante como para que Peter Grant escuchara.

—Está solucionado. La mosca en la sopa está muerta. Te lo prometo. Abacus puede seguir adelante. Relájate.

La voz de nuevo.

—Deja de lloriquear. El problema se resolverá, y puedes preocuparte todo lo que quieras mientras te la chupan en alguna playa del Caribe. Yo me encargo de esto. Se ocuparán de ello. Sin problema.

La voz de nuevo, y entonces Grant colgó y volvió a colocar el teléfono sobre la mesa.

—Entonces, ¿qué ha pasado? Si hay necesidad de que conduzcas hasta aquí para arruinar mi café, supongo que lo que estás a punto de contarme no es bueno. ¿Qué ocurre?

Nathan se pasó los dedos por el pelo. Este era su tío con quien hablaba, su sangre, pero el miedo a decepcionarle era mucho mayor que el miedo a su ira. Aunque su ira era terrible de contemplar. Decidió abordarlo por una ruta indirecta.

—Esa parecía una conversación seria.

—Mucho.

—Creo que no he oído hablar de Abacus. ¿Nuevo proyecto?

—Más bien un proyecto enorme. Y no habrás oído hablar de él porque es lo que se define como "jodidamente confidencial". Pero lo sabrás pronto. Te mantendrá ocupado durante mucho tiempo. Así que, repito, ¿qué coño pasa?

—Hubo una situación esta mañana.

Grant permaneció inmóvil. Tenía la habilidad de parecer inquietantemente calmado, lo que Nathan encontraba inquietante, si no aterrador. La calma antes de la tormenta. Y Grant era la encarnación viviente de una tormenta perfecta. Nathan descubrió que no podía mirar a su tío a los ojos.

—Hice que los chicos esperaran fuera de la casa de Black, exactamente como querías. Esta mañana temprano. Se aseguraron de que su mujer los viera cuando iba a trabajar. Para asustarla, darle un toque de atención. Como pediste.

—¿Y?

—Hubo una situación.

—Ya has dicho eso. ¿Qué coño te pasa?

El barniz se está desprendiendo, pensó Nathan.

—Debe haber llamado a Black. Volvió a casa mientras los chicos estaban allí.

—¿Qué esperabas que hiciera? No es el tipo de persona que ignora algo así. ¿Y?

—Black rayó el lateral del coche. Y dejó ciego a Jimmy. Le perforó el globo ocular con una llave del coche. El tío es un puto maníaco.

Grant tomó un sorbo de café, se lamió los labios, volvió a colocar la taza delicadamente en el platillo.

—¿Y Black? Mis órdenes eran que no se le tocara.

—Se marcharon. No tocaron a Black.

Grant negó con la cabeza casi imperceptiblemente.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Me importa una mierda si Jimmy el yonqui de mierda pierde un ojo. Le queda otro. Y le pagaron, ¿no? Riesgos del oficio. Black podría haberle arrancado los putos miembros, por lo que a mí respecta. Siempre que supiera que estábamos allí. Y ahora sabe que no es él. Ahora tiene que preocuparse por su mujer y su hijo.

Grant tomó otro sorbo de café. Cuando habló, su voz era baja y suave.

—Me quitó a mi único hijo. Necesita saber que hay un precio que pagar.

—Vale. Entonces, ¿enviamos las cartas?

Grant asintió.

—En un par de días. Pero tenemos que ser pacientes. Esto es algo que debemos saborear.

Llamó a una camarera y pidió dos cafés frescos. Cuando estuvo fuera del alcance del oído, se inclinó, haciendo señas a Nathan para que se acercara.

—Y ni un pelo de la cabeza de Black debe ser tocado. Todavía no. Tiene que saber que todo esto fue por su culpa, ¿entiendes? Tiene que saber cómo se siente esto. Y luego, cuando el hecho esté consumado y lo haya perdido todo, entonces le arrancaré la puta garganta.

Se reclinó. Las comisuras de su boca se levantaron en un amago de sonrisa.

—Tenemos que hacer una visita hoy.

Nathan frunció el ceño.

—¿A quién?

—Teacup. ¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Se ha despertado.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Háblame de él. Ese hombre. Ese Adam Black.

La gravedad de sus heridas había dejado a Teacup en coma durante poco más de tres semanas, pero al parecer no podía esperar. Todo seguía igual. Yacía en una habitación de un hospital privado en el sur de Glasgow, apoyado sobre dos almohadas, cada respiración como si un cristal roto le arañara el interior del pecho. Varias costillas fracturadas, un pulmón perforado, además de otras heridas, cortesía del hombre cuyo nombre acababa de ser mencionado. Pero la persona a su lado no era alguien a quien se pudiera ignorar. Era su pariente y jefe, Peter Grant, el hombre que pagaba las facturas del hospital. El hombre que lo pagaba todo. El hombre que había perdido a su único hijo. Bajo la vigilancia de Teacup. Intentó ocultar el miedo en su voz.

—Es confuso. No recuerdo mucho. Y estaba oscuro.

Grant se sentó en una silla de plástico, con postura tensa, la espalda recta como una vara. El aire estaba impregnado con el aroma dulce y pesado de su colonia. Teacup se sentía mareado. Al otro lado de la cama, estaba sentado Nathan. Callado, con aspecto estudioso. A Teacup siempre le había caído bien.

En la puerta, vigilante y sombrío, estaba el guardaespaldas de Grant, el hombre llamado Thor.

—Estaba oscuro —repitió Grant, mirando a Teacup. Se volvió hacia Nathan—. Tú eres el listo. Así que quizás puedas corregirme, pero ¿no está siempre oscuro por la noche? ¿O estoy diciendo una tontería?

Nathan no respondió.

Grant se centró de nuevo en Teacup.

—Estaba oscuro. Todo era confuso —Grant se inclinó hacia delante, bajando la voz—. ¿Qué tipo de respuestas son estas, exactamente? Esta es la noche en que mi hijo fue asesinado en la calle como un animal. Haz memoria, Teacup. Estoy seguro de que puedes hacerlo mejor.

Teacup tragó saliva, hizo una mueca, el acto le causó dolor.

—Decidimos tomar unas copas en Eaglesham. Pensé, un lugar tranquilo. Pensé...

—Pensaste: un lugar tranquilo, sin problemas. Donde mi hijo psicópata no montaría una escena.

Teacup negó con la cabeza. El movimiento hizo que le doliera la mente.

—Nada de eso. Acordamos que un cambio sería... bueno para todos.

Grant no respondió. Miró fijamente a Teacup, con ojos como piedras negras.

—Tomamos unas copas —continuó Teacup—. Estábamos fuera, fumando. Vimos a este tío corriendo cuesta arriba, hacia nosotros.

—¿Corriendo? —dijo Nathan.

Teacup asintió.

—Estaba haciendo footing. Pero iba rápido. Como si estuviera entrenado.

Teacup revisó la escena en su mente. Había despertado del olvido, y estaba allí, llenando su cerebro. Cada detalle. Había intentado bloquearlo, cerrar la puerta, pero seguía ahí, sin moverse, un peso en su cabeza.

—La verdad es... —titubeó—. ¿La verdad es?

Teacup tomó aire profundamente, lo que le dolió.

—Damian tenía una navaja. Iba a usarla. Vio al tío. Quería divertirse un poco. Salió corriendo a la carretera. Probablemente solo para asustarlo.

—Solo para asustarlo —repitió Grant.

—El tío Adam Black es grande. Y se movía rápido para ser un tío grande. Y no estaba asustado. Reaccionó como si supiera lo que estaba haciendo.

—¿Y tú y Blakely? ¿Dónde estabais vosotros dos cuando Black estaba matando a mi hijo?

—Nos lanzamos sobre él, lo juro. Al mismo tiempo. Pero...

—¿Pero qué?

—Nos atravesó como si no estuviéramos allí.

—Tres contra uno —dijo Nathan, en voz baja.

La mirada de Grant no vaciló.

—Era rápido —dijo Teacup—. Y algo más. Yo estaba en el suelo. Pero él seguía viniendo. La mayoría de los hombres se habrían echado atrás, quizás habrían huido. Pero él seguía viniendo, como...

—¿Como qué? —dijo Nathan.

—Como si lo disfrutara.

Se hizo el silencio. Finalmente, Grant habló.

—Entonces, ¿me estás diciendo que esto fue un suceso aleatorio? Un tío viene corriendo calle arriba, de la nada, empieza una pelea, mi hijo acaba muerto. Una coincidencia.

—Eso es todo lo que fue. Nos metimos en una pelea. Pero con el tío equivocado. Mírame. Tengo suerte de estar vivo.

Grant se puso de pie y miró a Teacup durante cinco segundos.

—Jodidamente cierto.

Sin decir una palabra más, salió de la habitación, seguido por Nathan y Thor.

Teacup se relajó sobre las almohadas, preguntándose cómo acabaría esto. No bien, pensó con pesimismo. Para todos.

Salieron del hospital y subieron a un Mercedes blanco, aparcado en la zona de visitantes.

—¿Qué piensas? —preguntó Nathan.

—¿Sobre qué? —espetó Grant.

—La historia de Teacup.

Grant hizo una pausa, luego dijo:

—Le creo. Sus heridas hablan por sí solas. Parece que a Black le gusta repartir un poco de dolor. Lo cual me parece bien. Ahora está en mi mundo. No sabrá el significado de la palabra cuando lo atrape —Miró a Nathan, sentado con él en el asiento trasero, Thor conduciendo.

—Pero hay una cosa que no me trago.

Nathan esperó.

—No creo en las coincidencias.

—No entiendo.

—Lo entenderás, con el tiempo. Podría significarlo todo, o nada.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Habían pasado tres días desde el llamado "incidente" frente a su casa. Black había decidido no contactar con la policía. Le había clavado una llave en el ojo a un hombre y había destrozado su coche. No pintaba bien. Pensó que era prudente dejar pasar ese asunto. Y estaba seguro de que su víctima haría lo mismo.

Pero sabían dónde vivía. Sabían que estaba casado y tenía una hija de cuatro años. Joder, incluso sabían su nombre. Grant había enviado un mensaje, y Black había respondido. Que no les tenía miedo. Que podía ejercer violencia casual tan fácilmente como ellos. Pero Jennifer y Merryn estaban en la ecuación, y nunca había habido tanto en juego. Podían esconderse, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y cómo podían vivir así, escabulléndose por la vida como animales asustados? Mirando por encima del hombro, cada minuto, cada segundo.

No había una solución fácil. Tenían que continuar con su rutina, seguir con sus vidas normales. Merryn era demasiado pequeña para entender lo que estaba pasando. Jennifer estaba aterrorizada. No lo decía, pero Black lo sabía, ¿y quién podía culparla? Y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Por primera vez en su vida, se sentía inútil. Le había sugerido que se tomara un descanso prolongado del trabajo —más que merecido— y que ella y Merryn se quedaran con su madre en su gran casa en Thurso, a más de doscientos cincuenta kilómetros al norte de Inverness, tan al norte como la mayoría de la gente llega. Pero solo lo había sugerido tímidamente, y ella se había negado rotundamente, lo cual era lo mejor, reflexionó Black. Grant era claramente ingenioso. Descubriría adónde había ido. Y si eso ocurría, Black estaría a casi ochocientos kilómetros de distancia para hacer algo al respecto.

Black reestructuró sus horarios, salía de casa por la mañana cuando Jennifer y Merryn se iban, y regresaba temprano, llevándose trabajo a casa. Se quedaban en casa por las noches y veían la televisión, leían libros.

La vida continuaba. Durante tres días. Entonces comenzó. El desmoronamiento de la vida de Black.

CAPÍTULO VEINTE

Las diez y media de la mañana, y Black estaba en la sala de reuniones, la habitación más grande de las oficinas de Wilson, Fletcher y Compañía, orientada al este, con la pálida luz matinal capturada por tres grandes ventanales. Una pared entera estaba dedicada a estanterías de roble que albergaban cientos de libros de derecho, revistas e informes, y en el centro había una gran mesa de conferencias rectangular chapada en nogal con diez sillas a su alrededor, la superficie reluciente. Black estaba sentado a un lado, con tres clientes enfrente, y entre ellos había papeles, planos y expedientes abiertos. El aroma del café recién hecho llenaba la sala.

La puerta se abrió. Black se giró. Rara vez se permitía que alguien interrumpiera una reunión, a menos que estuviera acordado de antemano o que una secretaria trajera un archivo o un café.

Simon Fletcher estaba en la puerta. No habló. No entró. Estaba terriblemente pálido. Parecía conmocionado. Tenía el cuello de la camisa desabrochado y la corbata torcida.

—¿Qué pasa, Simon? —preguntó Black, conteniendo un repentino pánico. Algo iba muy mal, sus primeros pensamientos fueron Jennifer y Merryn.

Fletcher se humedeció los labios, tomó aire entrecortadamente, pero no respondió.

—Disculpadme —dijo Black a las tres personas sentadas enfrente, que reaccionaron con expresiones de leve desconcierto. Se levantó y se dirigió hacia Fletcher, que lo observaba acercarse con una mirada vidriosa y distante.

Fletcher retrocedió hacia el pasillo; Black lo siguió, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué demonios pasa, Simon? —preguntó Black, con voz baja y tensa.

—He recibido una llamada de John Wilson esta mañana —respondió Fletcher, con voz quebradiza. No dejaba de tragar, los músculos de su mandíbula se tensaban y relajaban. Sus ojos no se fijaban en Black, sino que se movían de izquierda a derecha. Está asustado, pensó Black.

—¿John Wilson? —Black intentaba comprender el problema. El último nombre que esperaba oír era el de su socio retirado—. ¿Y?

—No sabía qué hacer. Nunca había visto nada parecido. Yo... no sé qué hacer.

Black no tuvo otra opción: agarró a Fletcher por los hombros y lo sacudió.

—**◆◆** Habla conmigo, Simon!

Fletcher pareció despertar de un trance. Respiró hondo.

—John Wilson está muerto —dijo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Se dieron excusas apresuradas; se les dijo a los tres clientes en la sala de reuniones que había surgido una emergencia; se pidieron las debidas disculpas; se reprogramó una cita. Ahora era Fletcher quien estaba sentado en la sala de reuniones frente a Black y, completamente en contra de la política de la oficina, fumando un Marlboro. A Black le importaba un bledo. Abrió una ventana y luego se sentó, observando cómo Fletcher inhalaba profundas caladas de nicotina. Fletcher había recuperado la voz y ahora hablaba sin parar. Shock, pensó Black.

—Recibí una llamada de John esta mañana —dijo Fletcher entre caladas—. Sonaba... distinto. Preocupado. Ya conoces a John. El tío más tranquilo del mundo. Solo le pillabas estresado si fallaba un golpe en el hoyo dieciocho. No había forma de mantenerle alejado de ese maldito campo de golf. Tiene un hijo. En Australia, creo.

Otra calada. Black esperó. No tenía sentido apresurarse, aunque tuvo que apretar los dientes.

—Desde luego no parecía él mismo. Me dijo que fuera. A su casa. No me lo pidió. Me lo ordenó, joder. Luego se enfadó. Como si culpara al mundo de sus problemas. Empezó a hablar sobre su vida y lo mierda que era. Le dije: "John, tienes que calmarte de una puta vez".

Le dirigió a Black una mirada repentina, vacía y afligida.

—Si hubiera sabido lo que iba a hacer...

Otra calada profunda.

—Así que lo dejé todo. Ya sabes lo difícil que es hacer eso en nuestro trabajo. Casi le guardé rencor por ello. De hecho, se lo guardé. Como si yo tuviera tiempo de sobra. Quiero decir, él era el que se jubilaba. Pero lo hice. Lo dejé todo, me metí en el coche y conduje hasta su casa. Parecía que no iba a llegar nunca. Semáforos en rojo cada cien metros. Habría sido más rápido ir andando. Así que llegué a su casa y subí por el camino de entrada, teniendo que evitar tropezar con las malas hierbas y demás. Nunca fue un jardinero.

Otra calada. El humo se enroscaba a su alrededor como tentáculos grises y sombríos. Se detuvo, con la mirada perdida.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Black con suavidad.

Fletcher volvió a concentrarse, dio otra calada. Su mano temblaba.

—La puerta principal estaba abierta. Solo un poco. Pero pensé: "Esto es muy raro". ¿Quién deja la puerta principal abierta? Y supe en ese momento que algo iba mal. —Negó con la cabeza—. No debería haber entrado. No debería haber entrado en su casa. ¿Por qué entré?

Otra pausa.

—Pero entraste —le animó Black.

—Sí. Entré. No estaba por allí. Yo estaba en su pasillo. Le llamé, pero no obtuve respuesta. Así que me dirigí a esa estúpida sala de televisión que tiene. Y lo primero que veo es ese

televisor de proyección de sesenta pulgadas. Ocupa todo un lado de la habitación, te lo juro. Como una maldita pantalla de cine. ¿Quién necesita algo así? Y está oscuro, porque ha cerrado las persianas. Y entonces me doy la vuelta... me doy la vuelta.

Black esperó.

—El muy idiota está colgado ahí. Quiero decir, jodidamente colgado. La cara retorcida. Una cuerda alrededor del cuello. Tenía la lengua fuera. La lengua estaba morada. ¡Putá morada! Los ojos se le salían de las órbitas. No puedo quitármelo de la cabeza.

Black asimiló esta información y mantuvo un tono de voz uniforme.

—¿Y qué hiciste, Simon?

Él miró fijamente a Black, apagando la colilla de su cigarrillo en un platillo que improvisaba como cenicero; parpadeó.

—Salí corriendo de allí y vine directamente aquí.

Black le miró atónito.

—¿Le dejaste allí? Simon, ¿cómo sabes que estaba muerto? ¿Llamaste a una ambulancia?

—Sé reconocer a un hombre muerto cuando lo veo —murmuró.

—¿En serio? ¿Y llamaste a una ambulancia?

Fletcher negó con la cabeza, buscando torpemente otro cigarrillo. Black se estiró y se los quitó de la mano. Fletcher levantó la cabeza de golpe.

—No hay tiempo para fumar —dijo Black, quizás con demasiada brusquedad—. Vamos allí ahora. Cogemos tu coche. Ahora mismo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Black insistió en conducir, no estaba de humor para discutir. Fletcher estaba distraído, por decirlo suavemente. Black no tenía ningún deseo de acabar empotrado contra una farola. El día ya era bastante malo.

A Fletcher le gustaban los coches. Se subieron a un BMW Z4 descapotable, con todos los extras. Black pisó el acelerador. Sabía adónde ir. Había estado en casa de John Wilson en muchas ocasiones: para cenar, para reuniones, para barbacoas, para tomar unas copas. Era un hombre que amaba la vida. Si no estaba jugando al golf, estaba de vacaciones. Estaba divorciado, pero tenía novias. Estaba en forma y sano, por lo que Black sabía. Planeaba jubilarse y hablaba de ello casi cada vez que los hombres charlaban. Planeaba ir a Australia a ver a su hijo. Muchos planes. El suicidio no tenía sentido. Pero entonces, ¿quiénes entendía los oscuros caminos por los que podía vagar la mente?

Fletcher y Black no hablaron en el coche, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Fletcher encendió otro cigarrillo. Black no se opuso, pero abrió su ventanilla. La fría mañana de invierno agudizó sus sentidos, aclaró su mente.

El suicidio no tenía sentido.

Llegaron a su casa en quince minutos. John Wilson vivía en una zona elegante del oeste de la ciudad; una casa adosada eduardiana de arenisca en medio de una hilera de casas similares, con árboles maduros creciendo en la acera, paredes de hiedra, relucientes balaustradas negras y altas ventanas de estilo gótico, con jardines traseros engastosamente grandes. A doscientos metros de los restaurantes y vinotecas más de moda de la ciudad, a tres kilómetros del centro. Ubicación premium, precio premium.

—No puedo entrar —dijo Fletcher—. Simplemente no puedo. Esperaré en el coche. Por favor.

Black reconoció su súplica con el más mínimo gesto, salió del coche y corrió hacia la casa. No había tiempo para debatir.

La puerta estaba cerrada pero no con llave. La empujó y entró en un amplio pasillo, oscuro con paneles de roble. Para ser un hombre soltero, John Wilson mantenía una casa ordenada. Pero siempre había sido meticuloso, tanto en su trabajo como en su vida. Se dirigió directamente a la sala de televisión. Allí, a lo largo de una pared, el monstruoso televisor. Estaba en penumbra. Como Fletcher había dicho, las persianas estaban cerradas. En la esquina, encontró a John Wilson. Y tal como Fletcher había contado, estaba colgado con una soga alrededor del cuello. Había usado una silla del comedor. Estaba volcada a sus pies. La había apartado de una patada. La cuerda estaba atada a un soporte metálico de estantería que sobresalía de la pared, lo suficientemente seguro como para soportar el peso de un cuerpo.

Black recolocó la silla, se subió a ella y levantó el cuerpo inerte de John Wilson con un brazo. Era un hombre pequeño y delgado, no más de sesenta y cinco kilos. Pero un cuerpo inerte seguía siendo pesado. Con su mano libre, Black aflojó la cuerda alrededor del cuello de su amigo. Fletcher había sido preciso en su descripción. El rostro a solo unos centímetros del de Black era espantoso de contemplar.

Aflojó la cuerda lo suficiente para pasarla por encima de la cabeza de Wilson, que se desplomó contra el hombro de Black. Con cuidado, maniobró el cuerpo y a sí mismo hasta el suelo, y lo tendió sobre la alfombra. Black inmediatamente realizó RCP, colocando la base de su mano en el pecho, poniendo la otra mano encima, y comenzó a presionar. Sin reacción. Black había visto la muerte antes, de cerca, y la veía ahora. Pero tenía que seguir intentándolo. Realizó una respiración de rescate, inclinando la cabeza de Wilson, levantando su barbilla. Nada. Una vez más, y luego una tercera vez.

Black se desplomó en el suelo y se tumbó junto al cuerpo inmóvil de su amigo y socio fundador de Wilson, Fletcher y Cía.

—¡Joder! —gritó Black al techo, al mundo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Black permaneció tumbado menos de un minuto, con la mente acelerada, y luego se levantó.

El suicidio no tenía sentido. No para un hombre como John Wilson. Black miró a su alrededor. No había señales evidentes de una nota, un sobre sellado, una carta de despedida que explicara los porqués. Lo cual no significaba nada. Podría haber una nota en cualquier parte de la casa, o quizás no hubiera ninguna. ¿Un juego sexual que salió mal? Posible, pero poco probable. Y había llamado a Fletcher antes con un humor de perros. Un humor furioso. En opinión de Black, un comportamiento extraño para un hombre a punto de atarse una cuerda al cuello. Examinó el cuerpo. Marcas en el dorso de las manos - arañazos. Wilson vestía una camiseta blanca con cuello y pantalones azul marino, zapatillas de deporte blancas. Black se arrodilló y levantó la camiseta, dejando al descubierto el pecho pálido y delgado de Wilson. Moratones en el abdomen y las costillas.

Black percibió una presencia. Se giró. Fletcher estaba en el umbral, una silueta en la penumbra.

—¿Está muerto? ❖❖❖preguntó Fletcher.

Black asintió. —Completamente.

Fletcher había recuperado algo de compostura. —Siento haberme comportado como un idiota.

—La muerte afecta a cada uno de forma diferente. No tienes que disculparte conmigo, Simon.

Fletcher se dejó caer en una silla junto al televisor y se quedó mirando el cuerpo sin vida de John Wilson, tendido en el centro de la habitación.

—No me lo puedo creer. Ha sido mi amigo durante más de veinte años. Estaba a punto de jubilarse. Todo le iba genial. ¿Por qué haría esto?

—¿Por qué hace nadie nada? No hay respuesta para eso. Él pensó que esta era la única salida. Y la mente puede llevarte a lugares oscuros, si se lo permites.

—¿Pero John Wilson? Seguro que esto no puede estar pasando. Hablé con él hace solo un par de horas.

Su voz adquirió un tono abatido. —Nunca antes había visto un cadáver.

—Te acostumbras a verlos, con el tiempo ❖❖❖respondió Black. Lo cual era la pura verdad. Black había visto más de lo que le correspond❖❖a. La muerte en todo su esplendor.

—¿Te dijo algo? ¿Algo inusual?

—Toda la conversación fue inusual. Irreal. Y en realidad no fue una conversación. Más bien una diatriba unilateral.

—¿Sobre qué?

Fletcher dio un largo suspiro. —Cosas vagas. Que la vida le había tratado mal. Que su vida estaba vacía. Que se sentía desatendido en la empresa. Poco valorado. Locuras. Y que tenía que reunirse conmigo. No sonaba como el John Wilson que he conocido durante veinte años.

—¿Quería reunirse contigo?

—Eso dijo.

—¿Por qué te pediría eso si pensaba ponerse una soga al cuello?

—Joder, Adam. No te andes con rodeos —miró fijamente el cadáver de Wilson—. No tiene sentido.

Black indagó más. —¿Pero no dijo nada específico, si algo en concreto le preocupaba?

Fletcher negó con la cabeza.

—Llama a la policía —dijo Black—. Ya no podemos hacer nada más por él.

Se dirigió al baño de la planta baja y volvió con una toalla, que colocó sobre el rostro de Wilson.

Su propio móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. Contestó. Era Jennifer. Intentaba mantener la calma, pero su voz sonaba tensa y forzada.

—Estoy en casa.

Black respiró hondo antes de contestar. —¿Qué pasa? ¿Por qué estás en casa? ¿Estás bien?

Cuando Jennifer le explicó lo sucedido, Black se quedó en silencio. Oía como un redoble en los oídos: su corazón. Por fin habló, con voz fría.

—Ya sabes qué hacer. Salgo ahora mismo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Black preguntó si podía coger prestado el coche de Fletcher, y lo habría cogido de todas formas, fuera cual fuera su respuesta. Resultó que Fletcher estaba conforme con esperar a la policía.

—Ve —dijo—. El putito mundo se está desmoronando.

Y había mucha verdad en eso, reflexionó Black mientras se dirigía a toda velocidad desde el oeste de la ciudad hacia Eaglesham, un trayecto de unos veinticuatro kilómetros. Para Black, su mundo no se estaba desmoronando, se estaba haciendo pedazos, y todos los millones de fragmentos se dispersaban a los cuatro vientos. Hacía solo cuatro semanas, era un abogado trabajador en la ciudad, con un buen empleo, una casa, una familia y todo lo que era normal y tenía sentido. El estrés era una transacción que salía mal; gestionar un plazo; tratar con un cliente volátil; o en el peor de los casos, una llamada de Jennifer para decir que Merryn estaba enferma.

Ahora una llamada de Jennifer podía significar cualquier cosa. Cada vez que sonaba el teléfono, sentía que se le encogía el pecho y el corazón le latía con fuerza. El estrés en el trabajo era un mero espectáculo secundario comparado con la situación actual. Antes, pensaba que podía manejar cualquier mierda que le echaran encima después de sus experiencias en el ejército. Pero entonces no tenía esposa ni hijo. Ahora era un escenario completamente diferente. Un nuevo y exquisito nivel de miedo. Y el gánster conocido como Peter Grant sabía cómo apretar las tuercas. Era un experto en este juego en particular.

Pero el Servicio Aéreo Especial se había esforzado mucho en enseñarle a lidiar con la emoción del miedo. Respétalo, siéntelo, abrázalo. Y una vez que has aceptado que el miedo en sí mismo no te matará, úsalo a tu favor. El éxito y el fracaso están divididos por una fina línea entre aquellos que hacen del miedo su amigo y aquellos que eligen convertirlo en su enemigo. Tal era la filosofía del regimiento. Aprende a ser impasible. Aprende a ser objetivo. Conviértete en un tercero. El SAS daba mucha importancia a la mente sobre la emoción. La clave de un buen soldado no estaba en los músculos sino en el cerebro. O más concretamente, en la mente. Aunque la habilidad de saber cómo matar a un hombre era una ventaja. Fácil cuando eres tú, y solo tú. No tan fácil cuando aquellos a quienes amas son arrojados al teatro de la guerra. Algo que el SAS había omitido en el manual de entrenamiento.

Llegó a la autopista y pisó a fondo el acelerador. Pasó a toda velocidad las salidas de Ibrox, Pollok, Paisley, Newton Mearns, y finalmente tomó la salida hacia Eaglesham. Estaría en su casa en diez minutos.

Había matado a alguien, por pura casualidad, que tenía el poder de vengarse desde más allá de la tumba. El hijo de un gánster. Se preguntó qué habría hecho él si las tornas se hubieran invertido, si tuviera un hijo al que un extraño le hubiera aplastado la garganta en la calle, en defensa propia o no. ¿Buscaría venganza? Sinceramente no tenía una respuesta. O quizás sí la

tenía, pero no tenía el valor de admitirlo.

Subió por el camino hacia su casa, esperando ver un BMW de gama alta aparcado en la entrada. En su lugar, vio un Ford Mondeo azul en el camino de entrada detrás del coche de su esposa.

Inmediatamente se puso en guardia, aparcó junto a la casa y se dirigió a la puerta principal.

Entró directamente y fue al salón. Jennifer estaba sentada en un sofá de esquina en un lado de la habitación. En el otro, en un sillón, había un hombre al que reconoció. Sobre la mesa de café entre ellos había dos sobres.

El hombre se puso de pie y sonrió.

Black respondió con una sonrisa forzada.

—Inspector Patterson. Creo que nos hemos conocido antes.

CAPÍTULO VEINTICINCO

—He llamado a la policía —dijo Jennifer—. Después de llamarte a ti. El inspector Patterson acaba de llegar.

—Habéis llegado rápido —comentó Black—. Me impresiona.

Black se sentó junto a su mujer y le tomó la mano.

El inspector Patterson asintió.

—Desde nuestro... encuentro, me han asignado vuestro caso. Cuando tu mujer llamó y confirmamos su nombre y dirección, me lo pasaron automáticamente como encargado del caso. Y cuando explicó lo que había pasado, vine lo más rápido que pude.

—Me lo imagino. —Black miró al policía que tenía delante, el mismo hombre que lo había interrogado en una sala solo tres semanas antes, insinuando que tenía vínculos con el crimen organizado de Glasgow. El hombre cuyo trato ahora era educado y respetuoso. Hoy no llevaba gafas, así que Black supuso que usaba lentillas. Iba bien vestido, con un traje azul claro, una corbata a rayas azules y negras, y unos pequeños gemelos rojos. Ligeramente bronceado. El pelo oscuro y más largo de lo que Black recordaba, corto por encima de las orejas, con gel y despeinado por arriba. Era tan alto como Black, pero más delgado, con menos masa muscular. Black imaginó que pasaría horas en la cinta de correr para evitar la típica barriga de la mediana edad tan común en los policías. Tan común en la mayoría de los hombres de cierta edad.

Dirigió su atención a los sobres sobre la mesa.

—¿Son estas las cartas?

Jennifer asintió.

—Tuve que volver a casa. Se me había olvidado un regalo para un miembro del personal que se jubila. Entré y vi las dos cartas en el suelo del vestíbulo. Supongo que las habrá entregado el cartero. Así que las abrí. —Tomó aire temblorosa. Joder, pensó Black, esto la está matando.

—¿Puedo verlas? —preguntó Black, dirigiéndose al inspector Patterson.

—Preferiría que no. Por si hay contaminación de pruebas. Aunque Jennifer las haya tocado, aún podríamos encontrar alguna huella.

—¿Estás de broma? Dime exactamente qué contienen.

—Iban dirigidas a mí y... a Merryn —respondió Jennifer. Dudó, buscando las palabras—. Dos cartas separadas. —De repente soltó una risa aguda—. Al principio, cuando las vi, pensé que eran de la guardería. Quizás una invitación a algo. La dirección en el sobre estaba escrita a mano y parecía tan normal. Noté que había algo dentro, pero no le di importancia. No podía estar más equivocada.

Black la rodeó con el brazo pero no dijo nada.

—Abrí la primera, la que iba dirigida a mí, y cayó algo...

Ahogó un sollozo. Black miró interrogante al inspector Patterson.

—Cada sobre contenía una bala —continuó Patterson—. Y una nota. No escrita a mano. Mecnografiada. Idénticas las dos.

—¿Qué decían las notas?

Patterson miró fijamente a Black. Cuando habló, las palabras golpearon el alma de Black.

—La próxima lleva tu nombre.

Dos balas. Una para Jennifer, otra para Merryn, con un propósito claro e inequívoco.

Peter Grant no había terminado. Ni de lejos.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—¿Y ahora qué? —preguntó Black.

El inspector Patterson levantó un maletín de cuero que tenía a sus pies y lo colocó sobre sus rodillas. Lo abrió. Dentro había una carpeta, un bloc de notas, bolígrafos colocados ordenadamente en unos portabolígrafos, un par de guantes forenses y algunas bolsas de polietileno transparentes para muestras.

—Con el consentimiento de ambos, me gustaría llevar esto a comisaría para analizarlo. Podemos buscar huellas, revisar el matasellos, incluso examinar el papel utilizado. Además, normalmente cada bala tiene un número de serie, lo que nos puede dar una buena idea sobre su origen, dónde se fabricaron.

—Estas no lo tendrán, te lo aseguro —dijo Black—. Habrán sido fabricadas especialmente. Hechas a medida, se podría decir. Construidas en el garaje, taller o sótano de alguien. Pero claro, llévatelas.

Jennifer asintió.

Patterson se puso los guantes, reabrió las cartas y sacó la bala de cada una.

—¿Me las puede enseñar, por favor? —pidió Black.

—Por supuesto —Patterson sostuvo una, equilibrándola entre el pulgar y el índice.

Black la reconoció inmediatamente. Un calibre de 7,62 mm. Munición estándar para los Servicios Especiales. Más grande que el calibre normal que se entrega al ejército regular. Cariñosamente conocida como "muerte en un disparo". Prácticamente destroza el objetivo. Black había usado muchas de estas balas a lo largo de los años. Cuando Black disparaba un arma, le gustaba la garantía de muerte, y esta bala nunca fallaba. Peter Grant sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Conoce de balas, señor Black? —preguntó Patterson.

—He tenido alguna experiencia. A lo largo de los años.

Patterson la metió en una bolsa de pruebas, la selló, escribió un número en la etiqueta y repitió el proceso con cada objeto: dos balas, dos cartas, dos sobres, y puso las bolsas en su maletín.

Luego tomó una breve declaración de Jennifer, quien le contó lo que ya le había dicho, que no era mucho, y también guardó el bloc de notas en el maletín. Lo cerró con un clic.

—¿Y ahora qué? —dijo Black, repitiendo su pregunta inicial.

El inspector Patterson lo miró con una mirada inquisitiva.

—Como he dicho, señor Black, analizaremos el material...

—Eso no es lo que mi marido quiere decir —espetó Jennifer—. ¡No se haga el tonto! Esto no es ciencia espacial. Tiene que decirnos qu❖❖ demonios va a hacer al respecto. No es como si

no conociera la historia. Mantuvo a mi marido en comisaría el tiempo suficiente. Sabe que las balas las envió Peter Grant. O alguien de su maldita organización, o como quiera que llame a su banda. Sabe que fue él. Y tengo una hija de cuatro años en la que pensar. Y estos malditos animales acaban de enviarle una puta bala. Así que le preguntamos, por tercera vez: ¿qué coño va a pasar ahora?

No lo podría haber dicho mejor, pensó Black.

Patterson se movió incómodo.

—Por supuesto, es una suposición. No tenemos ninguna prueba tangible que conecte a Grant con esto. Al menos en esta etapa. Pero una vez que hayamos analizado...

—Entonces, ¿quién cree que envió las balas? —interrumpió Jennifer de nuevo—. ¿El maldito lechero, porque no pagamos la leche de la semana pasada? Por favor, no nos trate como idiotas. Necesitamos protección. Necesitamos ayuda!

—¿Tienen cámaras de seguridad?

—No, pero podemos instalarlas —dijo Black—. Pero, ¿qué hay de una presencia policial? Un agente, apostado al final del camino, por ejemplo.

Patterson negó con la cabeza.

—No intento ser obstructivo, pero no hay forma de que podamos llegar a eso. Recortes y ahorros. No tenemos el dinero ni los recursos. Puedo organizar una ronda al menos una vez al día. Y puedo hacer que se actualice su alarma, para que recibamos una señal de socorro en comisaría tan pronto como pulsen un botón de pánico.

—Un botón de pánico —repitió Black—. Qué gran cosa. Eso es un verdadero consuelo. ¿Qué hay de un programa de protección de testigos? No somos testigos, sino objetivos. Seguramente se pueda organizar algo.

—Lo ha dicho usted mismo —respondió Patterson—. No son testigos. Algo así no será autorizado por la Fiscalía a menos que haya un proceso judicial en curso. Que no lo hay.

Se movió de nuevo, sin mirarlos.

—Hay algo que podrían considerar. Aunque puede que no les guste la sugerencia.

Esperaron a que hablara, pero Black tenía una buena idea de lo que estaba a punto de decir.

Patterson respiró hondo.

—¿Han considerado mudarse? ¿Para poner algo de distancia? ¿Quizás a otra parte del país, tal vez?

—¿Y esa es una sugerencia seria? —replicó Jennifer—. ¿Nos está pidiendo que huyamos y nos escondamos de un psicópata, en lugar de tener la molestia de lidiar con el psicópata usted mismo? No puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Esto es jodidamente increíble!

—No haría ninguna diferencia —dijo Black con voz hueca.

"No importa la distancia", pensó Black. Sangre por sangre. Peter Grant era el tipo de hombre que exigiría su libra de carne. Y algo más.

Patterson se puso de pie.

—Entiendo cómo deben sentirse. Pero hasta que Peter Grant realmente haga algo que podamos vincular con él, estamos en el limbo.

Black le dirigió una mirada fija.

—No puede entender cómo nos sentimos. A menos que esto se lleve a Grant, él nos lo traerá a nosotros. Así es como va a ser.

Black acompañó a Patterson a la salida.

—Supongo que ya no soy sospechoso —dijo Black, mientras estaban en la puerta.

Patterson evaluó a Black durante unos segundos antes de hablar.

—Resulta que había una cámara de seguridad en la entrada del pub. Y, por suerte, estaba encendida cuando ocurrió el incidente. Todo está grabado. Vi lo que pasó esa noche en Eaglesham. De principio a fin. Vi lo que les hizo a esos hombres, con sus propias manos. Atacaron al hombre equivocado. Y al hacerlo, dos de ellos encontraron un rápido final. No tengo quejas. Caso cerrado.

—Me alegra oírlo —respondió Black—. Una preocupación menos. Sé que solo puede hacer hasta cierto punto, pero mantenga un ojo vigilante. Por mi familia. Por favor.

Patterson asintió.

—Están bajo mi vigilancia.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El tiempo pasó. Varias semanas.

Nathan Grant debía reunirse con el asesino a sueldo conocido simplemente como Joshua, en el lugar y hora acordados: el Hotel Hilton cerca de Byres Road, en el oeste de Glasgow, al mediodía. Elegido por él. Cuando llegó al vestíbulo, recibió una llamada de Joshua en su móvil, diciendo que el lugar de la reunión había cambiado. Ahora sería en el Hotel Four Oaks en Perth, y deberían encontrarse en noventa minutos. Llevaría un maletín de cuero color burdeos.

Nathan no estaba nada impresionado y maldijo por lo bajo. Pero las órdenes eran órdenes. Y estaba tratando con un individuo cuya profesión exigía cautela, rayando en la paranoia.

El viaje duró una hora y cuarto, un trayecto de unos cien kilómetros. El Hotel Four Oaks se alzaba con vistas al río Tay: un edificio sólido, achaparrado y anodino con una fachada gris apagada, construido hacía cien años, indistinguible de cualquier otro, y ni de lejos tan lujoso como el Hilton.

La recepción era pequeña y atendida por dos empleados. A través de unas puertas dobles de cristal se accedía al bar y al salón. Había más gente de la que Nathan esperaba. La gente almorzaba en las mesas, y otros estaban sentados en taburetes altos en la barra. Comida y bebida baratas, pensó. Menú de pub. Fácil pasar desapercibido y volverse invisible. Un hombre estaba sentado a una pequeña mesa junto a una ventana leyendo un periódico. Su rostro estaba oculto. Sobre la mesa había una tetera y una taza con platillo, y en la silla frente a él había un fino maletín rojo con cierres dorados de combinación.

Nathan se acercó a él, sorteando a la gente que comía y bebía absorta en sus conversaciones. Nadie le prestó atención.

—¿Joshua? —dijo Nathan.

El hombre bajó el periódico.

Nathan vio a un hombre de rasgos anodinos y cansados; pelo rubio ralo; tez cetrina. Bien afeitado. Quizás cuarenta y cinco años, aunque era difícil decirlo. Parecía un típico oficinista como los que se ven en miles de oficinas en cualquier parte. Olvidable. Invisible. Vestía como la mitad de la gente en la sala. Traje oscuro barato, corbata, camisa blanca.

—Siéntese, por favor —dijo el hombre.

Nathan retiró el maletín y lo colocó con cuidado en el suelo antes de sentarse frente a él.

—¿Le apetece una taza de té? ¿O quizás un café? —Hablaba suavemente, sin acento, pero con firmeza, cada palabra precisa y concisa. Un poco como los pilotos de avión cuando hablan a los pasajeros por el comunicador.

—Café, gracias. Con leche. Sin azúcar —respondió Nathan.

El hombre conocido como Joshua llamó a un camarero y le dio el pedido, pidiendo también

una taza de té fresco para él. Y un poco más de leche.

—Me alegro de conocerle por fin —dijo Nathan—. ¿Un cambio de lugar de última hora?

—Se podría decir así. La previsibilidad puede ser tediosa. Me gusta sorprender. ¿A usted no? Y de todos modos, la comida es demasiado cara en esos hoteles lujosos, ¿no cree? Un sitio como este es más razonable para gustos sencillos. Comida y bebida para el hombre común.

—¿Tiene usted gustos sencillos?

—Por lo general.

—¿La transferencia se realizó con éxito? —Nathan había transferido el día anterior un millón de euros a un banco de París desde una de las varias empresas que controlaban desde las Islas Caimán. No eran gustos tan sencillos, en realidad.

—La transferencia fue perfecta. Sin retrasos en el aeropuerto, para variar agradablemente.

—Eso está bien. Así que ahora que está aquí, visitará pronto, esperamos todos.

—Son muy hospitalarios. Tengo intención de hacer una breve visita. Mañana. Y luego directamente a casa.

El camarero regresó con una bandeja de té y café, y un platillo de galletas de mantequilla, que colocó en la mesa entre ellos, retirando la tetera y taza usadas. Joshua le dio las gracias.

La conversación se detuvo mientras Joshua echaba leche en su taza, removía la tetera y luego servía el té.

—¿Galleta?

—No, gracias dijo Nathan.

—Yo tampoco. Demasiado ricas. Debo vigilar lo que como. La más mínima cosa me da ardor de estómago, lo cual no es agradable si alguna vez lo ha tenido. Reflujo ácido creo que lo llaman. Es el azúcar lo que lo causa, según dicen los expertos.

—Yo no tengo ardor de estómago —respondió Nathan—. Solo me pongo gordo.

—Se le ve en forma. Debe hacer ejercicio.

Nathan respondió con un leve encogimiento de hombros.

—Lo intento. En nuestro trabajo, supongo que tenemos que mantenernos en forma. Ya sabe cómo es.

Joshua asintió.

—Lo sé. Debería ir más al gimnasio. Pero nunca parece que tenga tiempo. O quizás me falta motivación. Me resulta aburrido levantar pesas o pedalear en una máquina sin ir a ninguna parte. Requiere compromiso. Algo que me temo que me falta.

Otro sorbo de té.

—¿Visitará mañana entonces? —preguntó Nathan.

—Sí. Sin duda. Pero no por mucho tiempo. De hecho, será un rápido hola y un rápido adiós. Y luego me iré.

—Un rápido adiós. ¿Tiene todos los detalles?

—Gracias, sí. Han sido muy minuciosos en sus indicaciones.

—¿Y ha hecho todos los preparativos?

Joshua esbozó una leve sonrisa.

—No hace falta que te preocupes por todos los detalles. Cuando visito un lugar, me gusta planificarlo todo meticulosamente. Soy, digamos, implacable con las minucias. Meticuloso, se podría decir. Me gusta que todo salga a la perfección. Nunca se planifica demasiado. Y has sido muy amable al proporcionarme toda esa información. Extremadamente útil. Siempre investigo bien un lugar antes de visitarlo. Hace que todo el viaje sea más divertido, ¿no crees? Sumergirse en la historia, la geografía, la cultura, la gente.

—Supongo que sí. Por supuesto, si te pierdes o necesitas ayuda, estoy a solo una llamada de distancia. Estamos aquí para ayudar.

—Eso es muy tranquilizador. ¿Puedes hacer algo con el tiempo? Las veces que he visitado, parece que he llegado al Ártico. No es que haya estado en el Ártico antes. No sé cómo sobrevivís.

—Yo no —Nathan se rio—. Me despierto con un día de mierda como este y me pregunto seriamente por qué Dios crearía un lugar como Escocia.

—Para atormentarte. O quizás para ponerte a prueba. Personalmente, nunca he confiado mucho en Dios. Las cosas son como son, y la vida sigue.

—O no.

Joshua reconoció el comentario con un ligero asentimiento, levantando su taza de té.

—Según sea el caso.

Nathan pulsó la marcación rápida en su móvil y en segundos se comunicó con Grant.

—Me he reunido con él —dijo Nathan—. Para ser sincero, me pone los pelos de punta.

—Por lo que cobra —respondió Grant—, joder, eso espero. ¿Cuándo?

—Dice que mañana.

—Que así sea. No puede llegar demasiado pronto. ¿No necesitaba nada?

—Dice que está preparado. Y le creo.

—Mañana entonces. Mañana recupero mi vida. Y comienza la nueva vida de Adam Black — Grant colgó.

Nathan se subió a su coche, aparcado a cien metros del hotel, en una calle lateral. Tenía un mal presentimiento sobre esto, pero había decidido no mencionárselo a su tío, porque simplemente no tenía el valor de cuestionar nada de lo que Peter Grant hiciera. Pero su instinto le decía que esto iba mal, que habría consecuencias. Pensó en Jimmy, ciego de un ojo. Pensó en Damian y en el matón de Manchester William Blakely, ambos fríos en sus ataúdes, y en Teacup, ex boxeador, fuera del hospital, todavía luchando por coordinar sus brazos y piernas, y Nathan se estremeció, y no por el frío del invierno.

Quizás, solo quizás, estaban eligiendo la pelea equivocada con el hombre equivocado.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Habían pasado seis semanas desde el mensaje de la bala.

Seis semanas exactamente.

Durante este tiempo se había celebrado el funeral de John Wilson; un acto sombrío. Era católico, aunque no practicante. Black no tenía ni idea. Había trabajado estrechamente con el hombre durante cinco años y no sabía nada sobre su religión. Simplemente nunca había surgido el tema, no era relevante. A Black le daba igual. La iglesia estaba medio llena: un puñado de familiares; un grupo bastante numeroso de compañeros de golf que parecían ir directos de la iglesia al primer hoyo; una novia desconsolada vestida dramáticamente de negro, sollozando en silencio detrás de un velo oscuro —Black se enteró de que llevaba saliendo con Wilson solo cuatro semanas antes de su muerte. Fletcher había sugerido que era una cazafortunas. Black no tenía opinión al respecto. Su único hijo había volado desde Melbourne, Australia, donde le iba bien como agente inmobiliario.

Y, por supuesto, estaban Simon Fletcher y él mismo, además de otros abogados, viejos amigos y rivales, allí para presentar sus respetos a un colega que había soportado el ajeteo del mundo legal durante más de cuarenta años.

El día había sido frío y gris, con el sol oculto tras nubes bajas e ininterrumpidas.

Su ataúd fue bajado a la tierra, con la iglesia suavizando su postura sobre los suicidios enterrados en cementerios católicos, ya no considerados un pecado mortal. Black y Fletcher habían ayudado a bajarlo con cuerdas de seda blanca. El sacerdote había pronunciado unas breves palabras, una oración final. El servicio había terminado.

La recepción se había celebrado en una zona reservada de un moderno bistró/bar llamado Green Dolphin en el West End —toda la planta baja de un edificio centenario. Se había dispuesto un bufé en bandejas de plata calientes. La conversación había sido apagada y triste. El ambiente estaba tenso. A la gente le resultaba difícil lidiar con este tipo de muerte, pensó Black. Tantas preguntas sin respuesta. Emociones encontradas; confusión, culpa, dolor. Fletcher y Black se quedaron en la barra, cada uno con un whisky con hielo, reflexionando sobre la pérdida de su amigo.

—No puedo creer que el viejo cabrón se haya ido —dijo Fletcher. El forense había confirmado lo que ya sabían. Muerte por suicidio. Asfixia—. Qué manera de irse. Es imposible asimilarlo. ¿Qué demonios le pasa a este mundo? —Fletcher miró fijamente el líquido dorado en su vaso, con la voz apenas por encima de un susurro—. ¿Por qué haría algo así?

Era una pregunta retórica, pero Black decidió responder de todos modos.

—Probablemente nunca sabremos qué pasó.

Fletcherladeó la cabeza, mirándolo con curiosidad. —¿A qué te refieres?

Black se guardó sus pensamientos para sí mismo.

Durante esas seis semanas, siguieron con sus vidas, apegándose a las rutinas, sin salir. El inspector Patterson se mantuvo en contacto. Informó a Black sobre los resultados forenses de las balas y las cartas. Como Black había predicho, no se encontró nada. Las balas no tenían número de serie. No había huellas dactilares; el papel era del tipo usado en un millón de sitios; la letra podría haber sido de cualquiera; la impresión utilizada en cada carta era imposible de rastrear. Un completo vacío. Black no esperaba nada más.

Cada día, a veces dos veces al día, un agente de policía hacía una visita, comprobando que todo estuviera bien. Patterson estaba haciendo todo lo posible, reflexionó Black. Por eso estaba agradecido.

Black recibió una llamada en su móvil un viernes por la tarde.

Era el inspector Patterson. —¿Te apetece tomar algo? —le había preguntado.

Black se reunió con Patterson en un pub llamado el Red Serpent, en un callejón empedrado cerca de la estación de tren Glasgow Queen Street, casi en pleno centro de la ciudad, a doscientos metros de la oficina de Black. El local era largo y estrecho y tranquilo, con una luz tenue. Nada ostentoso. Discreto. Taburetes altos en la barra y filas de reservados contra una pared. Hombres sentados en silencio, solos, leyendo periódicos o mirando al vacío mientras contemplaban su siguiente copa. Un grupo jugaba al dominó en un rincón. Había una diana colgada en la pared. Un pub de bebedores. A pesar de la prohibición de fumar, el lugar aún olía a cigarrillos rancios.

Patterson estaba sentado en uno de los taburetes altos, con un vaso de whisky en la barra frente a él. Le hizo un gesto a Black para que se sentara a su lado.

—¿Qué quieres tomar?

—Un Glenfiddich me vendría bien. Solo.

—No podría estar más de acuerdo.

Patterson pidió dos copas. Black se sentó en el taburete alto a su lado.

—Gracias por venir. Sobre todo con tan poca antelación.

Black se encogió de hombros. —No hay problema. Pero no puedo quedarme mucho. Entiendes por qué.

Patterson asintió. —Entendido.

El camarero colocó dos copas en la barra. Patterson levantó su vaso. —Por atrapar a los malos.

Black chocó su vaso. —Eso espero. ¿Por qué la copa? Sin ánimo de ser brusco, supongo que ha pasado algo.

Patterson dio un sorbo al whisky. —No ha pasado nada. La copa es una disculpa. ¿Una rama de olivo? Te juzgamos mal aquella noche. Resultó que estabas del lado correcto, y esos tres cabrones se metieron con el hombre equivocado.

—El lado correcto —repitió Black en voz baja—. No estoy seguro de eso. Dos de esos cabrones acabaron muertos.

—En mi opinión, justo donde deben estar.

—Algunos podrían argumentar lo contrario.

Patterson acercó el whisky a su nariz y dio otro sorbo.

—Tienes habilidades. Vi la repetición de las cámaras de seguridad. Nunca había visto nada igual. ¿Dónde aprendiste a pelear así?

—Estuve en el ejército muchos años. Se aprenden cosas. No te impresiones demasiado. Mira dónde me ha llevado.

—Estás vivo —dijo Patterson—. Podrías estar muerto. Por cierto, soy Colin.

Black bebió un trago de Glenfiddich, dejando que el líquido reposara en su lengua. Su whisky favorito. Siempre se había asegurado de llevar una botella consigo en todos los países a los que lo habían enviado. Un pequeño sabor a hogar.

—Imagínate —continuó Patterson—. Un tipo como Damian Grant en Eaglesham, y encontrarse con alguien como tú. ¿Qué probabilidades hay?

—Mínimas. Algunos lo describirían como menos casualidad y más mala suerte.

—Para ellos.

—Para nosotros —dijo Black—. Para mi familia. No te equivoques. Peter Grant no lo dejará pasar.

—Han pasado semanas. Un hombre como Grant es puro farol. Llevo en este trabajo el tiempo suficiente para saber que esta gente solo llega hasta cierto punto. Quiere asustarte, claro. Pero eso es todo lo que hará. Sabe que si intenta algo, caeremos sobre él más rápido que una mosca a la miel. Tengo un agente de uniforme pasando por tu casa todos los días. Si tienes la más mínima preocupación, llámame directamente. —Sacó su cartera, cogió una tarjeta y se la dio a Black—. Aquí está mi número directo. Llámame cuando quieras.

Black asintió y bebió otro trago. Pero tenía una corazonada. Aunque le dieran la tarjeta de todos los inspectores del país, no sería suficiente. Un hombre como Peter Grant era una fuerza imparable. Volvería una y otra vez. Él y su banda. Para siempre.

—Cortar la cabeza de la serpiente —dijo Black distraídamente—. Quizás sea la nica manera.

—Déjanos hacer nuestro trabajo, Adam. No está por encima de la ley. —Miró a Black con solemnidad—. Y tú tampoco. Recuerda: es solo otro matón con traje caro. Si comete un error, lo atraparemos. Sin problema. Eso te lo prometo.

Black esbozó una sonrisa fría. —¿Lo prometes?

—Puedes apostar.

Los días se convirtieron en semanas. Parecía que cierto grado de normalidad se iba filtrando en sus vidas. Jennifer parecía menos temerosa, no miraba tanto por encima del hombro. Al menos eso parecía por fuera.

—Quizás se haya acabado —le susurraba por la noche, por la mañana, si estaban en el coche, si veían la televisión por la tarde, durante la cena—. Quizás no vaya a pasar nada.

—Puede ser —respondía Black. Pero él era menos optimista y se mantenía vigilante, nunca bajaba la guardia, sus nervios estaban en tensión casi a cada hora, atento a la más mínima señal, cualquier cosa fuera de lo común. O cualquier cosa común. Un viaje a las tiendas, sacar la basura, llenar el depósito del coche. Despertar por la mañana. Cada acción, por mundana que fuera, teñida de peligro. Cuando sonaba su móvil, respiraba hondo antes de contestar. Lo disimulaba todo. Iba al trabajo, volvía a casa.

Esperaba.

Habían pasado exactamente seis semanas desde el mensaje de la bala. Principios de marzo.

Fue un día como cualquier otro.

Fue el día en que el mundo de Adam Black cambió.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Black, Jennifer y Merryn salieron juntos de casa a las siete y cuarenta y cinco. Era martes. Las mañanas y los atardeceres aún eran oscuros. Hacía un frío que pelaba. El invierno mantenía su agarre; la hierba, las aceras, los techos de los coches y los parabrisas estaban cubiertos por una capa de escarcha. Como un glaseado de azúcar. Cogieron coches separados. Al principio, Black había sido su acompañante constante. Jennifer, con una feroz determinación, se había negado. Tenía que parar. Necesitaban normalidad. No permitiría que sus vidas cambiaran.

Lo había insistido. Lo había exigido. Black, a regañadientes, cedió.

Black fue directamente al trabajo. Jennifer, con Merryn sujeta a una silla de seguridad infantil en la parte trasera, condujo su Range Rover Discovery hasta una guardería local ubicada en el ayuntamiento en el centro de Eaglesham, la dejó allí, y luego hizo el trayecto hasta el Hospital Royal Alexandra en Paisley, un viaje de unos veinte kilómetros. El tráfico estaba denso. Tardó más de lo habitual. Escuchó la radio, luego un CD. Música de los sesenta. Rock and roll. Los clásicos.

El día fue frenético, como siempre. Cada dos minutos, algo sucedía. El día abarrotado de pequeñas emergencias. Era consultora en la unidad pediátrica. Todo el mundo quería algo todo el tiempo. Informes, reuniones, diagnósticos, respuestas.

Constante. Pero en ese momento de su vida, era un antídoto. Una cura temporal para la tormenta que se avecinaba en el horizonte.

Jennifer trabajaba a tiempo parcial. Terminaba a las 14:15, como de costumbre. A veces se retrasaba, pero rara vez. Condujo directamente de vuelta a la guardería, para recoger a su hija a las 15:00, se quedó charlando un rato con otras madres, y luego condujo directamente a casa. A veces se detenía en el supermercado de camino, a veces en el parque, para dejar que Merryn jugara en los columpios con otros niños. Pero hoy no. Llegó a casa alrededor de las 15:30. Black llegaría a casa a las 16:30, habiendo reducido drásticamente sus horas, sin duda cargando una caja llena de archivos.

Entró en el vestíbulo, cerró la puerta tras ella. La alarma inmediatamente emitió un pitido. Lo primero que hizo fue encender el temporizador de la calefacción central. Las casas antiguas eran casas frías. Hacía un frío que pelaba. El doble acristalamiento no ayudaba. Las paredes eran gruesas, pero el invierno aún se colaba. Luego, marcó un código, desactivando la alarma. El pitido se silenció. Un sistema completamente nuevo, cada espacio de la casa cubierto. Un enlace directo con la policía. Ni un ratón podría entrar, y si lo hiciera, el lugar se iluminaría como un árbol de Navidad. Merryn fue directamente al salón, para sentarse en un puf de colores vivos con corazones azules y rojos y ositos sonrientes.

Jennifer encendió la televisión, buscando el canal infantil. Se dirigió a la cocina, para pensar

en la cena. Abrió la nevera y sacó una botella de vino blanco. La botella estaba un cuarto llena. Los restos de la noche anterior. La abrió y se sirvió una copa. Sonó el timbre. Volvió al vestíbulo, esperando ver la imagen borrosa de un agente de policía a través del cristal marmolado de la puerta principal. Que era exactamente lo que vio. Era algo habitual que la policía los visitara a esta hora, cortesía del inspector Patterson. Y cada vez que sucedía, le daba las gracias en silencio. Volvió a comprobarlo, mirando una imagen en una pequeña pantalla sobre una mesa junto a la puerta, transmitida desde una cámara de seguridad instalada en una esquina del porche exterior. Un solo policía.

Abrió la puerta. El policía sonrió.

—¿Señora Black?

—Todo está bien, gracias —dijo ella, devolviendo la sonrisa.

—Me alegro de oírlo. Ha habido un avance. Uno muy positivo. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Entró, quitándose el sombrero. Era de estatura y complexión media. Un rostro cansado. Pelo fino y escaso.

—Siento molestarla, señora Black. Pero tengo buenas noticias.

Su corazón se alegró. No tenía idea de lo que estaba a punto de decir. Pero sonaba a lo que necesitaba oír. Aceptar a cualquier cosa remotamente buena.

—¿Le apetece una taza de té o quizás un café?

Pareció dudar.

—Por favor —insistió ella—. Hace un frío que pela ahí fuera. Si tiene noticias, y son buenas noticias, al menos compartamos una bebida —Se rió—. Aunque yo me estoy tomando una copa de vino, si no le importa.

—Me parece perfectamente razonable —dijo él. ¿Una taza de té? Por qué no. Cinco minutos no matarán a nadie.

—Por supuesto que no.

La siguió por el pasillo hasta la cocina, en la parte trasera de la casa. La puerta del salón estaba abierta. Merryn estaba sentada en su enorme puf, frente al televisor, de espaldas a la puerta, cautivada por el canal de dibujos animados.

—¿Su hija?

—Sí —dijo Jennifer—. Cuatro años y adicta a la televisión diurna.

El policía se rió.

—Recuerdo esos días. La mía ya ha crecido y ha volado del nido. Las echas de menos cuando se van.

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Durante unos minutos. Luego aprecias la tranquilidad.

Ella llenó el hervidor y lo encendió.

—¿Tiene una hija?

—Tiene treinta años. Se graduó en derecho. Trabaja para una firma elegante.

—Bien por ella. Mi marido es abogado.

—Es algo que me hubiera gustado probar. Nunca obtuve las calificaciones. No me esforcé en la escuela. Para mi desgracia, me uní a la policía. Aquí estoy.

—¿Para su desgracia? Ustedes hacen un trabajo fantástico.

El policía dejó su sombrero en la encimera de la cocina. Echó un vistazo alrededor. Una pausa.

—Tiene una casa preciosa.

Jennifer se encogió de hombros.

—No estaba así cuando la compramos. Era un completo desastre. Mucho tiempo, mucho dinero —Esbozó una breve sonrisa gélida—. Y muchas lágrimas.

—Lágrimas que merecieron la pena —dijo el policía—. Tiene algo que mostrar por ello. Algo tangible. Ladrillos y cemento. Una familia encantadora. Un buen coche. Todas las comodidades. ¿Sabe qué es lo que no entiendo?

—¿Qué?

—Por qué la gente derrama lágrimas innecesarias.

—¿Cómo dice?

—Por ejemplo, ¿por qué llorar por los muertos?

Jennifer frunció el ceño.

—No le sigo.

El policía esbozó una sonrisa torcida.

—Es como llorar por la leche derramada. No sirve para nada práctico. Un esfuerzo inútil. ¿Me entiende, Jennifer?

Su corazón dio un vuelco. ¿La llamaba por su nombre de pila? La conversación no iba bien. Para nada.

Respondió con voz tensa.

—¿Qué quiere decir?

—¿A quién le importa? Los muertos no importan. Los muertos pueden pudrirse en la tierra. Por cierto, me llamo Joshua.

El hervidor hizo clic.

Ella abrió la puerta de un armario, sacó una taza y la colocó lentamente en la encimera, con el corazón acelerado.

—¿Qué me dice, Jennifer? ¿Tengo razón?

—¿Qué le pongo? —preguntó ella, sin responder, de espaldas a él. Tragó saliva. En la habitación de al lado estaba su hija de cuatro años.

—He cambiado de opinión. No quiero té. Disculpe las molestias. En realidad no tengo tiempo.

Tomó aire profundamente. Se giró. Él estaba apoyado en la encimera de la cocina. Carraspeó, manteniendo la voz calmada.

—Mi marido volverá en cualquier momento. ¿Decías que tenías buenas noticias?

Él negó con la cabeza.

—Buen intento, Jennifer. Admiro tu compostura. Tu marido no volverá hasta dentro de... ¿cuarenta y cinco minutos? Si te sirve de consuelo, es exactamente lo que yo habría dicho en tu situación. Te felicito por pensar rápido bajo presión.

—¿Qué quieres? —Apenas pudo articular las palabras. Sentía la garganta oprimida.

Él arqueó una ceja, con las comisuras de los labios caídas.

—Como he mencionado. Darte buenas noticias.

Ella esperó. El tiempo se había detenido. Todo su mundo giraba en torno a este momento.

—Tus preocupaciones se han acabado —dijo él suavemente—. Ya puedes descansar. Tú y tu hija. Paz eterna. Me pregunto si Adam derramará lágrimas.

Su voz se convirtió en un susurro.

—Bonne nuit.

Ella se quedó paralizada. Levantó una mano, intentó decir algo. Intentó suplicar.

Él sacó un revólver del bolsillo de su abrigo, equipado con un silenciador, casi como a

cámara lenta, y desde tres metros, le disparó dos veces en la cara, en rápida sucesión. Cada disparo sonó amortiguado, como un cojín siendo golpeado.

Volvió a disparar, donde ella yacía.

Pasó por encima de ella, se dirigió al salón. Tres disparos amortiguados más.

Los colores vivos del puf se fundieron en uno solo.

Cinco segundos después se marchó, cerrando la puerta principal silenciosamente tras de sí.

CAPÍTULO TREINTA

La policía llegó, un convoy resplandeciente. Dos ambulancias. Furgonetas, coches. Un helicóptero zumbaba en lo alto. Los francotiradores de la policía se preparaban. Pero el asesino hacía tiempo que se había marchado. Lo que encontraron fue a Black sentado en el suelo de su salón.

A un lado, con la cabeza apoyada en su regazo, estaba el cuerpo de su esposa. Al otro lado estaba el diminuto cuerpo de su hija. Yacían junto a él, extendidas, como si usaran su regazo de almohada.

Podrían haber estado dormidas. Pero estaban muertas. Sus rostros habían desaparecido. Su sangre se mezclaba, empapaba el suelo, creando una oscura mancha en la alfombra.

Black miraba al frente, pero su mirada estaba perdida. El mundo ya no existía. Nada importaba. Había vivido con la muerte toda su vida. La muerte había vivido con él. Era parte de él, como un cáncer. Miró en su interior y vio su alma. Estaba rota con la sangre de aquellos a quienes amaba. Esto era culpa suya.

Y el hombre llamado Peter Grant. Más sangre se derramaría. Mucha.

Grant era un hombre muerto.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Peter Grant fue informado del suceso en la casa de los Black mucho antes de que saliera en las noticias. De hecho, se enteró diez minutos después de que ocurriera. Estaba sentado en el invernadero trasero de su mansión en las afueras. Estaba solo. Thor, su sombra constante, se encontraba en otra parte de la casa. Este era un momento demasiado especial para compartirlo con alguien. Grant estaba sentado en la misma silla en la que el jefe de policía había estado apenas unas semanas antes, cuando le reveló la historia de la vida de Adam Black.

Grant contemplaba sus magníficos jardines, el delicado y perfecto puente lunar japonés, y el agua tranquila sobre la que se extendía. Era una tarde clara y fresca, con el cielo de un azul pálido bajo el sol helado. Pero Grant no estaba apreciando la vista en ese preciso momento. Su mente estaba fija en otras cosas.

Su teléfono móvil, apoyado en el brazo del asiento, vibró. Era su sobrino, Nathan.

Grant no respondió inmediatamente. Quería saborear este momento. Quería vivirlo mil veces más. Este era un momento que sabía que recordaría el resto de sus días.

Cogió el teléfono.

—Está hecho —dijo Nathan.

Grant colgó.

Nunca bebía alcohol. Odiaba la debilidad de quienes lo hacían. Había visto demasiadas vidas arruinadas y destrozadas. No había probado una gota en veinticinco años. Pero a veces había que romper las reglas, hacer excepciones.

Sobre la mesa baja frente a él estaba el expediente de Adam Black. Encima había un vaso de cristal con whisky solo. Chivas Regal. Grant se estiró, lo cogió y lo dejó flotar bajo su nariz. Levantó el vaso ante él, como si brindara con un amigo invisible, y observó cómo el whisky brillaba como oro líquido al reflejar el sol.

—Por ti, capitán Black. Que tu familia se pudra en el infierno —dijo Grant. Dio un sorbo y volvió a colocar el vaso sobre el expediente. Cogió su móvil y marcó un número.

Una voz respondió casi inmediatamente.

—Quiero que se haga —dijo Grant—. Catorce días como máximo. El dinero se ingresará la semana que viene. Me encargaré personalmente. Ábaco está listo. Luego podemos atar cabos sueltos. ¿Prevés algún problema por tu parte?

La voz respondió.

—¿Qué hay de Black? —preguntó Grant. La voz habló de nuevo.

—No creo en las casualidades —dijo Grant—. Mató a Damian para llegar a mí. Tenemos que asumir esto. Que lo planeó. El hombre que no anticipa cada jugada es un maldito hombre muerto. Lo mataremos y daremos su corazón de comer a los gusanos.

La voz habló otra vez.

—Catorce días como máximo —respondió Grant—. Entonces podrás empezar a disfrutar un poco de la vida.

Colgó el teléfono.

De vuelta a los negocios, pensó. Mantendría a Black en un segundo plano durante un corto tiempo, para hacerle sentir. Sentir la desesperación y el dolor. El sufrimiento.

Y después de eso, Grant haría lo que mejor sabía hacer. Borraría la existencia de Adam Black.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Black fue escoltado con cuidado hasta la parte trasera de un coche de policía por dos agentes. Observó cómo un equipo de científicos forenses, vestidos de pies a cabeza con sus trajes blancos de papel y plástico, entraban en su casa, pasando por la puerta del porche uno a uno.

No los despertéis, pensó. Están durmiendo.

Se utilizó cinta para acordonar la escena del crimen. Policías, algunos de uniforme y otros no, hablaban en pequeños grupos, lanzando de vez en cuando una mirada hacia Black. A él no le importaba. Extraños ocupaban su casa. Se levantó una pantalla de plástico blanco alrededor del porche.

El coche de policía en el que estaba arrancó. Jennifer y Merryn se habían ido para siempre. Su existencia borrada por completo. La suma y el total de sus vidas reducidos a nada.

Condujeron de vuelta a la comisaría principal ubicada en Pitt Street, en el centro de Glasgow. Se sentía como si estuviera en un extraño sueño despierto. Una parte de él estaba allí, experimentando cada momento, otra parte observaba desde la distancia, un espectador impasible.

Le pidieron que se quitara la ropa; estaba cubierta de la sangre de su familia. Le dieron pantalones, una camiseta y sandalias. La parte de su mente que observaba recordó haber hecho esto antes, no hace mucho tiempo. Le hicieron algunas preguntas:

—Lo sentimos mucho por su pérdida, señor Black. ¿Puede decirnos qué pasó?

—Llegué a casa del trabajo. Justo antes de las cinco. Abrí la puerta —hizo una pausa mientras reunía fuerzas para articular la escena que había encontrado—. Vi a mi mujer tirada en el suelo de la cocina. Fui al salón. Mi hija estaba tumbada junto al televisor. Volví a la cocina, con Jennifer, la levanté. Era tan ligera. Como si no pesara nada. La llevé al salón. Quería que todos estuviéramos juntos. Una última despedida. Llamé a la policía. Vinisteis. Estoy aquí.

—¿Vio a alguien?

—No.

Le preguntaron si había algún lugar al que pudiera ir.

—Llamad a Simon Fletcher. Quizás pueda quedarme con él —Black no tenía familia. Era huérfano. Su hermano llevaba mucho tiempo muerto. No tenía parientes que él supiera. Excepto la madre de Jennifer, que en este momento aún no sabría que su única hija y nieta yacían muertas con balas en la cabeza. Temía el momento en que tuviera que hacer esa llamada.

—Revisad las cámaras de seguridad —murmuró—. Tenemos una en la entrada. Quizás podáis ver una cara.

—Lo sabemos, señor Black. Estamos comprobando todo. Gracias.



Simon Fletcher llegó quince minutos después. Su oficina estaba a un corto trayecto en coche de la comisaría. No se dijo nada. Condujeron de vuelta a casa de Fletcher. Un piso georgiano

reformado de cuatro habitaciones en la zona de Pollokshields de Glasgow. Techos altos con molduras ornamentadas, vidrieras y lámparas tipo candelabro en todas las habitaciones.

—Quédate todo el tiempo que quieras —dijo Fletcher mientras permanecían sentados en el coche fuera—. No sé qué decir, Adam. No puedo creer que esto esté pasando.

—Crételo —dijo Adam, con un tono monótono y sin vida—. Está pasando.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Black se alojó con Simon Fletcher. Fletcher estaba casado y tenía dos hijas de once y doce años. Había una habitación libre para  . Su esposa, Adele, era francesa, nacida en Burdeos, se había mudado a Escocia quince años antes y hablaba inglés con fluidez. La familia se conmovió al enterarse de lo sucedido. Fletcher iba a trabajar todos los días, contactaba con los clientes de Black, hacía arreglos para retrasar, cancelar o ajustar, todo con la ayuda de los cinco pasantes que trabajaban para el bufete. Todos ellos eran competentes. Le permitieron recoger algunas cosas de Black de la casa, principalmente ropa. Black juró que nunca volvería.

Al cuarto día después de los asesinatos, le pidieron a Black que volviera a la comisaría de Pitt Street. Había una novedad que podría interesarle.

Lo llevaron a un despacho. Un agente uniformado estaba sentado detrás de un escritorio. Se levantó en cuanto Black entró. Era un hombre corpulento, de la misma altura que Black. Pelo gris hierro, rapado al cero en los lados, cuello de toro, mandíbula cuadrada, ojos azul pálido y firmes, hombros anchos.

Miró directamente a Adam cuando habló, con ojos claros y francos. Este no era un hombre que rehuyera las situaciones incómodas.

—Por favor, acepte mis condolencias, señor Black. Me llamo inspector jefe Francis Starling. Seré el coordinador del caso, así que si tiene alguna pregunta estaré encantado de responderla, si puedo.

Black asintió y se sentó. El despacho era funcional en el mejor de los casos. Había un par de estanterías en una pared con filas de gruesos archivadores con números escritos en los lomos. En otra pared había una fotografía del inspector jefe recibiendo algún tipo de premio. El escritorio estaba despejado, con la excepción de un portátil y un teléfono, y una bandeja de cartas. La ventana detrás de él tenía barrotes y ofrecía una vista de un aparcamiento.

—¿Coordinador del caso? —replicó Black.

Starling esbozó una pequeña media sonrisa.

—Es la nueva jerga policial, significa que estoy al mando. ¿Le apetece un té o un café?

Black negó con la cabeza.

—¿Me ha pedido que venga? ¿Han atrapado al asesino?

Black, por supuesto, ya conocía la respuesta.

—Aún no. Pero no estamos dejando ninguna piedra sin remover. Espero que esto no le ofenda, pero tenemos una copia de las imágenes de las cámaras de seguridad fuera de su puerta, cuando... ocurrió el incidente. Me preguntaba si podría mostrarle algunas instantáneas tomadas de las imágenes. Del hombre que estamos bastante seguros de que llevó a cabo el ataque. Por si lo reconoce. Tal vez lo haya visto en alguna parte antes. Es mucho pedir. Si quiere salir por la

puerta ahora mismo, lo entenderé.

—Muéstremelas.

Starling abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre marrón tamaño A3. Lo abrió y colocó tres fotografías frente a Black, como si estuviera repartiendo cartas. Black miró las fotos, casi en un estado de asombro: ¡ahí estaba el hombre que había asesinado a su familia!

La calidad era buena. Vio el perfil de un hombre blanco, rostro anodino, rasgos poco destacables, el pelo cubierto por una gorra de visera, del tipo que usan los policías. Un rostro difícil de recordar. Sin marcas distintivas. Mucha gente era mala con las caras, buena con los nombres. Black era excelente con las caras. Esta en particular ahora estaba grabada en su memoria.

—¿Ha visto a este hombre antes?

—Nunca.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Verá que lleva un uniforme de policía, de reglamento, hasta el número de identificación policial en las hombreras, que es falso.

—No le importa —dijo Black.

—¿Cómo dice?

—Habría sabido de la cámara. Habría sabido todo sobre nuestro sistema de vigilancia. Es un hombre cuidadoso y disciplinado. Sin embargo, no hizo ningún esfuerzo por cubrirse la cara. Mi suposición es que recibió una enorme cantidad de dinero para hacer esto, así que este es su último trabajo. Desaparecerá en alguna parte remota del mundo donde pueda vivir su vida como un fantasma, y nunca más lo verán. Y al mantener su rostro descubierto, también está enviando un mensaje.

—¿Qué mensaje es ese, señor Black?

—Que quien está detrás de esto está por encima de la ley. Que es intocable, y lo sabe. Y quiere que lo sepamos. Una muestra de arrogancia.

—Esa podría ser una forma de verlo. Pero cosas así no suelen ocurrir. Hemos visto muchas cosas terribles, señor Black, y normalmente se reduce a algo tan simple como alguien con rencor. Usted es abogado, ¿verdad? Esperaba que pudiera haberlo reconocido como un cliente descontento. Alguien a quien su firma podría haber representado en el pasado. Alguien que piensa que le deben algo.

Black mantuvo la mirada de Starling durante un tiempo incómodamente largo. Apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Sabe que hay una historia detrás de esto.

Starling esbozó una sonrisa conciliadora.

—Somos muy conscientes de lo que le pasó al hijo del señor Grant...

—¿Señor Grant? —interrumpió Black—. Vale. Así que solo hay una persona en todo este mundo que siente que se le debe algo. Y ese es Peter Grant. Y sabe exactamente quién es Peter Grant. Esto no es una teoría de cálculo compleja. Lo entiende, ¿verdad?

—No deberíamos sacar conclusiones precipitadas, señor Black. No hay absolutamente nada que conecte a Peter Grant con lo que pasó aquí.

—Excepto la lógica básica. El hijo de Grant murió. Él cree que yo soy el culpable. Nueve semanas después, mi mujer y mi hijo son asesinados por un sicario. Y resulta que Peter Grant es el equivalente escocés del jefe de la mafia. ¿Dónde me equivoco? Y por supuesto, están las balas.

Starling ladeó la cabeza.

—¿Qué balas?

Black dudó. De repente, se le ocurrió una idea.

—¿Puedo hablar con el inspector Patterson? Era mi encargado del caso.

Starling respiró hondo.

—Eso sería imposible.

—¿Por qué?

Starling mantuvo su mirada durante cinco segundos completos.

—El inspector Colin Patterson está muerto.

Black esperó.

—Se vio involucrado en un accidente de coche hace dos días —bajó la voz—. Su coche se salió de la carretera. Un accidente trágico. Murió en el acto. ¿Lo conocía bien?

Black asimiló la información. La conclusión a la que llegó en su mente era escalofriante.

—Lo suficiente.

—¿Mencionó usted balas? —continuó Starling.

—No es nada, lo siento. Estoy un poco confundido con todo lo que ha pasado. No, no sé de ningún cliente descontento. Y no reconozco al hombre de la foto.

—Muy bien, señor Black. Gracias por su ayuda durante este terrible momento. Una vez más, me gustaría extenderle mis condolencias. Si puede pensar en algo, cualquier cosa, por favor, póngase en contacto con nosotros. No dejaremos ninguna piedra sin remover. Se lo aseguro.

Metió la mano en el mismo cajón del que sacó las fotografías y le dio a Black una tarjeta.

—Este es el número de Atención a las Víctimas. Llámeles de día o de noche. Le escucharán y le orientarán durante este difícil momento.

Se estrecharon las manos. Black fue escoltado fuera del edificio. Lo primero que hizo fue tirar la tarjeta que le habían dado a una papelería. Black no era ninguna víctima.

No dejaremos ninguna piedra sin remover. Patterson estaba muerto. La policía no sabía nada de las balas.

Black estaba solo. Lo cual le venía bien.

Pero primero lo primero. Necesitaba hablar las cosas. Y sabía con quién hablar.

El capellán.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Peter Grant pasaba cada quince días en su "pabellón de caza". No practicaba la caza como tal, salvo alguna ocasión en la que disparaba a algún urogallo. Pero así es como le gustaba describir su retiro en la montaña. Tampoco era un pabellón: era una inmensa mansión alpina de madera de ocho dormitorios, equipada con gimnasio, sauna y una sala de cine con veinte butacas, además de una casa de invitados separada en los terrenos. Construida en cuatrocientas hectáreas de bosque de primera en el corazón de las Highlands escocesas, se asomaba a las aguas azules y cristalinas del lago Morlich, con una vista impoluta de las cumbres nevadas de los Cairngorms.

El fin de semana siguiente a los asesinatos, Grant decidió que se merecía una visita al pabellón. Llegó temprano un fresco sábado por la mañana acompañado por Thor, Nathan y varios otros miembros de su séquito, habiendo hecho todos el viaje de dos horas y media en tres Range Rovers. Cuando Grant salió del coche, contempló la hilera de montañas, vastas y escarpadas, a solo tres kilómetros de distancia, y respiró hondo el aire de montaña fresco y vigorizante con aroma a pino.

La nación había quedado conmocionada por el crimen. Grant estaba complacido. Si te metes con Peter Grant, te metes con el mismísimo diablo. Un diablo vengativo. Se sentía eufórico. Se había quitado un peso de encima. La muerte de su hijo había sido vengada.

—Mira esa vista —le dijo a Nathan. Estaba de humor expansivo—. ¿En qué otro lugar puedes abrir la puerta de tu casa y ver un espectáculo así? Solo en Escocia.

—Desde luego no en el East End de Glasgow —respondió Nathan, con una sonrisa sardónica.

—¡Eh, Thor! —gritó Grant—. ¿Tenéis montañas así en Berlín?

Thor, con una sudadera holgada y pantalones de chándal anchos, estaba sacando el equipaje del coche. Se giró, con una expresión de desconcierto en su rostro.

—Olvídalo —dijo Grant—. Menudo imbécil —murmuró a Nathan—. Todo músculos y nada de materia gris. Pero supongo que no les pago por su deslumbrante coeficiente intelectual.

Su teléfono vibró. Era una llamada que esperaba. El Comisario Jefe Mathew Smith.

—Sí, Mathew.

Mathew Smith fue directo al grano.

—¿Tu hombre fue a la casa haciéndose pasar por un maldito policía?

Durante todas sus muchas charlas, era la primera vez que Grant oía al comisario jefe decir palabrotas. Grant no se inmutó lo más mínimo.

—Me alegro de oírte a ti también.

—¿Como un policía? Cuando esto salga a la luz, y te aseguro que saldrá, la publicidad nos crucificará, y no bromeo. ¿Alguna vez pensaste en las repercusiones? ¿Qué pasa con los medios?

¿Qu❖❖ va a pensar el público? Deja que te responda: pensarán que hay un maldito policía homicida renegado ahí fuera matando a mujeres y niños. ¡Porque así es como va a parecer!

Grant no pudo evitar sonreír.

—Tú lo niegas, por supuesto. Y dices la verdad. Iba disfrazado. Eso es todo.

—Pero es la percepción pública. La gente pensará que realmente era un policía, ¡y que todo es un maldito encubrimiento! ¡Otra teoría de la conspiración más! Y las consecuencias serán enormes, no te equivoques. ¡Ha muerto un niño! Eso no es algo que se olvide fácilmente. La gente estará analizando esto durante años. ¿Y sabes qué dirán?

—¿Qué dirán, Mathew?

—¡Que todo ocurrió bajo mi maldita supervisión!

Este hombre no estaba de broma, pensó Grant. El Comisario estaba realmente alterado. No tanto por el niño muerto, más bien por sí mismo. Lo cual no era más de lo que esperaba. Pero a Grant no podía importarle menos.

—Creo que vas a explotar, Comisario. Cálmate, joder. No pude controlar cómo lo iba a hacer. Pero hizo lo que hizo. Debió pensar que era su única forma de entrar. Tenía información interna. Y fue su decisión.

—¿Información interna? ¿Qué significa eso?

—Sabía que la policía paraba en la casa para hacer controles rutinarios. Improvisó. Aprovechó la situación a su favor.

—¿Qué quieres decir con "información interna"?

Grant bajó la voz hasta un susurro seco.

—Significa que no eres la única rata que acepta sobornos.

Siguió un silencio. Grant sintió ganas de reírse a carcajadas al pensar en el Comisario Jefe Smith digiriendo esta nueva revelación.

Smith habló por fin, con voz débil, desanimada.

—Te dije, cuando te di el expediente de Black, que debíamos mantenernos al margen. Era entre tú y Black. ¿Cómo se llama?

—El nombre de mi "hombre interno". No tienes que preocuparte por él.

—Pero sí me preocupo por él. Podría comprometerme. ¿Sabe de nuestra... relación?

—¿Quieres decir si sabe que te he estado dando sobornos durante los últimos veinte años? No creo. Pero puedes estar tranquilo, Comisario. No te va a causar ningún problema.

—¿Por qué?

—Porque está muerto.

Una pausa.

—¿Y su nombre?

—Inspector Detective Colin Patterson.

Otro largo silencio, excepto por el sonido de la respiración pesada y asustada del comisario jefe.

Grant continuó.

—Vino a nosotros, hace años. Vino él solo. No fue necesario reclutarlo. Ha estado aceptando sobornos desde que tengo memoria. Organizó que los policías visitaran la casa de Black todas las tardes. Nos lo contó todo. Se aseguró de que no hubiera policías cerca cuando nuestro hombre hizo su entrada. Pero el cabrón se volvió codicioso. Y ya sabes que la codicia es un pecado. Así que se ha jubilado. Permanentemente.

—Has ido demasiado lejos —dijo Smith, con voz temblorosa.

—Quizás. Pero puedo ir mucho más lejos. Da un gran paso atrás, Mathew, y respira hondo.

Haz tu maldito trabajo y mira hacia otro lado. Como siempre haces. No empieces a dártelas de santurrón. No vale la pena. Estás metido en esto hasta el cuello. Así que acéptalo, viejo amigo, y disfruta de todo ese dinero que te he estado pagando durante todos estos largos, largos años. Dale recuerdos a la familia.

Colgó.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Nathan.

—Solo otro policía corrupto.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Castle Combe, Wiltshire. Una aldea en el corazón del campo inglés. Un lugar sacado de otra época, intacto ante los horrores de la arquitectura moderna. Casas construidas con piedra de Cotswold del color de la miel, tejados de pizarra con pronunciadas pendientes. Calles estrechas y tabernas oscurecidas por el tiempo; una iglesia medieval con un reloj sin esfera; un puente de piedra gris arqueado sobre un río serpenteante. La Inglaterra de postal envuelta en lazos de cuento de hadas.

Black no estaba allí por el paisaje. Había decidido conducir desde Glasgow hasta el sur de Inglaterra. Pero no le importaba. Necesitaba espacio. Apenas se daba cuenta de los kilómetros que pasaban. Puso música, la radio, luego la apagó, saboreando el silencio, y dejó que sus pensamientos vagaran.

Su mujer y su hija estaban muertas. Su existencia en este planeta extinguida. Se había dado una orden, el acto se había llevado a cabo. Necesitaba hacer el duelo. Pero mientras Peter Grant siguiera vivo, este no era un lujo que Black se permitiera. Una emoción más inmediata se abría paso hasta el frente de la cola.

Rabia.

Pura y simple.

Había llamado antes por teléfono para preguntar si podía visitarle. Más que visitar. Hablar. No habían hablado durante varios años, pero cuando Black escuchó su voz por teléfono, fue como si no hubiera pasado el tiempo, su amistad un vínculo instantáneo que atravesaba el tiempo y la distancia. Black le había explicado lo que había sucedido. Desde la noche helada en una carretera de Eaglesham, hasta la fría y luminosa tarde en que mataron a su familia. Sobre el hombre llamado Peter Grant. Sí, había dicho. Ven ahora.

Llegó a una casa adosada con vistas al río Bybrook. Era el atardecer, y hacía frío, aunque no el frío brutal de Glasgow. Black había estado conduciendo durante horas, pero no estaba cansado. Aparcó el coche, cogió su bolsa de viaje y se dirigió a la puerta principal. Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió.

Un hombre apareció enmarcado en el umbral. Pequeño y fibroso, afeitado, con el pelo gris corto, un rostro curtido y arrugado. No bronceado por el sol, sino por los elementos. Un hombre que cuidaba su forma física. Ojos azules penetrantes, hundidos en una frente arrugada por la preocupación. Vestido con un jersey oscuro y vaqueros azules.

El Mayor Kenny Devlin. Esbozó una amplia sonrisa.

—Bienvenido, viejo amigo —dijo. Se estrecharon las manos.

Por primera vez en días, Black sintió que se aliviaba un poco el peso de su corazón.

—Me alegro de verte de nuevo, Mayor.

Siguió al mayor a una pequeña y acogedora sala de estar. Un fuego crepitaba en la chimenea. Como el exterior del edificio, parecía de otra época. Vigas de roble en el techo, gruesas paredes de piedra pintadas de blanco, estanterías en una pared repletas de libros, y en un rincón sobre una alfombra, un mastín toro dormido profundamente, estirado sobre varios pares de botas de montaña. Dos sillas, una mesa de café con tapa de mimbre. Cortinas pesadas que mantenían fuera las corrientes de aire. Sin televisión.

Sobre la mesa había dos vasos y una botella de whisky escocés de malta. Talisker.

—¿Tienes hambre, Capitán?

—Sed —sonrió Black.

Devlin se sirvió y sirvió a Black dos grandes medidas. Chocaron los vasos.

—Por el Regimiento —dijo Devlin.

—Por conseguir mantenernos con vida —dijo Black.

—Gracias a Dios por los pequeños milagros. ¿Cómo lo logramos?

—Dios sabrá.

—Quizás sí lo sepa —Se sentaron.

—Sería un buen perro guardián, si pudiera mantenerse despierto —comentó Black.

Devlin se rió entre dientes.

—El viejo Spud se ha ganado el derecho a no hacer nada. Cuando llegas a su venerable edad, puedes dejar que el mundo pase de largo y que te importe un bledo.

—¿Es eso lo que estás haciendo en los Cotswolds? ¿Dejar que el mundo pase de largo?

—A mi mujer le gustaba aquí. Cuando murió, nunca pensé en irme. Es tranquilo. Es vida de campo. Un cambio después del ejército. Terapia para el alma, creo. Muy necesaria después de las experiencias que hemos tenido.

Black asintió pero no dijo nada. Observó cómo el whisky giraba en su vaso.

—Así que —continuó Devlin—. Estás aquí. Me alegro de que hayas venido. ¿Qué vas a hacer?

—¿Pedir que me llenes el vaso?

Devlin le llenó el vaso.

—Dime, Mayor, ¿qué harías tú?

Devlin se recostó y miró fijamente las llamas.

—Esa es una pregunta que sabía que ibas a hacer. Y me pregunto por qué la haces.

Black esbozó una sonrisa irónica.

—Para pedir consejo.

—Para pedir permiso. O quizás absolución.

Devlin dio un sorbo a su whisky y dejó el vaso sobre su regazo. Spud, el perro, movió su pata trasera y un gruñido bajo emanó de su pecho.

—Está soñando —dijo Devlin—. Seguramente sueña con correr por los charcos, como cuando era más joven. Pero al igual que yo, está demasiado viejo y cansado para hacer mucho. Has venido aquí buscando consejo de un viejo. Quizás no sea yo la persona más indicada para hablar.

—Eres la única persona con quien puedo hablar. Eras el único que podía dar sentido a toda esa sangre y vísceras. Y necesito dar sentido a esto.

—Fui capellán del ejército durante treinta años —dijo Devlin—. Estuve con el 22º Regimiento durante diez de esos años. Y en todo ese tiempo, nunca disparé una bala. Ni siquiera llevé un arma. Pero cuando un joven soldado venía a mí, cuestionando sus acciones después de haber atravesado la cabeza de otro hombre con una bala, le decía que Dios perdona. ¿Y sabes por

qué decía eso?

Black esperó la respuesta.

—Porque podía hacerlo. Porque un capellán es imparcial. Se preocupa, por supuesto. No toma partido. No juzga. Así que me resultaba fácil dispensar... ¿cómo lo llamé antes? Terapia para el alma.

—Lo entiendo —dijo Black—. Pero cuando se elimina todo lo superfluo de la ecuación, cuando llegamos a lo esencial, y lo único que hay entre un soldado y la posible muerte es Dios, entonces de repente Dios se vuelve importante, lo único importante en todo el universo. Así que lo que dices cuenta. Al menos para mí.

—Tal vez. El 22º Regimiento vio lo peor —Devlin giró la cabeza para mirar directamente a Black—. Pero tú eras diferente, Adam.

Blackladeó la cabeza, intrigado. —¿En qué sentido?

—Lo disfrutabas. Como ningún otro hombre que haya conocido.

Black respiró hondo, pero se dio cuenta de que no lo negaba.

Devlin continuó. —En un mundo donde a los hombres se les dan armas y bayonetas con el único objetivo de matar al enemigo, el bien y el mal se difuminan. Pero aún había una línea, una línea moral, que intentaba que los hombres no cruzaran. Matar innecesariamente, disparar por venganza. Ya sabes a qué me refiero. Intentaba ser neutral, en un lugar donde era difícil que existiera la neutralidad.

—Un conflicto moral —dijo Black en voz baja, más para sí mismo—. Por eso estoy aquí. Has visto lo que yo he visto. La muerte, el asesinato. Has escuchado la culpa. Puedo hablar contigo. Lo que dices es importante. Mi mujer y mi hija fueron asesinadas. ¿Qué harías tú, Mayor? No has respondido a mi pregunta. Y es la respuesta que necesito oír.

Devlin no respondió inmediatamente. El fuego chisporroteaba y crepitaba. Finalmente habló.

—Te conozco desde hace quince años. Estuve contigo en Afganistán e Irak. Has pasado por todo tipo de penurias. Pero tu entrenamiento te ayudó a superarlo. Tienes, cómo decirlo, una habilidad. ¿Me preguntas qué haría yo? Probablemente nada. Rezar y buscar respuestas en Dios. Encontrar en mi corazón el perdón. Pero ese soy yo —Se levantó y se acercó a Spud, acariciándole el lomo. Luego se volvió para mirar a Black.

—Pero estás haciendo la pregunta equivocada. Si me preguntaras qué haría yo si fuera tú, te diría esto: usa tus habilidades —Devlin guardó silencio.

Black esperó. De repente, todo su mundo se centró en el hombre que tenía delante.

—Te entrenaron para ser un arma —continuó Devlin después de un minuto—. Y por Dios que eras eficaz. Así que, para responder a la pregunta que deberías estar haciendo: si yo fuera tú, si yo fuera Adam Black, entonces me desataría y mataría a todos y cada uno de los cabrones que tuvieron algo que ver con el asesinato de mi familia.

Black asintió.

Exactamente lo que él pensaba.

Black se marchó temprano a la mañana siguiente, con un largo viaje por delante. Se quedaría con Fletcher y su familia unos días más, hasta el funeral. ¿Después? Black necesitaría espacio y soledad para llevar a cabo sus planes.

No tuvo que despedirse del Mayor. Había salido con Spud en la oscuridad antes del amanecer, caminando por los caminos rurales. Le había dejado a Black una simple nota.

Que Dios te acompañe, Capitán.

Que Dios te acompañe.

Black reflexionó sobre estas palabras. No había Dios. Solo muerte.

Y en ese tema en particular, Black era un experto.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

El funeral tuvo lugar cuatro días después. La mañana era luminosa. La luz del sol moteaba los árboles; el viento estaba en calma; el aire era fresco. Por este único momento, el mundo se había detenido.

La ceremonia fue sencilla y privada. La iglesia parroquial de Eaglesham, un edificio antiguo y modesto. Altos muros blancos, tejado de tejas grises, unido a un campanario con un reloj. Situada a media ladera, con vistas al parque del pueblo. Donde Merryn había jugado, en los columpios, en el ti vivo, bajo la atenta mirada de su madre. Su esposa. Donde habían reído y sonreído y se habían cogido de la mano. Su presencia estaba en todas partes. Sus espíritus impregnaban la hierba, los árboles, el aire que respiraba. Estaban a su alrededor y dentro de él. En su mente, su corazón, su alma.

Una ceremonia privada. Familia y amigos cercanos. El interior era pequeño, íntimo. Filas de bancos de madera simple, barnizados hasta brillar. A su lado, solemne, incrédula; la madre de Jennifer. Anciana y frágil. Pero orgullosa, ferozmente independiente, su marido había fallecido años atrás, dejándola sola en una gran casa destartalada en Thurso. Había venido en tren, se había alojado en un hotel en Glasgow. Normalmente estoica. Hoy no. Este día no.

Sus frágiles hombros temblaban mientras luchaba contra las lágrimas, pero las lágrimas llegaron de todos modos.

Allí, su compañero Simon Fletcher y su esposa. Silenciosos, con rostros pálidos y contraídos. Cabezas inclinadas, mientras escuchaban la voz queda del ministro, que hablaba con una suave tristeza sentida.

Otros. Amigos cercanos. El negro apenas se registraba. Rostros. Lágrimas. Una gran pena cavernosa.

Dos ataúdes blancos. Su esposa y su pequeña hija. Durmiendo.

¿Qué estarían soñando?, se preguntó.

Los ataúdes fueron llevados a dos coches fúnebres aparcados en la entrada de la iglesia. El trayecto hasta el cementerio fue corto. A un kilómetro y medio del pueblo. Un cuadrado de cuatro hectáreas, rodeado por altos muros de piedra, circundado por abedules plateados, pálidos y esbeltos bajo el sol.

Los ataúdes fueron colocados junto a la tumba, uno al lado del otro, antes de ser bajados. El pequeño grupo de personas observaba en silencio. Entumecidos. Black dio un paso adelante, se arrodilló, puso una mano sobre cada uno. Una brisa susurró; los árboles se agitaron. El sol permaneció constante. Black cerró los ojos y dejó que las lágrimas llegaran. Silenciosas, desesperadas. El mundo estaba muerto. Su alma destrozada. No había nada. Los colores se habían ido y en su lugar, un lienzo de oscuridad.

Black se puso de pie.

Había que ajustar cuentas. Este era el nuevo mundo de Black. Destrucción.

Muerte.

Venganza.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

A pesar de las protestas de Fletcher y Adele, Black no regresó a su casa. En lugar de eso, esa misma noche, se alojó en un hotel. Necesitaba tiempo a solas, explicó. Para hacer balance. Para llorar. Sabía que ellos también necesitaban su propio espacio. Tampoco podía volver al trabajo. Fletcher tranquilizó a Black diciéndole que no había problema. Tómate todo el tiempo que quieras, le dijo. Él y su pequeño ejército de asistentes legales y secretarías se encargarían de la carga de trabajo. Sin problema. Black supuso que habría muchos problemas, pero estaba agradecido. Además, ya había superado la etapa de preocuparse.

Se alojó en The Travellers Inn, en la carretera hacia el aeropuerto de Glasgow, pagando en efectivo por adelantado tres semanas. Fletcher fue con él y desaprobó su elección de hotel.

—Esto —dijo— es un puñetero antro.

Black simplemente se encogió de hombros. Era limpio, relativamente barato y estaba cerca de todo lo que pudiera necesitar. Su casa en Eaglesham era un lugar de muerte. Si pudiera, la demolería, ladrillo a ladrillo, y luego quemaría lo que quedara.

La habitación era espartana, pero funcional. Deshizo una maleta prestada por Fletcher y colocó las pocas prendas que tenía en el único armario y en la cómoda. Cualquier otra cosa que necesitara, la compraría. Se duchó, se cambió y bajó al restaurante para una cena rápida. Volvió a su habitación. Tenía que pensar.

Tenía que planear.

En su entrevista en la comisaría, hace una eternidad, los policías habían mencionado nombres. Un nombre en particular. Tommy "Teacup" Thomson.

Era un comienzo. Y Black tenía que empezar por algún lado. Era el momento.

Momento de cazar.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Asesinato por venganza. No se tolerará en el Ejército Británico. Pero es el plato más dulce que jamás probarás.

Observación de un sargento a los nuevos reclutas del 22º Regimiento del Servicio Aéreo Especial.

Peter Grant no era muy aficionado a los exóticos viajes al extranjero.

Nacido en el East End de Glasgow en un modesto piso de dos habitaciones, tercer hijo de un padre que trabajaba como soldador de barcos y que se bebía el sueldo los fines de semana, y de una madre que aceptaba los puños de su marido con desesperada resignación, el joven Peter Grant no disfrutó de la mejor de las infancias.

Aprendió a aferrarse a cualquier dinero que ganara. Y Grant ganaba dinero como podía. Rápidamente se sumergió en el mundo del hampa de Glasgow. A los dieciséis años, ya era bien conocido por la policía por extorsión. Sus tendencias despiadadas y violentas llamaron la atención de los que estaban más arriba en la cadena alimentaria. Pulieron sus habilidades. Era un aprendiz rápido. Apuñaló a su primer hombre a los diecisiete. Si alguien necesitaba enviar un mensaje, se enviaba a Peter Grant. Y a Peter Grant le gustaba cumplir. Cicatrices, mutilaciones, torturas. Y matar, si era necesario. Quedó claro que era un psicópata. Y alguien con esa tendencia podía ascender rápidamente. Pero también era listo. Veía oportunidades y las aprovechaba. Vio los beneficios de las drogas, y pronto él y sus dos hermanos habían formado su propio grupo: drogas, prostitución, chantaje, sobornos. Gobernaba por el miedo. Y todos, sin excepción, temían a Peter Grant.

Su reputación creció. Los tentáculos de su imperio se extendieron hasta el sur de Londres, y luego al extranjero. Pasaron los años. Su imperio se expandió. Sus dos hermanos murieron: uno de cáncer, el otro de un disparo en el pecho. Era el único que quedaba, el que estaba al mando. El jefe.

Pero el legado de su juventud permaneció con él. Había conocido tiempos difíciles. Gastaba dinero en propiedades, porque era una inversión lógica; en ropa, porque sabía que la imagen era importante. Pero no en bebida. Ni en vacaciones exóticas. Eso era simplemente demasiado, y su cerebro no computaba ese lujo como algo que valiera la pena.

Cuando fue a Gran Caimán, acompañado por los siempre presentes Thor y Nathan, no fue para disfrutar del sol, ni del buceo, ni de la pesca en las aguas cristalinas. Era puramente negocio. Casi.

Estaba cerrando cuentas. Las leyes se estaban endureciendo, incluso allí. Esto tenía que hacerse personalmente, ante notario. Se estaban transfiriendo enormes sumas de dinero, y quería que las cosas se terminaran. Tenía diez cuentas, en diez bancos diferentes. En unos días, ya no

necesitaría los servicios de instituciones en paraísos fiscales.

Llegaron al Aeropuerto Internacional Owen Roberts a media mañana hora local, se alojaron en el Coral Reef Resort, almorzaron en Pelican Point con vistas al océano, y luego visitaron cada uno de los bancos donde tenía cuentas, transfiriendo fondos y cerrándolas definitivamente.

El último banco se llamaba Pacific Investment Holdings. Un edificio discreto en el centro de George Town, encajado entre un grupo de boutiques y restaurantes caros, al pie de la famosa Seven Mile Beach.

Grant tenía una cita con el director, que fue atento y eficiente.

—¿Está transfiriendo la cantidad completa, señor Grant?

—La cantidad completa —dijo Grant.

El director del banco asintió; era imposible saber si la pérdida del negocio de su cliente tenía algún impacto. Permaneció impasible.

—Por supuesto. Entonces serán cuatro millones, doscientos ochenta y cinco mil dólares, después de deducir nuestros gastos de cierre.

Cabrones, pensó Grant. Todos cobraban una tarifa de cierre, pero estos eran unos auténticos sanguijuelas: en total, ciento veinticinco mil dólares de cargo por el privilegio de cerrar la cuenta. Pero también, compraba su silencio. Conseguir información sobre los clientes de los bancos de Gran Caimán era como intentar robar Fort Knox con un cortaúñas.

Y Grant apreciaba su privacidad en lo que respectaba a las finanzas.

—¿Y a qué cuenta van los fondos?

Grant había memorizado los datos de la cuenta bancaria. Recitó el código de clasificación, el número de cuenta y el nombre del banco.

—¿Y cuál es el nombre del beneficiario?

Grant se lo dijo.

—¿Y hay alguna referencia?

—Sí. Ábaco.

Los fondos se transfirieron electrónicamente, todo con solo pulsar un botón, la cuenta se cerró y Grant firmó los documentos de cierre, que fueron certificados por el notario del banco.

Toda la transacción llevó menos de treinta minutos.

Grant hizo inmediatamente una llamada telefónica. La voz al otro lado confirmó que se había recibido el dinero.

—Lo tienes todo —dijo. La voz respondió.

—Sí.

—¿Y Ábaco es de tu agrado?

—Ábaco es perfecto.

—¿Cuándo podemos completar?

—Una semana. Papeleo rutinario. Legitimación. Así es como me gusta llamarlo.

—Me gusta esa palabra. Suena de maravilla. Hazlo.

Los tres salieron del edificio. Era media tarde. A poca distancia de ellos comenzaba la arena coralina de Seven Mile Beach, considerada por muchos como la playa más hermosa del Caribe.

—Vosotros dos tenéis la noche libre —dijo Grant—. Id a emborracharos si queréis. Nos vemos para desayunar mañana a las nueve en punto. Tenemos un avión que coger, así que no os paséis.

—¿Se ha transferido todo el dinero? —preguntó Nathan. Grant asintió.

—¿Qué está pasando? Estoy a oscuras, tío Peter. Tienes que decirme qué ocurre. Estoy... perdido con tanto secreto.

—No tengo que decirte una mierda. Pero lo que sí te diré es que el dinero parado en un banco de Gran Caimán no nos da ningún beneficio. Solo está ahí. Está ahí porque son ganancias del crimen, y los cabrones que dirigen los bancos aquí lo saben. Así que se llevan los intereses y cobran tarifas millonarias por mantenerlo. ¿Has oído la expresión "El dinero llama al dinero"? Pues bien, eso no se aplica cuando está atado con estos bastardos. Así que se está liberando. Pero cuanto menos gente lo sepa, mejor para todos.

De repente, rodeó a su sobrino con sus brazos y lo abrazó.

—Te quiero —le susurró al oído—. Lo sabrás todo muy pronto. —Le besó en la mejilla—. Ahora largaos los dos y disfrutad.

Se separaron, y Grant paseó por el paseo marítimo, admirando el mar que brillaba como una alfombra de joyas azules bajo el sol. Se aseguraba de que cuando viajaba a Gran Caimán para sus transacciones de negocios, visitaba un lugar muy específico. Y para Grant era importante estar solo cuando lo visitaba.

Caminó pasando chiringuitos, restaurantes de pescado y pequeños embarcaderos de madera. Disfrutaba de la sensación de la cálida brisa marina en su piel. Llevaba unos pantalones blancos holgados y una sencilla camiseta blanca. Se quitó las sandalias y sintió la arena tibia entre los dedos de los pies. Era la arena más limpia sobre la que jamás había caminado. Media hora después, sus pasos le llevaron a un bar concurrido situado a cien metros de la playa: El Blue Oyster. Unas pequeñas mesas de madera estaban dispuestas en el exterior, aparentemente al azar, donde la gente comía, bebía y fumaba. Hombres, en su mayoría. La música de una vieja gramola se filtraba al exterior, sin ser estridente. Una canción antigua de Elvis.

Grant se sentó en una mesa. Un joven camarero le atendió.

—¿Qué le puedo servir, señor?

—¿Qué me ofrece?

El chico sonrió.

—Lo que usted quiera.

Grant le devolvió la sonrisa.

—Un agua mineral estaría bien. Sin gas. Sin hielo.

El camarero asintió y se alejó con presteza.

Grant se relajó y se tomó su tiempo para observar a los hombres sentados en las otras mesas. Uno le llamó la atención. Veintipocos años, rubio, pelo de longitud media, delgado, piel aceitunada. Exactamente su tipo. Vestía unos vaqueros ajustados y una camisa vaquera azul. Se fijó en un pequeño tatuaje en el lateral de su cuello. Grant sintió una erección casi instantánea.

El hombre se dio cuenta de que Grant le miraba. Estaba con otros tres. Les dijo algo, los dejó y se acercó a Grant.

—Pareces bastante solo —sonrió, mostrando una perfecta hilera de dientes blancos.

—Mucho —respondió Grant—. Únete a mí.

—Me encantaría —se sentó frente a Grant. El camarero regresó con la bebida de Grant.

—¿Puedo invitarte a algo? —preguntó Grant.

—Gin-tonic.

El camarero se marchó.

—¿Puedo comprarte algo más?

El hombre miró a Grant con picardía.

—No sé. Tal vez. Depende de cuánto quieras gastar.

—¿Cuánto puedes aguantar?

El joven se inclinó más cerca, con ambos codos sobre la mesa, y miró directamente a los ojos

de Grant.

—Puedo aguantar todo lo que tengas. Todo.

—¿Todo?

—Y por trescientos dólares, puedo aguantar un poco más.

—¿Trescientos dólares? Es mucho dinero.

El joven se acercó un poco más, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Y puedes follarme como quieras. Toda la noche, si te apetece.

Grant metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó su cartera y puso cuatrocientos dólares sobre la mesa.

—Un poco extra. Para una atención especial.

El joven se rió, relajándose en su silla.

—La tendrás. Extra especial. Lo que quieras.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE


La reputación de Teacup dependía de su facilidad para ser localizado. Si alguien desesperado necesitaba dinero rápido, sin importar el interés del mil por ciento, Teacup era el prestamista al que acudían. Y muchos hombres y mujeres lo hacían. Drogadictos, ludópatas, alcohólicos, prostitutas. Personas incapaces de obtener crédito legítimo en otros lugares y que necesitaban dinero rápido para dar de comer a sus hijos. El negocio de Teacup se alimentaba de los vulnerables, y sacaba buen provecho de ello.

Pero también podía arreglar asuntos. Exboxeador reconvertido en matón, un hombre violento. Si alguien necesitaba que se hiciera algo, Teacup era el encargado. Y rara vez fallaba en conseguir lo que se le pedía. Era miembro de la familia Grant y podía solucionar casi cualquier cosa. Podía encontrar las drogas adecuadas para las personas adecuadas a las cuatro de la madrugada. Podía proporcionar jóvenes chaperos limpios para jueces del Tribunal Superior y abogados prominentes en cualquier momento y lugar. Y si había que cobrar dinero, Teacup hacía cumplir la ley de los Grant. La falta de pago significaba rótulas rotas. El impago continuado significaba dolor prolongado y, en última instancia, una muerte brutal. Teacup cobraba para Peter Grant, y ya fuera una simple extorsión o el chantaje a un político de alto perfil, pocos dejaban de pagar. Y aquellos que no pagaban acababan desfigurados o muertos. Una vez que estabas en deuda con Teacup, lo estabas de por vida.

Si alguien necesitaba encontrar a Tommy "Teacup" Thomson, no tendría que buscar muy lejos.

Pero Teacup ya no era el hombre que solía ser. Había salido del hospital hacía varias semanas, pero aún necesitaba un bastón para caminar. Tenía un dolor en la cadera, como un dolor de muelas constante. Le daban fuertes dolores de cabeza. A veces, si se agachaba rápidamente o giraba de repente, se mareaba y su mundo daba vueltas. Su mandíbula, fracturada en dos sitios, le dolía al masticar. Además, y lo más importante, su credibilidad se había visto empañada. El supuesto hombre duro de la familia Grant había sido hospitalizado por un solo individuo. La noticia se extendió rápidamente. Su posición en la cadena de mando se había visto afectada. Antes era un confidente cercano de Peter Grant; ahora hacía recados, compraba y vendía drogas en la calle, abofeteaba a las prostitutas para que volvieran a la línea, cobraba dinero. Trabajos de mierda. Teacup estaba humillado. Y Peter Grant quería que lo sintiera.

Teacup había sido un hombre amargado toda su vida. Ahora estaba amargado y sin respeto. Se despertaba cada mañana y se sentía como una mierda. Todo por culpa de un solo hombre.

Era un miércoles por la tarde. Teacup salía de su sesión bisemanal con el fisio. Pagada por él mismo: este era su lío, así que era su problema. Tal era el edicto de Peter Grant. Recibí  una llamada en su móvil. El hombre que le llamaba era Nathan Grant.

El tono era cortante, todo negocios. Cualquier calidez se había evaporado semanas atrás.

—Hay un trato esta noche —dijo Nathan.

—Vale. ¿Qué pasa?

—En la antigua estación MOT de Hillington. A las dos de la madrugada. Polly King tiene una bolsa de blanca pura para ti.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil libras. El dinero lo dejarán en tu piso esta tarde.

—Claro. Sin problema. ¿Nathan?

—¿Sí, Teacup?

Teacup hizo una pausa, tomó aire. Las palabras salieron atropelladamente. No pudo evitarlo.

—¿Qué coño se supone que debo hacer? Soy de la familia. Este tío, Adam Black. Era una puta máquina. Te lo juro. No fue todo culpa mía. Mató a Blakely, al que le habían pagado una fortuna por vigilar a Damian. No me dejéis de lado —Tomó otro aliento. Una palabra pasó por sus labios que le hizo retorcerse las tripas—. Por favor.

Un silencio. Luego Nathan habló.

—¿Qué quieres que te diga, Teacup?

—Habla con el jefe. Dile...

—¿Decirle qué? ¿Decirle que su único hijo fue asesinado en la calle cuando se suponía que tú debías cuidarlo? No hace falta decírselo. Ya lo sabe.

Nathan colgó.

Teacup maldijo. El hombre que estaba a su lado le abrió la puerta del coche. Su nuevo acompañante. Ralph Lambert. Exluchador. Pecho como un barril; brazos largos y musculosos; cuello ancho. Cabeza afeitada al rape. Un tatuaje de una calavera en el dorso de cada mano. Teacup le pagaba trescientas libras al día por estar a su lado. Pegado a él, como una sombra. Poca inteligencia, conversación limitada. Pero a Teacup no le importaba.

Desde lo de Eaglesham, había perdido más que su reputación. Había perdido los nervios. Todo por culpa de un solo hombre.

Adam jodido Black.

CAPÍTULO CUARENTA

Encontrar a Teacup no supuso un gran desafío para Black. Su nombre era bien conocido en ciertos círculos. Tras hacer algunas preguntas discretas en los pubs del este de Glasgow, le informaron que a Teacup le gustaba el casino, y que cualquier noche se le podía encontrar en la ruleta o quizás en la mesa de póker.

De los principales casinos de Glasgow, el Albion era el más grande y lujoso, diseñado a modo de una mansión colonial británica, con esbeltas columnas blancas en la entrada, altos ventanales y suelos de madera oscura. Constaba de tres plantas: la baja llena de tragaperras tradicionales y pequeñas cabinas con pantallas de ordenador, para quienes preferían probar suerte con las apuestas informatizadas. La primera planta tenía bares de cócteles con nombres exóticos, dos pistas de baile y algunas máquinas tragaperras. La planta superior era lo auténtico. Ruletas, dados, blackjack, póker, craps.

Black se sentó en un rincón, con un vaso alto de vodka con Coca-Cola en su mesa, que no bebió. Observaba. Había elegido un punto estratégico que le permitía ver todas las mesas y a la gente entrando y saliendo. El local se animaba sobre las once. Tenía licencia para servir alcohol hasta tarde y abr♦♦a toda la noche. Además, las bebidas eran baratas, lo que ten♦♦a sentido, pensó Black. Emborracha a los jugadores y pierden la cautela. Y cuando eso ocurre, el casino se forra.

En la segunda noche de vigilancia, Teacup hizo acto de presencia. Era medianoche. Black lo reconoció al instante. Un hombre musculoso, de metro setenta y cinco más o menos, pelo castaño corto, bien afeitado. Vestía un discreto traje azul oscuro y una camisa azul suelta, desabrochada en el cuello. Cara de boxeador: cejas gruesas, nariz ancha y chata, mandíbula cuadrada. La última vez que se encontraron, en aquella gélida noche en una carretera de Eaglesham hacía más de diez semanas, Black le había roto varios huesos. Quizás le había causado alguna hemorragia interna. Black notó que usaba un bastón y sus movimientos eran rígidos. Qué pena. Black lo observó desde la distancia, con el rostro oculto en las sombras, fascinado por la figura que había intentado matarle. Teacup pasó un breve tiempo en cada una de las mesas de juego, a veces ganando, a veces perdiendo, hasta que por fin se asentó en una ruleta específica, distribuyendo sus fichas, quizás al azar. Black nunca lo sabría, ni le importaba.

Teacup iba acompañado por un hombre que hablaba poco y no jugaba. Bajo y fornido, con la cabeza rapada y el cuello más ancho que la cara. ¿Guardaespaldas? ¿Amigo? Quizás, después de su pequeño encuentro en Eaglesham, Teacup sintió la necesidad de algo de protección.

Black permaneció en su mesa. Teacup se quedó en la ruleta durante más de una hora. Su amigo iba al bar de vez en cuando y traía bebidas. Por fin, Teacup dio la noche por terminada, recogió sus fichas y fue a la caja para cobrar su dinero. Black no le quitó los ojos de encima.

Se marcharon juntos, Teacup y su amigo. Black los siguió a una distancia prudente. Bajaron por la escalera mecánica a la primera planta. Aquí, Teacup se detuvo para hablar con alguien. Luego la siguiente escalera mecánica a la planta baja. Black los siguió.

Salieron al exterior. Hacía frío. La acera estaba junto a un aparcamiento privado solo para clientes del casino. El hombre bajo y fornido se fue. Teacup esperó en la puerta principal, hablando por el móvil. Black se quedó detrás de las puertas principales de cristal, pudiendo ver la parte trasera de la cabeza de Teacup.

Un coche se acercó. Un BMW X5 negro conducido por Cabeza de Bala. Teacup siguió hablando unos segundos más y luego subió. Se marcharon. Black corrió hacia su propio coche, aparcado cerca de la entrada del casino, y los siguió.

Condujeron durante media hora hasta un polígono industrial en las afueras de Glasgow, Black siguiéndoles a una distancia discreta. El BMW aparcó frente a una estación de ITV, con las persianas bajadas y las luces apagadas. Parecía abandonada. Ya había otro coche allí, con el motor apagado y la silueta de un conductor visible. Black apagó los faros y aparcó a cien metros de distancia. Teacup y Cabeza de Bala se bajaron. El otro conductor también salió, sosteniendo algo. Una bolsa de plástico blanca. Teacup llevaba una bolsa de deporte colgada al hombro.

Black decidió que era hora de actuar. Se puso unos guantes de conducir de cuero ajustados y abrió la guantera. Sacó un martillo de garra con mango de acero. Abrió suavemente la puerta del coche, la cerró con cuidado y se dirigió hacia ellos, pegado a las sombras. No había farolas normales. La única iluminación provenía de alguna luz ocasional en la pared de un edificio. Llegó hasta el BMW, agachándose detrás de él. Los hombres estaban en plena discusión. Black los observó durante varios segundos. Apretó el agarre del martillo. Era la hora.

Hora de empezar una guerra.

Se acercó a ellos, casi con naturalidad, surgiendo de las sombras, silencioso como una voluta de humo. Los tres hombres no se percataron de su presencia hasta que estuvo cerca. Se giraron sobresaltados.

—Buenas noches —dijo.

Descargó el martillo, un golpe atronador, golpeando con fuerza a Cabeza de Bala en la zona de hueso entre los ojos. Se desplomó en el suelo.

Teacup dio un paso atrás, conmocionado.

—¡Qué coño! —exclamó.

El tercer hombre corrió de vuelta a su coche, saltó dentro y se marchó con un chirrido de neumáticos. Black lo dejó ir. No le interesaba. Teacup permaneció inmóvil, tratando de asimilar lo que había ocurrido. Black se volvió para enfrentarlo.

—¿Me recuerdas? —preguntó.

La indecisión se reflejó en el rostro de Teacup. Black adivinó lo que estaba pensando: ¿debería intentar volver a su coche? ¿Debería pelear? ¿Debería no hacer nada y esperar a ver qué pasaba después?

Decisiones, decisiones.

—No quiero problemas —dijo Teacup, las palabras saliendo atropelladamente. Tragó saliva, pensando, y luego añadió—: No te conviene meterte conmigo. Si lo haces, te metes con Peter Grant. ¿Lo pillas?

De repente, blandió su bastón contra Black, pero el movimiento era débil, torpe. Teacup aún estaba recuperándose. Black había anticipado esa reacción. Se acercó y le asestó un puñetazo en la boca. Teacup retrocedió tambaleándose, aturdido, y cayó de espaldas. Black avanzó y le

propinó una patada en la entrepierna. Teacup se retorció de dolor en el suelo.

Cabeza de Bala se removió, gimiendo suavemente, intentando recuperar la movilidad en sus brazos y piernas. Se giró sobre un costado, mirando a Black con ojos vidriosos y desenfocados, y se apoyó sobre un codo. Trató de hablar, moviendo la mandíbula, pero las palabras eran un balbuceo incoherente. La sangre manaba de su ojo izquierdo. Black se volvió, lo miró con fría indiferencia, y dejó caer el martillo de nuevo, una, dos, tres veces. Cabeza de Bala quedó en silencio.

—¡Joder, lo has matado! —graznó Teacup.

—Qué lástima. Pero se lo merecía. Cualquiera que se asocie con Peter Grant debe entender que va a morir. Incluido tú, Teacup.

—Por favor —dijo Teacup, entre jadeos—. No tenía ni idea de que Damian iba a atacarte aquella noche. Estaba descontrolado. Fuera de sí. Yo solo estaba allí para cuidar de él. Es la pura verdad. Las cosas se desmadraron. Nunca debió haber pasado.

—Ya lo creo que no.

Teacup había soltado su bolsa de viaje. Black la recogió y la abrió. Estaba llena de dinero en efectivo. Billetes de cincuenta libras atados con gomas elásticas.

—Quédatelo —murmuró Teacup—. Hay cincuenta mil libras ahí. Todo tuyo.

—Gracias —dijo Black—. Eres muy generoso.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees que voy a hacer?

—Por favor. Podemos ser razonables.

—¿Razonables con qué?

Teacup se lamió los labios.

—Con esto. Con lo que sea que está pasando. Esta situación.

Black se irguió sobre él, con el martillo en una mano.

—Eso es exactamente lo que es esto, Teacup. Una situación. Podrías decir que cuando asesinaron a mi mujer y a mi hija en su propia casa, eso también fue una situación. La vida está llena de "situaciones". Hasta que la vida termina.

—¿Qué vas a hacer?

Black se inclinó más cerca.

—Matarte. Con este martillo. Igual que a tu amigo en el suelo. ¿Te parece bien?

—Yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a tu mujer y a tu hija. Esas decisiones se tomaron muy por encima de mí. Jamás haría algo así. Nunca estuve involucrado.

—Estuviste involucrado desde el primer día. Levántate.

Con dificultad, Teacup se puso en pie. Escupió sangre.

—He perdido algunos dientes —masculló. Su boca era un desastre. Miró a Black. Empezó a sollozar—. Por favor. Matarme no te acercará más a Grant. Le importo un bledo —De repente, su rostro se contorsionó en una furia salvaje—. Odio a ese cabrón. Lo odio a él y odiaba a su puto hijo.

—Pero ¿no lo entiendes, Teacup? —dijo Black, en un tono casi razonable.

—¿Entender qué?

—Esto no es sobre ti.

—¿Qué?

—Esto es sobre mí. Matarte me hará sentir mucho mejor.

—Hay otras formas de llegar a Peter Grant. Hay un negocio en marcha. Jodidamente enorme. Millones.

—¿Y?

—Por favor, si te lo cuento, déjame ir. Olvidaré todo esto. Tú sigues tu camino, yo el mío. Como si nada hubiera pasado. Y aun así podrás llegar a Grant. Lo que le pasó a tu familia estuvo mal. Jodidamente mal. Quieres venganza. ¿Quién no la querría? Lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

—Claro.

—¿Estás casado, Teacup? ¿Tienes hijos?

Teacup negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué entiendes exactamente? Cuéntame sobre ese negocio enorme.

Teacup se tambaleó.

—No me encuentro bien —murmuró.

—Cuéntamelo.

—No sé mucho —Su respiración era laboriosa—. Pero tiene un contable que trabaja para él, en una jodida oficina en Aberdeen. Le ayuda a blanquear su dinero. Su nombre es algo como William... Willard Chapman, o Chapford. Un nombre estúpido. Él lo sabe todo. Si llegas a él, puedes llegar a Peter Grant.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres? No puedo darte nada más porque no sé nada más. Solo soy un puto soldado raso.

Black asintió.

—¿Un soldado raso? Expresión interesante. De acuerdo. Te diré qué, Teacup. Vuelve al coche y yo investigaré a ese contable. Pero si descubro que me estás mintiendo... —Black le señaló con un dedo admonitorio.

—Ni hablar —Teacup dio un paso atrás tentativo, luego se giró para iniciar una carrera torpe hacia el BMW negro a solo cuatro metros de distancia.

Black dio cuatro zancadas largas hacia adelante y rodeó el cuello de Teacup con su brazo.

—¿En serio? —le siseó al oído—. ¿Tan simple como eso? Sabías que solo había una manera.

Teacup forcejeó, arañando el brazo de Black, pero estaba debilitado y su esfuerzo por liberarse era débil.

—A mi familia la mataron a tiros —dijo Black—. Así que pagas el precio, amigo.

Black apretó. Teacup jadeó, se retorció, pataleó. Sus movimientos disminuyeron; pasaron los segundos. Quedó inerte. Black siguió apretando, luego lo soltó. El cuerpo sin vida de Teacup se desplomó en el suelo. Black le golpeó la cabeza varias veces con el martillo, para asegurarse. Una cosa que había aprendido en el SAS: nada de medias tintas. Cuando se trata de matar, mata.

Un ajuste de cuentas por drogas, pensó. Así parecerá a primera vista. Dos villanos muertos. Colocó el martillo en la mano sin vida de Tommy "Teacup" Thomson, ex boxeador, ex matón, ex todo.

Black recogió la bolsa de viaje y volvió a su coche. Siguió parada: el contable.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Peter Grant no se enteró de la muerte de Teacup hasta el día siguiente del suceso. Era otra reunión que Nathan temía. Teacup era un primo, aunque lejano, y por tanto familia, si bien bastante abajo en el escalafón. Había caído aún más por no haber evitado la muerte de Damian. Prácticamente desterrado. Grant aún lo utilizaba por cierta astucia callejera y ocasional brutalidad cuando se requería. Podían pasar días antes de que hablasen, y aun así, las instrucciones solían darse a través de un intermediario como Nathan, o alguien cercano. Pero Teacup seguía siendo familia, invitado a todas las reuniones familiares: cumpleaños, bautizos, bodas, funerales.

Nathan encontró a Grant en el Ten Bells Boxing Club, donde entrenaba dos veces por semana. Una gran propiedad de ladrillo, antes del ayuntamiento, utilizada anteriormente para archivo y registros. Había sobornado a algunos funcionarios, la compró con descuento, la vació, instaló un ring de boxeo de tamaño completo, equipó un gimnasio, sacos de boxeo de cuero resistente, peras de velocidad, sacos de pie libre, construyó duchas y vestuarios. Grant tenía la costumbre de recordar sus raíces y le gustaba que la gente lo supiera. El club estaba en una calle no lejos del Barras Market, en el este de Glasgow, cerca de donde había vivido de niño. Los menores de doce años y los desempleados podían entrenar gratis. Cortesía de Peter Grant. Si un chico local mostraba talento, Grant lo tomaba bajo su protección, organizaba peleas, lo hacía representar. A Grant le gustaba ser considerado un benefactor, un buen samaritano, un pilar de la comunidad. Pero en el Ten Bells se llevaban a cabo discretos tratos de drogas, otra pequeña parte de la fábrica del crimen de Peter Grant.

Nathan le dio la noticia. Como siempre, parecía ser el portador de malas noticias. Grant estaba terminando su tercer asalto de sparring, con casco y protector bucal. Nathan se quedó a un lado, observando a su tío con una mezcla de admiración y temor. El hombre tenía más de sesenta y cinco años, pero se movía en el ring como un treintañero. Era ágil y fuerte, y estaba en forma como cualquier atleta. Golpeaba duro y preciso como un profesional.

Sonó la campana. Grant se quitó el casco, pasó entre las cuerdas y saltó junto a Nathan.

—Aquí viene el jodido mensajero de las malas noticias —dijo Grant, medio en broma—. Anda, ayúdame con esto.

Levantó sus guantes. Nathan desató los cordones.

—¿Por qué tienes esa cara tan larga? —preguntó Grant.

—Preferiría hablar en privado.

—Déjame ducharme primero.

—No puede esperar.

Grant alzó una ceja. —Debe de ser grave.

—Lo es.

Nathan le quitó los guantes de boxeo. Grant dio un largo trago de una botella de plástico que contenía una bebida energética, luego se dirigió a una habitación separada que se usaba como una especie de oficina. Un par de hombres estaban sentados a una mesa, bebiendo té. Grant les dijo que se fueran, lo cual hicieron de inmediato.

—¿Necesito sentarme? —preguntó Grant, con un toque de humor aún en su voz.

Nathan se encogió de hombros. —Tú verás, tío Peter —Tomó aire profundamente—. Malas noticias. Una mierda de noticias, en realidad.

Grant esperó.

—Teacup ha muerto.

Grant miró fijamente a Nathan. —¿Me tomas el pelo?

Nathan solo pudo negar con la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba haciendo un trato. Comprando mercancía. Algo salió mal en el lugar. Mataron a Teacup y a Ralph.

—¿Y quién coño es Ralph?

—Solo un tío. Un luchador profesional. Teacup lo contrató para que le cubriera las espaldas desde... ya sabes.

—¿Desde que sé qué? Hablas en acertijos. ¿Desde cuándo Teacup necesita un jodido guardaespaldas, cuando mi nombre es toda la protección que necesita? La que cualquiera necesita.

Nathan se humedeció los labios mientras formulaba su respuesta. —Desde la noche que Black lo mandó al hospital.

—La noche que mataron a Damian, quieres decir —dijo Grant—. Dilo sin rodeos. ¿Quién vendía la droga?

—Polly King.

Grant asintió. —Ese yonqui de mierda adicto a la heroína. Si él hacía la entrega, no hay forma de que hiciera esto. El tío es un cobarde de mierda. ¿De cuánto estamos hablando?

—Perdimos cincuenta mil. Mi teoría es que Polly aprovechó la oportunidad, se quedó con el dinero y la droga. Ahora se está escondiendo.

—Claro que se está escondiendo, joder. Despierta, Nathan. Polly no pudo acabar con dos tíos. No podría ni con su puta abuela. Si encontramos a Polly, averiguaremos quién lo hizo. Corre la voz de que no está en problemas. Atráelo y hazlo hablar.

—Si no lo hizo él, ¿entonces quién se atrevería?

Grant se limpió una capa de sudor de la frente. —Alguien con una gran cuenta pendiente. Alguien capaz de acabar con dos hombres. ¿Quién se atrevería? Buena elección de palabras. Quien se atreve, gana. ¿Alguna idea?

Nathan no respondió. Sabía que la pregunta no requería respuesta. Conocía la respuesta desde el principio, pero no quería creerla. Solo un hombre encajaba en el perfil. El capitán Adam Black. Las dudas que le carcomían desde la implicación de Joshua estaban floreciendo en algo nuevo y fresco.

Miedo.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

La firma contable Chadwick y Compañía era difícil de encontrar. Una oficina sobre una tienda benéfica situada en el norte de Aberdeen. Un establecimiento en una calle secundaria, a cien metros de la vía principal, bajando un par de calles laterales, en una zona compuesta por locales vacíos con carteles de "se alquila", tiendas de caridad y casas de apuestas. Black imaginó que el lugar habría estado bullicioso antes de que el precio del petróleo se desplomara, poblado de pequeñas cafeterías y bistrós. A diez minutos a pie de la Catedral de San Machar, a veinticinco minutos caminando de Union Street, el corazón de Aberdeen. Pero cuando el petróleo alcanzó su mínimo histórico, y Aberdeen se hundió con el resto del país tras la crisis crediticia, de repente los alquileres dejaron de pagarse, se despidió personal y se incumplieron los préstamos.

Los profesionales, como los contables, lo tenían igual de difícil que cualquiera para ganar dinero. Y así, algunos se adentraron en un camino más oscuro.

El hombre que poseía la firma Chadwick y Compañía se llamaba Willard Chadwick. Lo suficientemente parecido al nombre dado por Teacup en sus últimos momentos para que Black dedujera que probablemente se trataba del mismo individuo. Chadwick era un hombre corpulento de unos sesenta años; tez rubicunda, papada prominente. Tenía una cabellera espesa, teñida de un negro antinatural. Llevaba un traje de tres piezas, una talla pequeño, con los botones del chaleco a punto de reventar. En otro tiempo, hace mucho, podría haber sido descrito como atlético. Un jugador de rugby quizás, pensó Black. Pero demasiadas cervezas, demasiado whisky y comidas abundantes, y demasiado tiempo sentado sobre su trasero, habían borrado cualquier vestigio de su antigua gloria. Chadwick era un hombre que intentaba aferrarse patéticamente a los restos de otra época.

Black había llamado a la oficina y le había contestado una mujer de voz malhumorada. Quería una cita con el señor Chadwick. Le dijeron que estaba ocupado y que debía volver a llamar. Black insistió. Quería una cita lo antes posible. De lo contrario, buscaría asesoramiento en otro lugar sobre cómo invertir dos millones de libras. Le pidieron su número. En dos minutos, el propio Willard Chadwick le devolvió la llamada y sugirió que se reunieran en su oficina. Era flexible. Quedaron para esa misma tarde.

Chadwick y Compañía constaba de poco más que un área de recepción, una oficina y un aseo. La decoración era poco inspiradora. La oficina de Chadwick en sí era sorprendentemente espaciosa, con poco más que un par de archivadores, un escritorio y algunas sillas. La pintura estaba descolorida, la moqueta desgastada y necesitada de una limpieza.

Black se sentó a un lado del escritorio. Enfrente se sentó Chadwick, con los codos carnosos apoyados sobre la mesa. El aire estaba cargado con el aroma de su loción para después del afeitado. La única ventana detrás de él ofrecía una vista del edificio de enfrente.




—Gracias por recibirme con tan poca antelación —dijo Black.

—No hay de qué, señor Black. Es un placer. Siempre me interesa un hombre que quiere invertir —Chadwick hablaba con un barítono profundo, casi musical. Un cantante, en sus tiempos.

—Me han hablado muy bien de usted.

—Eso siempre es bueno de oír. ¿Otro de mis clientes?

—Se podría decir que sí. Me dijo que era usted discreto. ¿Es usted un hombre discreto, señor Chadwick?

—Naturalmente. Cuando se trata de una gran cantidad de fondos  ¿dos millones de libras, creo que dijo— la discreción es primordial. Crucial, diría yo.

—Es mucho dinero. Necesita estar en buenas manos.

—Absolutamente —respondió Chadwick, mostrando unos dientes blancos relucientes—. ¿Dónde está el dinero ahora, señor Black?

—Verá, está en una maleta grande en la habitación de mi hotel.

La sonrisa en el rostro de Chadwick se desvaneció. Black recordó a un payaso triste.

—¿Quiere decir que es en efectivo?



—En efectivo.

Chadwick se puso de pie inmediatamente, su corpulencia bloqueando la luz del día.

—Lo siento, señor Black —dijo, con un tono despectivo—. No puedo ayudarle bajo ninguna circunstancia. No puedo manejar efectivo en esa cantidad. Leyes contra el blanqueo de dinero, ya sabe. Esta es una firma respetable. Le sugiero que busque asesoramiento financiero en otro lugar.

Black asintió y se puso de pie también.

—Por supuesto. Lo entiendo perfectamente. Disculpe las molestias.

Salió del edificio y deambul hacia el centro de Aberdeen, hasta Union Street. Eran las tres y media de la tarde, el tiempo gris y lúgubre, las calles no particularmente concurridas. Se detuvo en una de las muchas cafeterías y pidió un café negro doble. Se sentó junto a la ventana, observando a la gente pasar. No tenía prisa. Sacó su cartera y extrajo una pequeña fotografía de Jennifer y Merryn, ambas sonriendo, comiendo helados en cucurucho, con gorros de lana rojos y las mejillas sonrosadas por el frío. No podía recordar exactamente cuándo se había tomado la foto.

Tomó una profunda y temblorosa bocanada de aire. Cada momento de vigilia era una lucha por mantener sus emociones bajo control. Había aprendido muchas lecciones en el ejército, especialmente en los Servicios Especiales. Concentración. Canaliza tus sentimientos. Úsalos. Ira, odio, incluso tristeza. Todos eran positivos, si se gestionaban adecuadamente. Especialmente la ira. El regimiento esperaba una cabeza fría en la batalla. Desapego. Pero en el momento crítico, en el punto de matar, desatar las emociones durante el tiempo necesario. Agresión controlada. Luego volver a contenerlas y seguir adelante. Había quienes pensaban que los soldados del SAS estaban al borde de la psicosis. Black reflexionó que probablemente había algo de verdad en ello. Ahora mismo, estaba en modo de matar. Emociones burbujeando bajo una fina capa de barniz. Y cuando finalmente llegara el momento, cuando pudiera enfrentarse a Peter Grant, durante ese breve instante, se desataría el infierno.

El teléfono móvil en el bolsillo interior de su abrigo vibró, como había esperado. Antes de lo que pensaba.

—¿S?

—¿Señor Black? —Era la voz de Willard Chadwick—. Deberamos reunirnos.

—Sí.

—En el Parque Duthie. Hay un banco azul junto al quiosco de música. Le veré allí a las cinco y cuarto de esta tarde.

—Me parece bien.

Chadwick colgó. Black volvió a guardar la fotografía de su familia en la cartera y dio un sorbo a su café. Tenía tiempo que matar.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

—Eres un hombre difícil de encontrar.

El hombre sentado frente a Peter Grant era delgado, escuálido, casi demacrado, vestido con una chaqueta de piel de oveja demasiado grande que parecía sacada de los años setenta. Mejillas hundidas, tez grisácea, una nariz torcida como un pico. Delante tenía una pinta de cerveza y un paquete de cigarrillos. Polly King. Traficante y proxeneta. Parecía enfermo, como si no hubiera dormido en una semana. Estaba agitado. Sus ojos se movían como pequeñas luciérnagas negras. Levantó el vaso de cerveza y dio un trago. El temblor en su mano era evidente.

—Tranquilo —lo calmó Grant—. No tenemos ningún problema aquí.

Finalmente habían localizado a Polly King en un piso de una habitación alquilado por una de sus prostitutas, en una ciudad llamada East Kilbride, a unos once kilómetros de Glasgow. Grant había corrido la voz de que lo estaba buscando, y cualquiera que ayudara recibiría quinientas libras.

Era dinero fácil, y la prostituta habló. Nathan y otros tres lo recogieron y lo escoltaron a un pub tranquilo en la zona sur de Glasgow, en Victoria Road, que pertenecía a Grant. Este lo estaba esperando. Quería escuchar esto de primera mano.

—Discrepo —respondió Polly—. Desde donde estoy sentado, hay un problema jodidamente grande.

—Cálmate, Polly. Solo busco algunas aclaraciones. Sabes de qué estoy hablando.

Los ojos de Polly fueron del paquete de cigarrillos a Grant.

—¿Puedo salir a fumar uno primero?

—Puedes fumarlo aquí mismo.

—¿Está permitido?

Grant se rio, aunque con un tono metálico.

—Soy el dueño de este establecimiento. Y lo que yo diga, va a misa. Así que si quieres destrozarte los pulmones, adelante. Es un vicio asqueroso, Polly.

Polly asintió, sacó un cigarrillo del paquete, un mechero del bolsillo de su chaqueta, y lo encendió.

—Vale —continuó Grant—. Sabes por qué estás aquí. Parece que en los últimos días has estado evitándome. Así es como se ve. Estoy seguro de que no es así. ¿Verdad?

—No, nunca, señor Grant.

Grant esbozó una sonrisa fría.

—¿Mataste a Teacup? —preguntó en voz baja.

Polly dio otro gran trago de cerveza, y cuando finalmente habló, sus párpados temblaban

como las alas de una mosca.

—No toqué a nadie, lo juro. Todo el puñetero asunto fue una locura —Dio otra calada profunda.

—Te creo. Mi sobrino piensa lo contrario. Cree que viste una oportunidad. Piensa que mataste a Teacup y a su amigo para quedarte con el dinero y la droga. Podrías vender la droga de nuevo y sacar otros cincuenta mil. Es mucho dinero. Para algunos, cambiaría su vida. ¿No es así, Nathan?

Nathan, sentado junto a Grant, frente a Polly, asintió.

—Así es como lo veo. Es la única explicación lógica.

Los ojos de Polly pasaron de Nathan a Grant.

—¿Estáis de coña? Ni de coña haría eso. Sé que parece mal. Pero no vi ni un céntimo de ese dinero. Soy un hombre de negocios, señor Grant. Teacup y yo teníamos un acuerdo. Yo vendo, él compra. Me escondí porque, bueno, estaba acojonado.

—¿De qué tenías miedo? —preguntó Grant.

—¡De usted! Pensé que lo había planeado. Pensé que intentaba sacarme del negocio.

Grant asintió lentamente. Empezaba a perder la paciencia. Pero esta reunión tenía que manejarse con calma.

—¿Pensaste que os mataría a ti y a Teacup? Sabes que no haría eso. No a la familia. Además, no tendría... sentido económico. Eres una fuente fiable. Nos llevamos bien porque tenemos intereses comunes, y esos intereses nos hacen ganar dinero a ambos. Simplemente intento llegar al fondo de lo que pasó. ¿Qué pasó, Polly?

Otra calada profunda.

—Fue una locura. Una pesadilla. Nos encontramos en el taller de la ITV en Hillington. Donde solemos quedar. Salí de mi coche. Tenía la mercancía en una bolsa. Teacup y otro tío salieron de su coche, y Teacup llevaba una especie de bolsa de viaje. Probablemente con el dinero dentro. Estábamos hablando. Solo hablando. Ya conoces a Teacup. Nunca fue muy dado a la charla. Pero a mí me gusta hablar. Supongo que es energía nerviosa. Así que le estaba preguntando cómo le iba, cómo estaba. Siendo sociable. Sabía que había estado en el hospital. De repente, de la nada, aparece un tío enorme. Vestido con traje. La luz no era buena. No pude verle bien la cara. Llevaba un martillo. Simplemente se acercó, como si estuviera paseando por un jodido parque, y le dio un golpe en la cabeza al colega de Teacup. La sangre salía a chorros por todas partes. Como una fuente. El colega de Teacup cayó como un fardo.

Polly dio otro trago de cerveza. Grant apretó los dientes con exasperación, pero contuvo su ira. Apenas.

Polly continuó:

—Jamás había visto nada igual, te lo juro. Se desplomó de golpe. Lo primero que supe que tenía que hacer era largarme de allí cagando leches. ¿Lo pillas, señor Grant? Así que salí pitando. Directamente a mi coche y me largué.

—¿No te persiguió?

—Eso es lo curioso. Parecía que le importaba un bledo que me fuera. Me dejó marchar.

—¿Puedes describirlo? —fue Nathan quien hizo la pregunta.

—La luz era mala, ¿entiendes? Pero era un tío grande. Más de metro ochenta. Como he dicho, bien vestido. Pelo oscuro. No intentó ocultar su cara ni nada. No llevaba sudadera con capucha ni pasamontañas. Era como si le diera igual que le viera.

—Le daba igual —repitió Grant en voz baja.

—Simplemente se acercó —dijo Polly—. Eso era lo más siniestro del tío. Casi con

naturalidad. No tenía prisa. Era como si lo disfrutara. Lo que hizo parecía rutinario. Te lo digo, señor Grant, era un cabrón de miedo.

—Me hago una idea, Polly. Yo también puedo ser un cabrón de miedo.

—Por supuesto —alargó la mano para coger otro cigarro.

—Ya vale, Polly —dijo Grant—. Puedo tolerar uno de esos puñeteros cigarrillos cancerígenos. Pero ahora te estás pasando.

Polly aceptó esto con un gesto obsequioso.

—Por supuesto —se removió, parpadeó—. ¿Y la mercancía? Aún la tengo. Y como nunca me pagaron. Quizás aún podamos hacer un trato. Los negocios son los negocios, después de todo.

—Los negocios son los negocios —dijo Grant—. ¿Qué estabas vendiendo?

—Blanca pura. Tres kilos.

Grant conocía las drogas, al igual que Teacup. El valor en la calle de la heroína rondaba los cien mil por kilo, si era de calidad. Incluso con la pérdida de cincuenta mil, aún quedaba un beneficio considerable.

Y Polly era una fuente valiosa en el negocio de los estupefacientes. Los negocios son los negocios, pensó Grant. Las ruedas de la industria tenían que seguir girando.

—Organízalo, Nathan. Arreglaremos algo esta noche. Cincuenta mil por tres kilos. Ahora lárgate de vuelta al agujero de mierda donde te encontramos.

Polly se puso en pie, se terminó la pinta y dijo:

—Gracias, señor Grant. Ha sido un placer.

Cuando Polly hubo abandonado el local, Grant se volvió hacia Nathan.

—He sido un descuidado. Debería haber liquidado a Black junto con su mujer y su crío.

—Si es que era Black.

—Era Black, sin duda. Es hora de hacerle una visita. Necesito que esté muerto.

—Pero no sabemos dónde está —argumentó Nathan—. No está en el trabajo. No ha vuelto a su casa. Podría haber salido del país por lo que sabemos.

—Pero yo sí lo sé —respondió Grant—. O al menos lo sabré. Con una llamada telefónica, puedo encontrarlo. Creo que ya es hora de que Thor se gane el sueldo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Duthie Park. Unas cuarenta hectáreas de parque a orillas del río Dee. Black nunca había estado allí, pero localizó el quiosco de música sin dificultad. Y, efectivamente, allí estaba el reluciente banco azul. Eran las 17:05. Black se acercó paseando, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, y se sentó. Hacía un frío que pelaba. Llevaba un abrigo Crombie de espiga, guantes y bufanda, pero el frío aún se colaba hasta los huesos. Recordó el gorro de lana que su mujer le había dado aquella noche en Eaglesham, y de repente deseó haberlo conservado y llevarlo puesto ahora. Respiró hondo, luchando contra el fuerte impulso de levantarse y maldecir la crueldad de la vida. De poco le serviría. Había comprado un café para llevar y lo bebía a sorbos mientras esperaba.

El lugar estaba desierto, salvo por un par de niños pequeños que jugaban en una araucaria a unos cincuenta metros de distancia, vigilados por una mujer sentada en un banco de madera.

Dos hombres se acercaron, caminando despreocupadamente por un sendero hacia él. Uno era Willard Chadwick. Al otro no lo reconocía. Era grande, tan alto como Chadwick, pero veinte años más joven, vestido con un discreto traje oscuro y corbata, y un abrigo gris. De complexión delgada. Llevaba el pelo rapado a medio centímetro de la cabeza. Caminaba con una economía de movimientos fácil, casi atlética. Un hombre de capacidades letales. ¿Ex militar? Quizás.

—¿Le importa si nos unimos a usted, señor Black? —dijo Chadwick—. Permítame presentarle a mi socio, el señor Kowalski.

Kowalski hizo un brevísimo gesto con la cabeza.

—Un placer conocerle, señor Black —dijo sin sonreír. No ofreció la mano, y Black tampoco lo hizo.

—¿Kowalski? ¿Polaco?

—Mi padre era de Chorzów. Nos mudamos a Gran Bretaña cuando yo era muy pequeño.

—Chorzów. En la región del sur, si no recuerdo mal —dijo Black.

—Me impresiona, señor Black. ¿Ha visitado Polonia?

—Entre otros lugares.

Chadwick se sentó a su lado. Kowalski permaneció de pie.

—Fue una charla interesante la que tuvimos —dijo Chadwick.

—¿De veras? Me dio la clara impresión de que todo el asunto le resultó ofensivo.

Chadwick se rió quedamente, con poco rastro de humor.

—Hablamos de ser discretos. Hay que ser discreto con ciertas cosas. Vino a mí con una propuesta, y es posible que estemos interesados en ayudarle.

—¿Estemos?

—Yo, obviamente, el señor Kowalski y otro hombre, a quien quizás conozca en breve, si las

cosas llegan a buen puerto. ¿Aún desea que intentemos ayudarlo?

—Es muy posible. Dependiendo de las condiciones, naturalmente.

—Naturalmente. Pero dada la naturaleza delicada de nuestras conversaciones, ¿le importaría que el señor Kowalski tomara ciertas precauciones?

—No estoy seguro de entender.

—Necesitamos asegurarnos de que nadie más esté escuchando nuestras pequeñas charlas —dijo Kowalski. Hablaba un inglés perfecto, sin rastro de acento—. Privacidad y discreción. Palabras importantes en nuestra profesión.

—Entiendo. Muy sensato.

Black se puso de pie mientras Kowalski lo cacheaba, buscando micrófonos y dispositivos.

Kowalski asintió a Chadwick. Black se sentó.

—Nunca se es demasiado cuidadoso —dijo Chadwick, con voz aterciopelada—. Así que, para retomar el tema. Tiene dos millones para invertir. Creo que eso es lo que dijo.

—Correcto. Para acceder fácilmente cuando y donde yo quiera.

—Y supongo que el dinero son ahorros acumulados durante muchos, muchos años de duro trabajo y ahorro —Chadwick sonrió.

—Eso, junto con una profunda aversión a nuestro sistema bancario —Black le devolvió la sonrisa.

—Muy cierto —convino Chadwick—. No será el primero en desconfiar de los bancos. Y quién puede culparle, especialmente en este clima de incertidumbre en el que vivimos. ¿Dónde está el dinero en este momento?

—En mi habitación de hotel.

—No es el lugar más seguro para guardarlo.

—Tan seguro como puedo pensar ahora mismo.

—¿Cómo consiguió mi nombre, señor Black?

—Alguien que conozco dijo que era usted de fiar para este tipo de cosas. Un colega mío. Alguien que preferiría que no mencionara su nombre. Como usted, aprecia su privacidad.

Chadwick asintió, con las mejillas sonrosadas por el frío.

—Por supuesto. Sin nombres. Aun así, una referencia es útil. Después de todo, nunca le habíamos visto antes. Tenemos que tener cuidado con quién hacemos negocios.

—Si necesita un nombre —dijo Black—, ¿qué tal libra esterlina? Eso suele disipar cualquier duda.

Lentamente, metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un sobre marrón sin adornos.

—Aquí hay quince mil libras. Para usted. Llámelo un regalo. Para demostrar que tengo dinero y que voy en serio. Tómelo. Si aún no está satisfecho, quédeselo. Y llevaré mi negocio a otra parte.

Chadwick respiró hondo, lanzó una mirada de soslayo a Kowalski, quien hizo un ligero encogimiento de hombros. Black captó las señales. A estos hombres no les importaba nada excepto el dinero. Eran codiciosos y ciegos, y veían una oportunidad.

—Creo que podemos ayudarte en esto —dijo Chadwick. Cogió el sobre y se lo guardó en el bolsillo—. Pero entiendes que los riesgos son altos. Necesitaríamos ver todo el dinero, para asegurarnos de que esto es real, de que eres un inversor serio. Estaríamos buscando un pago inicial de cien mil libras, para los gastos iniciales, y un quince por ciento de comisión sobre el importe bruto.

Black frunció los labios.

—Esa es una comisión bastante alta.

—Como he dicho, los riesgos son altos. No vamos a negociar sobre esto. Si no quieres tratar con nosotros, no hay problema, y puedes seguir tu camino y vivir de tu maleta durante los próximos años, y alguien más puede blanquear tus ahorros duramente ganados. Y ya veremos hasta dónde llegas.

Black suspiró.

—Realmente no tengo elección. Entonces, ¿qué ahora?

—Podemos reunirnos esta noche. Trae el dinero contigo. ¿Has oído hablar de un pueblo llamado Macduff? Está a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de aquí. Tengo un piso allí. Un escondite, podríamos decir. Pero es seguro, tranquilo, y no nos molestarán. Si quieres seguir adelante con esto, entonces nos encontraremos allí a las nueve en punto. Está en el paseo marítimo, y las vistas son espectaculares. Trae tu maleta, señor Black.

Black le miró con recelo.

—¿Quieres que traiga todo? Me parece un poco arriesgado. Podrías acabar quedándotelo y tirándome por la borda.

Chadwick esbozó una sonrisa forzada.

—Dijiste que tenías dos millones. Dos millones serán. No vamos a emprender este negocio por menos. Los riesgos son extremos. Tendrás que confiar en nosotros, señor Black.

—Parece todo bastante unilateral: yo os doy el dinero y vosotros os lo quedáis. ¿Qué haréis con él? ¿Adónde va? Necesito alguna garantía.

—Te daremos los detalles esta noche. No hace falta decir que se invierte en cuentas offshore, en paraísos fiscales. Lugares donde ciertas autoridades no pueden mirar. Es complejo. Más allá de eso, no hay garantías. Es el juego en el que estás. Necesitas blanquear tu dinero, y nosotros te ofrecemos ayuda. Viniste a nosotros. Eso es lo mejor que vas a conseguir. Tómallo o déjalo, señor Black.

—De acuerdo.

Chadwick escribió la dirección en Macduff en un trozo de papel y se lo dio a Black. Se pusieron de pie y se estrecharon las manos.

—Esta noche, a las nueve. Nos vemos allí.

—Estoy deseando que llegue, caballeros.

Chadwick y el hombre llamado Kowalski se marcharon.

Black les vio irse. La noche sería interesante. El tranquilo pueblo de Macduff pronto sería testigo de una pequeña carnicería.

La muerte venía a cenar.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Grant sabía a quién contactar. La conversación fue breve.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

La voz al otro lado de la línea habló en ráfagas entrecortadas.

—Tienes todos los fondos —dijo Grant—. Abacus es cien por cien fiable. Podemos cerrar esto. ¿Digamos en tres días?

La voz respondió.

—Bien —continuó Grant—. Ya hemos perdido bastante el tiempo.

Y una cosa más. ¿Dónde puedo encontrar a Adam Black? —Una pausa. Luego la voz habló. Grant colgó.

Sentado en la puerta del invernadero estaba la mole de Thor, con sus manos como losas descansando sobre su regazo, brazos más anchos que el muslo de un hombre, cuello de toro.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Grant—. Uno que quizás disfrutes.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Black recorrió los sesenta y cinco kilómetros desde Aberdeen hasta Macduff y llegó con una hora de antelación. Se aseguró de pasar por delante del piso que Chadwick decía poseer, reduciendo la velocidad. Estaba en el primer piso de un impresionante edificio de piedra arenisca dorada con ventanas de marcos blancos recién pintados y relucientes barandillas negras que bordeaban las escaleras hasta la entrada principal. Daba directamente al puerto, donde barcos de pesca azules y rojos estaban amarrados, chocando y balanceándose en las agitadas aguas del río Deveron. Chadwick tenía razón. Mirando por la ventana delantera, las vistas serían impresionantes.

Black no estaba allí por las vistas.

Macduff estaba situada en una empinada colina. Black se aseguró de aparcar a una distancia discreta del punto de encuentro, no demasiado cerca, en una calle lateral donde nadie se fijaría en él. Se quedó esperando. A las nueve menos cuarto se dirigió allí, llevando una gran bolsa de deporte colgada al hombro.

La entrada era una puerta comunitaria cerrada con un sistema de intercomunicador de botones. Black pulsó el 1/1. Pasó un momento, luego la línea crepitó y respondió la voz de Chadwick.

—¿Sí?

—Soy Black.

De repente la puerta zumbó, la cerradura se abrió con un clic y Black entró.

Las escaleras eran de piedra gris con barandillas de madera lisa, las paredes pintadas de verde oscuro, iluminadas por apliques empotrados que proporcionaban un tenue resplandor ámbar. Soso, pero limpio. Sin pintadas, sin basura acumulada. Black llegó al primer piso. Chadwick estaba esperando. Se había cambiado el traje y llevaba ropa informal y llamativa: pantalones de franela azules, camisa verde de cuello abierto, chaqueta deportiva blanca. El aire a su alrededor estaba impregnado de una intensa mezcla de loción para después del afeitado y whisky. Sus ojos brillaron cuando vio la bolsa de deporte.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo—. Por favor, pasa a mi humilde morada — Su voz retumbó al hablar.

Hizo pasar a Black con un gesto, sonriendo con una fantástica sonrisa blanca.

Black entró en un pasillo con una gruesa alfombra roja y paredes blancas adornadas con numerosos pequeños óleos de paisajes y cabañas, y otras imágenes olvidables.

—La puerta de la izquierda —dijo Chadwick.

Salió a un salón de dimensiones normales, con muebles que Black habría descrito como algo anticuados. Un sofá de ante color beige con cojines verde lima, dos pesados sillones de cuero

negro, un televisor en una esquina, un mueble bar en otra, una mesa de centro ovalada en el centro, la misma alfombra roja. En las paredes, esparcidos como granos en una piel blanca, había más pequeños óleos. El lado más alejado lo componían ventanales con cortinas de terciopelo escarlata, cerradas, que impedían el paso de las luces de la calle.

Junto a los sillones había dos hombres. Uno era Kowalski, que llevaba el mismo traje de antes. El otro hombre estaba a unos sesenta centímetros de él. Era quince centímetros más bajo pero construido como un pequeño tanque. Vestía de manera informal, con una camiseta verde lisa y descolorida, vaqueros azules y pesadas botas marrones. Botas de montaña, observó Black, posiblemente con puntera de acero. Sus brazos superiores abultaban de músculos, su cuello era grueso y tendinoso. Cabeza rapada, facciones apretadas en una cara redonda y plana.

Chadwick mantuvo una sonrisa constante en todo momento.

—Señor Black, este es el señor Holomek —El hombre asintió a Black, inexpresivo.

—Déjeme adivinar. ¿Polaco?

El hombre habló con un fuerte acento:

—Rumano.

—Ya veo.

—Bien, señor Black —continuó Chadwick—, hay ciertas formalidades que deben cumplirse, si no le importa. Para protección de todos. ¿Podría poner la bolsa en el suelo, por favor?

—Por supuesto —Black colocó la bolsa de viaje entre sus pies.

Kowalski se adelantó y lo cacheó con pericia.

—Tenemos que estar seguros de que no ha venido con ninguna intención siniestra, comprende —dijo Chadwick.

—Quiere decir si he traído alguna pistola o cuchillo. Por favor, señor Chadwick, estamos aquí para hacer negocios. No estamos aquí para matarnos unos a otros.

—Por supuesto que no —Chadwick se rió, aunque para Black sonó con un tono metálico.

Kowalski sacó un pequeño objeto rectangular negro, del tamaño y forma aproximados de un mando a distancia de televisión. Pulsó un botón y emitió un zumbido de tono bajo.

—Tenemos que asegurarnos de que no haya escuchas —dijo Chadwick—. Uno nunca puede ser demasiado cuidadoso. Especialmente cuando se trata de dinero.

—El dinero —respondió Black—. Puede cambiar a las personas.

—Para mejor, espero —dijo Chadwick.

Kowalski lo pasó lentamente alrededor del cuerpo de Black, desde el cuello hasta los zapatos, y luego lo mantuvo sobre su bolsa de viaje.

—Está limpio.

La sonrisa de Chadwick se ensanchó aún más.

—Ahí lo tenemos. Ahora podemos pasar a los negocios. ¿Una copa, señor Black?

—Un whisky estaría bien, si tiene. Solo.

—Un hombre según mi corazón. ¿Alguna preferencia? Tengo una amplia selección.

—Elija usted. Si está mojado, me gustará. Aunque me inclino por un Glenfiddich.

—Excelente elección —Chadwick se acercó al mueble bar y le sirvió a Black un whisky en un vaso de cristal. Mientras tanto, Kowalski y Holomek mantuvieron su atención fija en él, de una manera que muchos habrían encontrado inquietante. Black se había encontrado con hombres así muchas veces. Hombres peligrosos. Hombres bien versados en matar rutinariamente y que eran buenos en ello. Los sentidos de Black estaban agudizados, alerta ante el más mínimo movimiento, una mirada, un encogimiento de hombros aparentemente inocente, cualquier cosa que pudiera indicar peligro.

Chadwick le entregó el vaso.

—Por favor, siéntese. Pongámonos cómodos.

Black se sentó en un extremo del sofá, con la mano que sostenía el vaso apoyada en el reposabrazos. Kowalski se sentó en el otro lado del sofá, Chadwick y Holomek ocuparon cada uno los sillones de cuero frente a él.

—Ha traído el dinero, por lo que veo —dijo Chadwick.

—Lo he traído. Como me indicó. Me interesa saber qué piensa hacer con él.

—Debería interesarle —dijo Kowalski, retomando la conversación, esbozando una sonrisa relajada. Estaba sentado en ángulo, mirando a Black mientras hablaba. Mantenía una mano bajo la chaqueta, como si la tuviera en el bolsillo interior—. Básicamente necesita ser blanqueado —Habla con voz suave y clara, pronunciando perfectamente cada palabra—. Esto es lo que nos está pidiendo que hagamos. Y como sabrá, blanquear dinero procedente de actividades delictivas es ahora un negocio de alto riesgo.

Black dio un sorbo a su whisky.

—Alto riesgo, altos honorarios. Os pagaremos excepcionalmente bien por vuestros servicios.

—Es la naturaleza del negocio en el que estamos. Es un asunto complejo. Necesitamos la cooperación de ciertos bancos e intermediarios financieros. Disponemos de redes que facilitan el flujo, por así decirlo. Pero todos necesitan su parte, de lo contrario, la red se desmorona.

—Por supuesto —dijo Black. Mentiras. Pero tenía que seguir el juego—. Vale. Entonces, os doy mis dos millones ganados con tanto esfuerzo. ¿Recibo alguna garantía? Tomáis mi dinero y no os vuelvo a ver. Me parece que este riesgo de alto nivel del que habláis está todo de mi lado.

—Como ya he explicado, señor Black —dijo Chadwick con chulería—. Todo se basa en la confianza. Recuerde, fue usted quien vino a nosotros.

Black frunció los labios, como si debatiera internamente.

—Me parece un poco demasiado... fácil, entregar todo. Una vez que se ha ido, se ha ido. Quizás podríamos empezar con una cantidad más pequeña. Si lo que hacéis me impresiona, entonces podemos empezar a hablar de confianza.

—No trabajamos de esa manera —dijo Kowalski—. No realizamos este tipo de trabajo por cantidades menores. Usted mencionó la cifra de dos millones, y esa es la cifra por la que asumiremos el riesgo. Y ha traído el dinero consigo, así que debe haber sido su intención invertirlo con nosotros.

—¿Invertir? ¿Es eso lo que hacéis con él? ¿Dónde lo invertís?

—Ciertos bancos. Corredores. Promotores inmobiliarios. Corporaciones. Negocios que aceptan efectivo.

—Eso no es muy específico. Esperaba detalles. Quizás deberíamos reconsiderarlo.

El rumano se removió.

—Dejémonos de hostias —su acento era fuerte y discordante, un contraste con su colega—. Danos el puto dinero. Ahora mismo.

Black lo evaluó durante cinco segundos, con perplejidad en su rostro.

—¿Perdón?

—He dicho: danos el puto dinero.

Siguió un silencio. Otros cinco segundos. Holomek le lanzó a Black una mirada plomiza.

—¡A la mierda! —gritó Chadwick de repente. Su sonrisa había desaparecido. Su rostro ahora parecía demacrado, fatigado, con la boca tensa. Todos los rastros de cordialidad se habían esfumado—. No se suponía que pasara así —lanzó una mirada venenosa a Holomek, luego evaluó a Black—. Disculpe la brusquedad de mi amigo. Se suponía que usted nos entregaría el

dinero, nos separaríamos de manera civilizada, y ese sería el final. Ese era el plan.

Black miró fijamente a Chadwick, su expresión una mezcla de perplejidad e indignación.

—¿Plan?

—Me temo que el señor Chadwick tiene una visión equivocada de cómo funciona esto —intervino Kowalski. Su voz adquirió un tono metálico—. Mi amigo, el señor Holomek, sin embargo, es un hombre directo. Ha dejado clara nuestra posición. La verdad es que necesitamos tu dinero. Pero no te necesitamos a ti.

Sacó una pistola del interior de su chaqueta, posiblemente de una funda sujeta bajo el brazo. Era pequeña, un revólver compacto del 38. A corta distancia, aún era lo suficientemente potente como para abrir un boquete en el pecho de un hombre.

Black soltó una risa breve y áspera.

—Sois unos gilipollas.

—Yo soy el que tiene la pistola —dijo Kowalski, con voz mesurada y razonable—. Y tú eres el que está a punto de darnos todo tu dinero y luego morir con una bala en el cerebro. ¿Quién es el gilipollas ahora?

—Antes de sacar la pistola, al menos deberíais haber comprobado lo que había en la bolsa. Os llevaréis una desagradable sorpresa, caballeros.

—Mátalo —dijo Holomek, con voz de gravilla.

—¡Por favor! —gritó Chadwick—. ¡Prometisteis que no sería aquí!

—Comprueba la bolsa —dijo Kowalski.

Holomek se levantó, rodeó la mesa de café y recogió la bolsa que aún estaba a los pies de Black. Todo el tiempo, Kowalski mantuvo la pistola apuntándole.

Holomek volvió a su asiento, colocando la bolsa en su regazo. La abrió. Sacó un solo fajo de billetes de veinte libras, atado con una goma elástica.

—No me molestaría en contarlo —dijo Black—. Hay doscientas libras ahí.

Holomek sacó otros objetos: libros viejos, revistas, varios pares de zapatos.

—Los recogí de la tienda benéfica debajo de tu oficina, Chadwick. Probablemente podrías venderlo todo por diez libras.

Holomek puso la bolsa boca abajo, cayendo el contenido en cascada sobre la alfombra.

—¡Maldito cabrón! —gruñó—. ¿Dónde está el puto dinero?

Black le dirigió una mirada fija a Holomek.

—No hay dinero. No hay dos millones. No hay nada.

Chadwick, observando cómo se desarrollaba la escena, se puso de pie, su tez rubicunda deslavada a un gris enfermizo, su boca fija bajo un ceño de incredulidad.

—¿A qué juegas, Black? —graznó. El timbre operístico de su voz había desaparecido.

Los tres permanecieron en silencio, esperando a que Black hablara. Sabía que no lo matarían hasta que escucharan por qué estaba allí. Si había un juego más grande, entonces habrían sido tontos si no lo averiguaban, al menos, por motivos de autopreservación.

—Te ha hecho una pregunta, Black —dijo Kowalski, con voz queda y amenazadora—. ¿Alguien te ha enviado?

Black se volvió para fijar su mirada completa en Kowalski.

—Sí. Me han enviado.

—¿Quién?

La boca de Black se curvó en una lenta sonrisa.

—El diablo. Detrás de ti.

Kowalski giró la cabeza, solo una fracción, hacia los ventanales. Era toda la distracción que

Black necesitaba. Lanzó el vaso de whisky a Kowalski, quien se echó hacia atrás instintivamente, disparando al mismo tiempo. El sonido fue agudo y fuerte, como un petardo. El tiro fue desviado, la bala impactando en una esquina del techo. Black saltó hacia adelante. Kowalski apuntó de nuevo, pero Black estaba sobre él, golpeando su mano que sostenía el arma hacia un lado. La pistola sonó de nuevo. Holomek, que se había puesto de pie, giró hacia atrás, cayendo desplomado sobre el sillón de cuero negro, con una bala atravesándole la barbilla, la parte inferior de su mandíbula volada y esparcida en fragmentos sobre el montón de libros.

Chadwick jadeó, tambaleándose hacia atrás. Black y Kowalski rodaron fuera del sofá, estrellándose contra la mesa de café y cayendo al suelo, la mano de Kowalski aferrada a la pistola, las dos manos de Black apretadas alrededor de la muñeca de Kowalski, tratando de forzar el arma para que apuntara hacia otro lado. Kowalski golpeó a Black en la cara, pero no había espacio para un golpe completo, el impacto fue ineficaz. El arma se disparó de nuevo, la bala golpeando el zócalo de una pared.

Se balancearon hacia adelante y hacia atrás, primero Black arriba, luego Kowalski. De repente, Black soltó una mano, golpeando a Kowalski en la entrepierna. Kowalski gimió, aflojando su agarre en la pistola. Black se la quitó de la mano, enviándola por el suelo y bajo uno de los asientos. Kowalski contraatacó, golpeando a Black en el lado del cuello con el canto de la mano. Black levantó el hombro, absorbiendo el golpe, rodó, saltando sobre sus pies, al igual que Kowalski, apartando de una patada los restos de la mesa de café, creando espacio. Se quedaron de pie, frente a frente. Black lo evaluó. Aproximadamente la misma altura: un metro ochenta y ocho, ágil con músculos duros. Black lanzó un golpe aparentemente aleatorio a su cabeza. Kowalski agarró su muñeca y levantó la rodilla hacia la entrepierna de Black. Black liberó su muñeca con un movimiento rápido, atrapó a Kowalski bajo la rodilla levantada con su otra mano y lo empujó hacia atrás. Kowalski se tambaleó. Black se lanzó hacia adelante, Kowalski perdió el equilibrio y cayó de lado sobre la alfombra.

Black saltó sobre él instantáneamente, golpeando su codo contra su cara. Kowalski gruñó de dolor, el golpe lo aturdió. Black lo giró sobre su pecho, lo agarró en una presa con ambos brazos, lo presionó boca abajo, colocó sus rodillas sobre sus hombros, puso su mano bajo su barbilla, tiró hacia arriba y le rompió el cuello.

Jadeando, Black se puso de pie. Chadwick no se había movido, mirando atónito la secuencia de eventos, con la sangre drenada de su rostro. Ante él yacían dos hombres, antes sus socios, ahora cadáveres. Ante él, su asesino: Adam Black.

—Vamos a charlar —dijo Black.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Black recuperó la pistola de debajo del asiento y centró su atención en Chadwick. Debía actuar con rapidez. Los disparos habrían atraído a los vecinos, a los peatones, a cualquiera que estuviera a cien metros. La policía no tardaría en llegar llamando a la puerta.

—No quería nada de esto —soltó Chadwick—. No lo entiendes. Les debía dinero a estos... animales. No tenía elección. Si no les pagaba, amenazaban con matar a mi familia. Tengo dos hijos, señor Black. ¿Qué podía hacer?

—¿Ir a la policía?

Chadwick negó enfáticamente con la cabeza.

—No podía hacer eso —murmuró.

—Claro que no podías. Eres uno de ellos. No eres diferente. Quien con lobos anda...

—¿Qué quieres? ¿Por qué estás aquí?

—Hace poco me encontré con un hombre con un nombre peculiar. Teacup. Me sugirió que hablara contigo. Me interesa un individuo llamado Peter Grant. ¿Quizás lo conoces?

Chadwick alzó sus cejas oscuras e hinchó los carrillos.

—¿Peter Grant?

Black esperó.

—Es un hombre peligroso —continuó Chadwick—. Sé muy poco sobre él.

Black levantó el arma, apuntando directamente a la frente de Chadwick.

—Si no respondes a mis preguntas, apretaré el gatillo y te meteré una bala en el cráneo. Teacup dijo que había un trato en marcha. Dijo que había mucho dinero de por medio. Dijo que tú lo sabías todo.

Chadwick asintió vigorosamente, con los mofletes temblando.

—Lo hay. Pero yo solo soy una pieza del puzle. Grant me utiliza para crear empresas, con estructuras complicadas. Accionistas que son empresas, que a su vez están gestionadas por diferentes empresas. Directores que trabajan bajo poderes notariales para instituciones extranjeras. Yo las creo, las registro, a menudo con información ficticia. Todo es parte de la niebla. Parte de la cortina de humo, para cegar y confundir.

—Sigue.

—Quería que creara una empresa para recibir millones procedentes del extranjero. La estructura de la empresa debía ser compleja, pero también, a simple vista, completamente legítima. Así que lo hice. Creé Abacus.

Black miró fijamente a Chadwick durante varios segundos, asimilando esta información.

—¿Abacus?

Chadwick asintió.

—Pero solo soy una parte del engranaje. Yo creo el marco. Los fondos aún deben entrar y salir. Eso requiere abogados. Abogados que blanquean dinero.

—¿Quiénes son los abogados?

—No tengo ni idea, señor Black. Peter Grant es cuidadoso en sus tratos. Famoso por ello. Una mano ignora lo que hace la otra. Es un hombre reservado. Se esfuerza por asegurarse de que solo **◆◆**l conoce sus planes. Almorzamos ocasionalmente en su restaurante, pero me cuenta muy poco más allá de lo que necesito saber para hacer mi trabajo —parpadeó para quitarse el sudor de los ojos, mirando de la pistola en la mano de Black, a Black, y de vuelta a la pistola—. Si me permite preguntar... ¿cuál es su interés en él?

—Asesinó a mi familia.

Chadwick tragó saliva, digiriendo esta información. Tomó un breve aliento entrecortado.

—No sé nada sobre eso. Tienes que creerme. Solo soy un contable.

—Un contable que estaba encantado de que me mataran hace cinco minutos. ¿Dónde está su restaurante?

—Giovanni's. En Royal Exchange Square.

—Gracias, señor Chadwick. Has sido de gran ayuda. Ahora es el momento de que te reúnas con tus amigos.

Chadwick abrió la boca para hablar, levantando un brazo mientras lo hacía. Black le disparó una vez, en la frente, como había prometido. Una explosión de sangre salpicó los cuadros al óleo en la pared detrás de él, cuando la bala reventó la parte posterior de su cabeza.

Black se qued**◆◆** con el arma, dejó los cuerpos donde estaban y salió del piso, del edificio, y se fundió en la noche.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Giovanni's. Black conocía el local. Había cenado allí una vez, con clientes. Hace una eternidad. Los precios en la carta eran escandalosamente caros. Demasiado para Black. Demasiado para la mayoría de la gente. Sin embargo, siempre estaba lleno. Pagas por el nombre, pensó Black. Pagas para poder decir que has estado allí. Si Black pudiera hacer lo que quisiera, reduciría el lugar a cenizas.

Tal como Chadwick había mencionado, segundos antes de que Black le metiera una bala en el cráneo, estaba situado en pleno centro de Glasgow, en Royal Exchange Square, una zona peatonal de aproximadamente 8.000 metros cuadrados. El restaurante tenía una fachada discreta. Si pasabas rápido, podías no verlo. Encajado en medio de una hilera de establecimientos de lujo, desde una joyería de alta gama hasta una librería académica, desde cafeterías que cobraban ocho libras por un café con leche doble hasta una tienda de música especializada en violines a medida, nada lo distinguía de otros mil restaurantes. Un toldo azul oscuro se extendía sobre el frente, permitiendo a la gente sentarse fuera en sillas y mesas blancas, protegidos de la lluvia escocesa, resguardados del frío invernal por estufas de terraza discretamente colocadas. Por la noche, cientos de pequeñas luces blancas brillaban bajo el toldo. Música clásica sonaba suavemente.

El interior tenía una sutil iluminación cálida. Nunca era demasiado brillante. Cuando alguien entraba en Giovanni's, no podía evitar impresionarse. Una barra de roble oscuro pulido a un lado, y sobre ella, cubos de hielo plateados que contenían botellas de champán frío. Detrás de la barra, una larga y reluciente estantería sobre paneles de espejo esmerilado, con botellas invertidas de todo tipo de licores imaginables. En el lado opuesto de la sala, un escalón llevaba a cinco reservados con asientos de cuero rojo. Las paredes eran murales de paisajes italianos, todos en colores terrosos, al igual que el alto techo. Candelabros proporcionaban un suave resplandor tenue.

Más allá de la barra y los reservados estaba el restaurante propiamente dicho. Reservados circulares, mesas pequeñas e íntimas, mesas más grandes. Las velas parpadeaban. Más murales, de una calidad impresionante. Manteles blancos. El suelo era una alfombra de color rojo vino profundo. Camareros uniformados se movían rápidamente, silenciosos y atentos. La música sonaba, justo en la periferia de los sentidos. Siempre, la sala estaba viva con el murmullo de la gente hablando, riendo, susurrando.

Este era el establecimiento que Grant poseía. Y era aquí donde Grant disfrutaba de su almuerzo dos veces por semana, sentado en su mesa reservada para él y su séquito. A veces cenaba solo. A veces cenaba con sus socios. Y cuando cenaba, rara vez le molestaban.

A la una de la tarde, el día siguiente al incidente en Macduff, Black entró en Giovanni's. Pidió un agua con gas y lima y se sentó en un taburete alto en la barra. Por un segundo, observó

su reflejo en la pared de espejo detrás de la barra. El rostro que le devolvía la mirada era de mandíbula cuadrada, atractivamente oscuro, con el pelo negro cortado corto, pero no era un rostro que reconociera. Este era un hombre de su pasado. Un pasado manchado de sangre y entrañas derramadas. De guerra y muerte. Un hombre que había matado con sus propias manos. Un hombre que podía extinguir la vida sin remordimientos.

Un asesino a sangre fría.

Llamó la atención de un camarero, un joven que no tendría más de veintiún años, que se acercó.

—¿Conoces a Peter Grant? —preguntó Black.

—Sí, señor —dijo el camarero.

—Creo que cena aquí a menudo.

El joven asintió.

—Así es. De hecho, está aquí ahora, en el restaurante, en su mesa habitual.

—Eso es bueno saberlo. ¿Dónde está su mesa habitual?

—En la esquina del fondo, a la derecha según entras. Pero le gusta su privacidad.

Black se encogió de hombros.

—¿A quién no?

El camarero inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

—¿Podrías hacer algo por mí? —preguntó Black.

—Por supuesto, señor.

Black se acercó más.

—Me gustaría enviar a la mesa del señor Grant una botella de Moët. ¿Podrías hacer esto por mí? Si pudieras mencionar que es cortesía de Adam Black, y si no es un inconveniente, que al señor Black le gustaría diez minutos de su tiempo.

—Ciertamente puedo hacer eso por usted. Pero de nuevo, tengo que decir que al señor Grant le gusta su privacidad. No puedo garantizar que acceda.

—No pierdes nada por intentarlo. Nunca se sabe, podría tener suerte.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Nathan había sido invitado a almorzar con Peter Grant en Giovanni's. Llegó y se unió a él en la mesa habitual, lo suficientemente grande para cuatro personas, con cierta privacidad garantizada por los paneles de roble a la altura del hombro. Su tío ya estaba allí, acompañado por su guardaespaldas omnipresente, Thor.

Enseguida notó que Grant estaba de buen humor. Ya había pedido, y un gran plato de ostras frescas sobre una cama de hielo picado se encontraba en el centro de la mesa. A su lado, una cesta de pan variado cortado y en un carrito lateral, salsa Tabasco, vinagre, sal marina, pimienta y gajos de limón. También había en la mesa botellas de agua con y sin gas.

Grant tenía una servilleta metida detrás del cuello, al igual que Thor, y estaba engullendo ostras cuando él llegó.

—Más vale tarde que nunca —dijo Grant entre risas—. Disfruta —añadió, señalando con la cabeza un lugar que ya había sido preparado para él.

Nathan se sentó y siguió su ejemplo, poniéndose una servilleta y tomando una ostra del plato y un trozo de pan blanco rústico de la cesta, que empezó a untar con mantequilla.

—Me alegra verte sonreír de nuevo —dijo—. Algo está pasando. ¿Quieres contármelo? ¿O debería adivinar?

—Adivina todo lo que quieras —respondió Grant.

—Tal vez tenga que ver con una gran cantidad de dinero transferida desde Gran Caimán.

—Has dado en el clavo —dijo Grant—. Hay mucho dinero lavado, y ahora mismo está en un lugar seguro. Muy pronto estará debidamente limpio, transferido y oliendo a rosas. Y cuando eso suceda, comenzará la montaña rusa, porque te encargarás de una buena parte. Una especie de gestor de cartera. Justo lo tuyo, Nathan, ¿verdad?

Nathan asintió.

—Por supuesto. No te defraudaré, tío Peter.

—Más te vale que no. Ya es hora de que pongamos ese título tuyo a buen uso —su voz bajó, casi a un susurro—. Se suponía que serían tú y Damian. Juntos, dirigiendo el cotarro. Pero no pudo ser. Lo que significa que tendrás que ocupar su lugar también. ¿Crees que estás a la altura?

Nathan asintió de nuevo.

—Lo estoy.

Los ojos de Grant se entrecerraron.

—Ya veremos. Si juegas bien tus cartas, nuestro dinero podría duplicarse en dos años. Quizás menos. Todo legítimo. Todo limpio como una patena. Así que creo que puedo permitirme tener una sonrisa en la cara. Ha tardado en llegar. ¿Qué tal están las ostras, Thor?

Thor, que estaba sentado a su derecha, con sus hombros masivos ocupando casi toda la

longitud de su lado de la mesa, mostró una amplia sonrisa.

—Deliciosas —dijo—. Tan buenas como las de Berlín —su acento era fuerte, su inglés entrecortado. Pero Grant captó la idea.

—¿Berlín? —replicó Grant, su rostro mostrando una falsa indignación—. ¿Me tomas el pelo? Déjame decirte algo. Escucha bien. Esta misma mañana, estas ostras que te estás metiendo por la garganta estaban tan tranquilas en alguna roca, en el fondo del agua, en un lugar llamado Loch Ryan. Las han recogido, entregado y servido, todo esta mañana. Esto es lo más fresco que encontrarás jamás. Esto es tan fresco como el aire de la montaña. Nada de porquerías congeladas. ¡Berlín! Increíble.

Dicho esto, Grant introdujo un pequeño cuchillo en la concha de la ostra, la soltó, roció salsa Tabasco, inclinó la concha hacia su boca y dejó que la ostra se deslizara por su garganta.

—No hay nada mejor que esto —dijo—. Pura clase.

Un camarero se acercó, sosteniendo un cubo de champán, y en él, una botella de Moët & Chandon. Los tres hombres levantaron la vista.

—Disculpe que le moleste, señor Grant. Cortesía de Adam Black. Se preguntaba si podría concederle diez minutos de su tiempo.

Grant pareció mirar al vacío por un segundo.

—Joder —susurró. Miró a Thor y luego le dijo a Nathan—. El tío tiene agallas.

—Sin duda —Nathan esperó, consciente de que su corazón latía como un tambor en su pecho. Esperó para ver qué haría Peter Grant.

Grant tomó otra ostra y comenzó a separar la carne de la concha con el cuchillo.

—Dile que venga —dijo.

CAPÍTULO CINCUENTA

El camarero tocó suavemente a Black por encima del codo.

—El señor Grant ha dicho que podrá recibirle. Si me sigue, le llevaré a su mesa.

—Gracias.

Black siguió al camarero, pasando por el bar y los reservados elevados, hasta llegar al restaurante. El camarero indicó discretamente una mesa en la esquina más alejada, diferente a las demás porque estaba rodeada por tres lados de paneles de madera maciza.

Black asintió. El camarero se marchó. Black se dirigió hacia allí. Sentía una extraña calma. Se estaba acercando al hombre que había orquestado el asesinato de su familia. Del mismo modo, este hombre estaba a punto de enfrentarse al individuo que había matado a su único hijo. Una simetría macabra, pensó. Pero la calma que ahora experimentaba no le era desconocida. La había sentido antes, en el campo de batalla, antes de matar.

Llegó a la mesa. Había tres hombres sentados. Reconoció a Grant inmediatamente, por sus fotos en los periódicos. A los otros no los conocía, aunque el que estaba frente a él era inusualmente corpulento. Guardaespaldas.

Black se dirigió a Grant.

—¿Puedo acompañarles?

Grant arrojó una concha de ostra vacía a un cuenco.

—Por favor. Las presentaciones: caballeros, este es el señor Black. Señor Black, este es Thor, y mi sobrino, Nathan.

Black se sentó. El hombre frente a él, Peter Grant, era delgado, bronceado y de aspecto muy en forma. Black sabía que tenía sesenta y cinco años, pero podría haber pasado por un hombre veinte años más joven: piel tersa, cabello gris abundante, pómulos altos, mentón firme. Ojos verdes astutos. Ojos que no se perdían el más mínimo detalle.

—Por fin nos conocemos —dijo Black.

El hombre grande de enfrente, Thor, se inclinó imperceptiblemente hacia adelante, colocando dos enormes manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo y los dedos extendidos. Estaba diciendo: estas manos le partirán la columna en dos, señor Black, si hace el más mínimo movimiento repentino.

Grant esbozó una sonrisa, revelando unos dientes blancos perfectos.

—Siempre íbamos a encontrarnos, tú y yo. Nunca esperé que fuera aquí. Tenía otros lugares en mente.

—¿Como cuáles?

Grant se encogió de hombros.

—Lugares menos civilizados, digamos.

—Lo entiendo perfectamente. Fue en un lugar así donde me tropecé con su primo, ¿Tommy Teacup? Un nombre pintoresco. Buen tipo. Una vez vino a por mí con un cuchillo. Yo le devolví el cumplido con un martillo.

La sonrisa en el rostro de Grant vaciló.

—Una pérdida trágica. Perder a la familia es una carga pesada de llevar.

—No podría estar más de acuerdo. Es algo que compartimos. Pero en el caso de Teacup, fue muy placentero. Como usted, no era más que otro gánster de poca monta, así que nadie le echará de menos —el tono de Black era casi afable—. Y nadie le echará de menos a usted cuando muera. Y espero que eso ocurra pronto.

Un temblor pareció recorrer el rostro de Grant. Black notó que el hombre grande de enfrente se tensaba. Pero sabía que, en este lugar lleno de gente, no podía hacer nada. Terreno seguro.

Grant dio un sorbo de agua mineral.

—Justo les estaba contando a los chicos sobre las ostras. Cómo esta misma mañana las recogieron de alguna roca, en lo profundo del agua. Debe de ser una vida de mierda, ser una ostra —dio otro sorbo, se lamió los labios con una lengua rosa y fugaz, y miró fijamente a Black, con la mirada clara e imperturbable. Su voz bajó a un susurro seco—. Ahí es donde acabarás, amigo mío. No te equivoques. En lo profundo del agua con las putas ostras. Solo que estarás muerto, y los cangrejos estarán masticando tus globos oculares. Y a eso le doy mi solemne puta promesa.

—Realmente no sé qué significa una promesa de un puto traficante de drogas de poca monta —respondió Black.

Grant sonrió.

Black le devolvió la sonrisa.

—Por cierto, Willard Chadwick le manda saludos. Al menos lo haría, si no fuera por la bala que le dejé en la cara.

Grant ladeó la cabeza, estudiando a Black como un artista podría estudiar su nueva composición.

—Eres un cabrón ocupado.

—Me gusta mantenerme ocupado. Cuando estaba en Afganistán, siempre estaba ocupado. Luchábamos contra los talibanes. Muyahidines. Guerreros santos, se hacían llamar. Independientemente de lo que uno pensara de ellos, eran unos cabrones duros. Tenían la capacidad de infundir verdadero miedo en sus enemigos, incluidos nosotros. Verdadero miedo. Esto podría interesarle, señor Grant, ya que el miedo y la intimidación son palabras clave en su línea de negocio. ¿Sabe cómo lo lograban?

—Continúa —dijo Grant—. Ilumínanos con tu sabiduría.

—Tenían dos ventajas. Una: no tenían hogar. Y así, como merodeadores, atacaban siempre en movimiento. Como los corsarios de antaño. Ese es un objetivo difícil. Y dos: no tenían nada que perder, así que no les importaba morir. La mayoría de estos hombres provenían de familias aniquiladas. Pueblos quemados, familiares asesinados. El ejército no puede lidiar con un enemigo así —era el turno de Black de bajar la voz a un susurro, como el crujir de hojas muertas en la brisa—. Nadie en el mundo puede lidiar con un enemigo así —añadió—. Y esas son las dos ventajas que poseo. No tengo nada que perder. Y aquí viene la mejor parte. Nunca sabrás cuándo ni dónde atacaré. No tengo miedo a morir. Soy tu peor puta pesadilla, señor Grant. Y voy a matarte. Eso es algo con lo que puedes contar.

Se hizo el silencio. Thor miró a Grant en busca de una señal. El otro hombre, Nathan, permaneció inmóvil, repentinamente pálido, con la sangre drenada de su rostro. En un estado de

leve conmoción. Nunca había oído a nadie hablarle así a su jefe. Grant frunció los labios, como si estuviera meditando las palabras de Black. Luego asintió, como si hubiera llegado a alguna conclusión interna.

—Eres hombre muerto, Black. Tu sentencia de muerte está firmada, sellada y entregada. No será rápido, como tu mujer e hija. Aunque oí que tu hija, ¿Merryn?, suplicó por su vida. Jodidamente suplicó. Debió ser horroroso para la niña ver a su madre abatida frente a ella como una perra.

Black esperó unos segundos. Luego habló.

—Nos volveremos a ver pronto. Tu amigo grandullón debería secarse la cara.

Los rasgos toscos de Thor se arrugaron de perplejidad. Black cogió el vaso de Grant y le arrojó el agua a la cara a Thor.

—¡Tranquilo, Thor! —espetó Grant.

—Tranquilo, Thor —Black agarró un tenedor largo de mango plateado y apuñaló a Thor a través de una de sus manos. Penetró carne, sangre y hueso, atravesando el mantel y clavándose en la madera de la mesa, donde quedó erguido.

Thor soltó un grito abrupto, mirando con los ojos muy abiertos el utensilio clavado limpiamente.

Black se puso de pie.

—Espero no haber estropeado su almuerzo —el mantel bajo la mano de Thor estaba floreciendo con una brillante mancha rosada—. No te manches de sangre la ostra. Ya nos veremos, señor Grant.

Hizo un gesto cortés con la cabeza a los tres hombres sentados y se marchó.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

La una de la madrugada del día siguiente.

El Travellers Inn era un edificio de diez plantas situado a un kilómetro del aeropuerto, en medio de un parque comercial. Un edificio anodino y poco destacable. La planta baja constaba de un restaurante compacto, un pequeño bar y un salón. Dos recepcionistas atendían el mostrador durante el día. El cambio de turno se producía a las siete de la tarde. Un recepcionista diferente se sentaba junto al mostrador durante la noche, acompañado de un conserje. Había un ascensor y una escalera para quienes gustaban de hacer ejercicio o para casos de incendio. Había veinte habitaciones en cada planta. El hotel lo utilizaban principalmente huéspedes de negocios en viajes cortos, que llegaban y se iban en avión. La gente iba y venía. Desconocidos de paso. Desayunaban en silencio y luego desaparecían. El bar se usaba para tomar una o dos copas rápidas, pero rara vez para sesiones de bebida prolongadas. Era funcional. Sin lujos.

Black tenía una habitación en la cuarta planta. La entrada principal se cerraba a medianoche y el acceso se realizaba mediante tarjeta electrónica, la misma que se utilizaba para entrar en su habitación.

Nathan Grant había reservado varias habitaciones en la planta inferior, bajo nombres ficticios. Una convención de seguros en el centro de la ciudad, había explicado de manera informal. Esto se había organizado solo el día anterior. Como resultado de la reunión en el Giovanni's, los planes se habían acelerado repentinamente por orden de un Peter Grant enfurecido.

Nathan conocía el número de habitación de Black. Su tío, misteriosamente, disponía de esta información, cuya fuente se había guardado para sí mismo. Black no se había molestado en usar una identidad falsa, y Nathan se preguntaba por su ingenuidad. Supuso que Black se sentía seguro, lo que solo podía jugar a su favor. La misión era brutalmente simple. Black debía ser liquidado. En su habitación. Esa noche. Thor debía hacer el trabajo, acompañado por otros dos tipos duros, fiables cuando se trataba de infligir violencia. Nathan esperaría en el aparcamiento. Fácil. En teoría.

Llevaba esperando en el aparcamiento junto a la puerta principal, lo suficientemente cerca para ver entrar y salir a la gente, pero lo bastante lejos para no llamar la atención. El coche, un Vauxhall Astra negro, similar a otros millones, no se podía rastrear hasta él ni hasta nadie relacionado con él. En una hora, lo dejarían en un descampado a kilómetros de distancia, quemado y abandonado. En el asiento del copiloto, la figura imponente de Thor, vestido con traje y corbata. Con sus dos metros de altura, iba sentado con la cabeza encogida contra el techo del coche, una venda envuelta en la mano, cortesía de Adam Black. Thor estaba inquieto, apenas capaz de contener su rabia, murmurando entre dientes en su lengua materna. Aunque las palabras

"maldito cabrón" eran fáciles de entender. Dos hombres estaban sentados atrás, también vestidos elegantemente con trajes. Vendedores de seguros que volvían tarde. Nada sospechoso. Todos ellos regresando a sus habitaciones reservadas.

Black había entrado en el edificio una hora antes. Era el momento.

A pesar de la aparente simplicidad, Nathan tenía sus dudas. El estómago le daba vueltas de los nervios. Tamborileó con los dedos en el volante, ansioso. Los tres hombres en el coche eran sumamente capaces, especialmente Thor. Pero Black era un adversario formidable. Recordó la conversación anterior. Black había dicho que no tenía nada que perder. No tenía miedo a morir. Nathan sospechaba que su tío nunca se había enfrentado a un enemigo así. Un enemigo no motivado por el dinero o el poder. Un enemigo que solo tenía una cosa en mente. Venganza.

Thor cogió una bolsa negra a sus pies, la abrió y sacó tres pistolas y tres objetos de forma cilíndrica. Silenciadores. Los distribuyó entre los hombres de atrás, uno se lo quedó él, metiéndolo en una funda lateral oculta bajo su chaqueta; el silenciador lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Habitación ochenta y tres. Cuarta planta. ¿Estáis listos para esto? —gruñó Thor—. Le romperé el puto cuello.

—¡No, no lo harás! —espetó Nathan—. ¡Nada de dramatismos! Nada de alboroto. ¿Entendéis? Entráis, disparáis y os vais. Se supone que debe ser un asesinato limpio y sencillo. Entrar y salir. Lo matáis y os largáis. Yo estaré esperando. Un asesinato limpio.

El músculo de la mandíbula de Thor se crispó.

—Así no tiene gracia.

—No se supone que tenga que ser divertido. Se supone que es un puto trabajo. Concentraos y hacedlo.

Nathan le entregó la tarjeta de entrada. Thor la cogió, salió del coche seguido por sus dos cómplices. Nathan los vio entrar en el hotel y respiró hondo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Los tres hombres entraron por la puerta principal del hotel. El conserje estaba ausente. El recepcionista apenas levantó la cabeza, absorto en su móvil. Black observó al trío entrar desde un rincón tranquilo del vestíbulo. Era poco después de la una de la madrugada, y él era la única persona allí. El bar había cerrado hacía una hora. Les vio tomar el ascensor. Tan pronto como las puertas se cerraron, se movió rápidamente, subiendo por las escaleras de emergencia. Tenía una buena idea de adónde se dirigían.

Los tres hombres llegaron a la cuarta planta. El pasillo era como mil otros pasillos de hotel: moqueta beige, papel pintado pálido e insulso, cuadros olvidables en la pared. Decorado en colores de completa neutralidad. Encontraron la habitación de Black. Desenfundaron sus armas, colocaron los silenciadores, todo ejecutado rápidamente y al unísono, realizado por hombres competentes en su oficio.

Thor dio un paso adelante y disparó al pomo de la puerta, el sonido amortiguado, como una tos ahogada. Pateó la puerta para abrirla y entró, seguido de cerca por los otros. Estaba oscuro, las cortinas cerradas. Había una cama, una forma visible bajo las sábanas. Se colocaron alrededor y dispararon, cinco tiros cada uno, cinco ráfagas rápidas y secas. Thor se estiró y apartó las sábanas. Almohadas colocadas en fila.

—¡Joder! —gritó Thor.

Black apareció en el umbral, agachado, y entró en la habitación. Los tres hombres se giraron bruscamente. Black apuntó su arma y disparó una vez. Sin el beneficio de un silenciador, y en el espacio reducido de la habitación, el sonido de la bala al dispararse fue como el estallido de un petardo. Como una explosión. Uno de los hombres salió volando hacia atrás, la parte superior de su cabeza destrozada, chocando con Thor, ambos hombres cayendo al suelo. El otro hombre apuntó, disparó, pero estaba oscuro y Black era un objetivo en movimiento.

La bala falló, arrancando un trozo de la puerta del armario sobre la cabeza de Black. Black se abalanzó hacia adelante, disparando mientras corría, dos balas atravesando la garganta del hombre, haciéndole girar, salpicando sangre en las paredes y la cama, como pintura sacudida de un pincel. Black se quedó sin balas. Thor se puso de pie, quitándose de encima a su amigo muerto. Apuntó su pistola, pero Black estaba sobre él, golpeando el arma de su mano, enviándola a volar. Thor golpeó a Black con fuerza en la cara. Su puño se sentía como hormigón. Black quedó aturdido, tambaleándose hacia atrás sobre un pie. Pero lanzó su puño, alcanzando a Thor en el lado de la cabeza. Thor lo ignoró, moviendo la cabeza como si le molestara una mosca. Black siguió instantáneamente con un golpe de derecha en la barbilla de Thor. No tuvo ningún impacto. Como golpear el tronco de un árbol.

De repente, Thor saltó hacia adelante, rugiendo mientras lo hacía, desconcertantemente

rápido para un hombre de su tamaño, con ambos brazos abiertos. Black golpeó de nuevo en la cara, alcanzando el ojo izquierdo, pero fue atrapado en un abrazo de oso. Levantó una rodilla, presionándola contra la pelvis de Thor para evitar ser aplastado. Thor apretó su agarre. Estaba sonriendo.

—Voy a exprimírte la vida —dijo.

Black nunca había encontrado tal fuerza. En tres segundos, su columna se rompería. Con un esfuerzo desgarrador, tiró hacia atrás contra el agarre de Thor, usando su rodilla como palanca. El agarre se aflojó. Black aprovechó el momento para balancear su cabeza y propinar un crujiente cabezazo, justo en la boca de Thor. Sintió los dientes crujir. Thor soltó su agarre, dio un paso atrás, sacudió la cabeza, avanzó de nuevo, levantando los brazos. Black golpeó su ojo izquierdo; una mano enorme atacó su cuello. Black se hizo a un lado, su hombro absorbiendo el golpe. Saltó hacia adelante, como un placaje de rugby, empujando su cuerpo contra el estómago de Thor, que estaba marcado con músculos y duro como el roble.

Thor se tambaleó hacia atrás, mantuvo el equilibrio, levantó una rodilla, golpeando a Black en el pecho. Black agarró la rodilla, la torció hacia un lado, retorciendo los ligamentos. Thor gruñó de dolor, pero se estiró y de alguna manera atrapó a Black en una llave de brazo. Black dejó que sus rodillas se aflojaran, luego saltó hacia atrás en una especie de media voltereta loca, liberando su brazo. Thor perdió el equilibrio, se tambaleó hacia atrás contra las cortinas cerradas; Black saltó hacia adelante, pateando a Thor con fuerza en el abdomen. Thor se dobló, pero lanzó un brazo, alcanzando a Black en las costillas. Black contuvo la respiración, sin aliento, clavó su codo en la garganta de Thor. Thor soltó un jadeo entrecortado, se ahogó, momentáneamente distraído. Black pisó algo: la pistola, antes propiedad del hombre con la mitad de sus sesos en la pared del dormitorio. La agarró, justo cuando Thor venía tambaleándose hacia él. Black levantó la pistola y disparó una vez, a quemarropa en la cara de Thor. En la fracción de segundo entre la descarga de la bala y su impacto entre los ojos de Thor, Black tuvo una imagen fugaz de las facciones de Thor atrapadas en una incredulidad horrorizada.

Thor fue derribado, la parte posterior de su cabeza una repentina erupción de sangre, la fuerza propulsándolo a través de las cortinas y a través de la ventana del cuarto piso. Black se inclinó: abajo, Thor yacía desplomado en el aparcamiento, todo extremidades y sangre, la cabeza hecha añicos, el cuello torcido en un ángulo grotesco.

Black vio un coche alejarse a toda velocidad. Buena idea, pensó.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Grant no durmió aquella noche. Estaba en su invernadero, envuelto en sombras. Necesitaba oír a Nathan pronunciar esas dulces palabras, anunciando la muerte de Adam Black. Lo necesitaba desesperadamente, como un picor que no podía rascarse. Desde su encuentro en Giovanni's, todo había subido varios niveles. Los insultos le habían molestado, pero los insultos no podían hacerle daño. Sin embargo, cuando Black dijo que había conocido al contable —Willard Chadwick— el asunto se volvió repentinamente urgente.

Chadwick era un bocazas en el mejor de los casos. Dios sabe qué le habría contado a Black. Grant no podía arriesgarse. Tenía que hacer avanzar las cosas. Y la única forma en que Grant podía asegurarse de que Black no interfiriera era matándolo, de una vez por todas. Eliminarlo, como un cáncer, antes de que su infección se propagara.

El teléfono en el reposabrazos de su silla vibró. Grant lo cogió inmediatamente. Era la voz jadeante de Nathan, agitada, y Grant supo al instante que las cosas iban mal.

—Es un desastre —jadeó Nathan—. Thor está muerto. Tirado en el aparcamiento con la cabeza destrozada. Los otros dos probablemente estén muertos. ¡No pude esperar. Todo es un desastre!

Grant colgó. Contempló sus exquisitos jardines, iluminados por suaves farolillos azules y verdes, cuyos delicados tonos y sutiles matices no ofrecían consuelo alguno. Inspiró profundamente, exhaló lenta y prolongadamente, calmándose. No sintió remordimiento por la pérdida de su guardaespaldas. Un hombre así era prescindible. Su repentina ausencia era, como mucho, una molestia. Grant marcó otro número, que fue contestado inmediatamente, y dio sus instrucciones.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Black se dirigió directamente de vuelta a su hotel. Su otro hotel. Había mantenido la habitación en el Travellers Inn, pero se había registrado en otro nada más regresar de Macduff. Su intuición había dado sus frutos, sus sospechas se habían confirmado.

Llegó al hotel, un lugar llamado Express Lodges en la zona sur de Glasgow, limpio y relativamente barato, y se retiró inmediatamente a su habitación en el segundo piso, donde examinó sus heridas: moratones en las costillas y el cuello, pero nada grave. Un poco de molestia durante unos días. Sus enemigos habían salido mucho peor parados. Su hombro se estaba agarrutando; su labio estaba hinchado donde el hombre llamado Thor le había golpeado. Nada catastrófico. Desde luego, nada que le frenara.

Había resultado ser un encuentro provechoso. Se había hecho con un par de pistolas, completas con silenciadores. Dos Glocks. Armas de mano. Potentes, eficaces, caras. Grant no estaba escatimando en gastos para orquestar la muerte de Black.

Se duchó y se dejó caer en la cama. Eran las 3 de la madrugada. En los últimos siete días, había matado a ocho hombres. Hombres que no significaban nada para él. Pero supuso que Peter Grant estaba empezando a hacerse una idea. Adam Black no iba a desaparecer.

Dejó encendida la luz de la mesilla y se quedó mirando al techo. Estaba agotado. Su mente divagó hacia su mujer e hija. Sus rostros oscilaban ante él, borrosos y poco claros. No podía imaginarlos con exactitud. Una expresión, una sonrisa, una mirada de reojo, una risa. Les había fallado, y por eso, su culpa era profunda e inconsolable. Inocentes a los que se les permitió ser masacrados por un psicópata. Black, incluso en su agotamiento, sintió que su ira se agitaba. Una ira salvaje y cruda. Solo se satisfaría cuando arrancara el corazón de Grant de su cuerpo. Black cayó en un sueño inquieto.

Se despertó, no por su alarma, sino por el sonido de su teléfono móvil. Solo una persona tenía su número. Miró el nombre que aparecía en la pantalla, dudó, y luego contestó.

—¿Simon?

—Pensé que no contestarías —dijo Simon.

Black se puso alerta al instante. Era Simon Fletcher, su compañero, su voz agitada, en pánico.

—¿Qué pasa, Simon?

—Todo. ¿Dónde estás?

—En un lugar seguro. No tienes que preocuparte por mí.

Escuchó la respiración pesada y entrecortada de Fletcher al otro lado, como si hubiera estado corriendo. Black reconoció el sonido, un eco de un encuentro anterior. Fletcher había mostrado los mismos síntomas nerviosos cuando describió el descubrimiento del cuerpo de John Wilson,

colgado por el cuello en su sala de estar.

—Tenemos que vernos. Por favor.

—¿Qué pasa, Simon?

—Esta noche. ¿A las siete? Se la han llevado.

Black tuvo que pensar. Su piel se erizó. Respondió con un tono de voz cortante.

—¿Quiénes son ellos?

—La gente a la que has molestado. Han dicho que matarán a mi familia —Un profundo suspiro entrecortado—. Tienen a Katie, joder. Por favor, Adam. No sé qué demonios está pasando, pero han dicho que si llamo a la policía, la matarán. ¡La matarán! ¿Qué se supone que debo hacer?

Black seguía cansado, aún no había amanecido, y había matado a tres hombres hacía solo unas horas. Se obligó a concentrarse.

—¿Katie? —Era la hija menor de Simon. Doce años. A punto de empezar la secundaria.

Respiración. Luego:

—Han dicho que van a matarla —El tono de voz de Simon cambió a un monótono plomizo, como si le hubieran succionado toda la vida—. ¿Has oído eso? Matar a mi hija. A menos que encuentre una manera de...

—¿Qué?

—... de conseguir que te entregues. Tengo que llamar a la policía. Esto es una locura.

—No llames a nadie —respondió Black, su voz inexpresiva, sin emociones—. Si lo haces, entonces tienes razón. Tu hija morirá. Y te matarán a ti también. Es a mí a quien quieren. Nos veremos. En la oficina a las siete. No hables con nadie. Se me ocurrirá un plan. Saldremos de esta, Simon. Te lo prometo.

Black colgó. De repente, las apuestas en el juego se habían elevado. Pero era un juego al que estaba dispuesto a jugar.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Las oficinas de Wilson, Fletcher y Compañía ocupaban toda la primera planta de un gran edificio de tiendas y oficinas justo al lado de Renfield Street, en el centro de Glasgow. Arquitectura victoriana del siglo XIX en su máximo esplendor: paredes de arenisca roja pulida, tejado a dos aguas, ventanas de arco alto. En el interior, un amplio conjunto de habitaciones; seis despachos separados para socios y asistentes legales, una sala de reuniones que hacía las veces de biblioteca, una sala de secretariado, una sala común, dos aseos y duchas. Una pequeña placa de latón en la pared junto a la entrada principal era el único elemento que anunciaba su existencia. Eso, y unas letras blancas en las ventanas de la primera planta. En la planta baja había un restaurante de tapas español, un moderno bar de vinos y una tienda de deportes. Había un ascensor y escaleras, y un único conserje atendía la recepción principal hasta las cinco y media. Había dos plantas por encima de Wilson Fletcher, ocupadas por contables, tasadores y dos agentes de seguros.

Black aparcó su coche a unos cuatrocientos metros y fue andando. Llegó media hora antes y bien armado. En cada bolsillo del abrigo llevaba una Glock. Había prescindido de los silenciadores; podían reducir el ruido de un disparo, pero afectaban a la precisión. Si Black disparaba, necesitaba certeza. La bala tenía que dar en el blanco. Llevaba tres cuchillos, uno en el bolsillo interior de la chaqueta, otro en el bolsillo del pantalón y una navaja automática metida bajo el calcetín, pegada a la piel con cinta adhesiva. Era un arsenal andante. Se acercó a la entrada de sus oficinas con cautela. Eran las seis y media de un jueves por la tarde, hacía frío y ya estaba oscureciendo. El lugar estaba tranquilo. Se animaría en un par de horas, cuando la gente saliera a cenar y a beber.

Black examinó la calle. Nada fuera de lo normal. Era posible que un tirador estuviera apostado en una azotea o apuntando a través de una ventana abierta desde una oficina adyacente. Escrutó los alrededores. No había azoteas que permitieran un tiro limpio. Las ventanas del bloque de enfrente estaban todas cerradas, por lo que pudo ver. Aun así, se mantuvo en las sombras, pegado a la pared, acelerando el paso hasta marchar, con los nervios a flor de piel. Mantenía las manos en los bolsillos del abrigo, aferradas a las pistolas. Había coches aparcados a ambos lados de la calle, todos vacíos. Se preparó para una puerta que se abriera de repente, para el estallido de una semiautomática disparando en su dirección. Llegó a la entrada principal. Tenía una llave. Abrió la pesada puerta de madera, entró, con los sentidos agudizados. Hasta ahora, todo bien.

Las luces estaban encendidas en la zona de recepción, lo que no era inusual. Como era de esperar, el mostrador estaba vacío. Black se detuvo, esforzándose por oír el más mínimo sonido, el roce de un movimiento. Silencio.

No se atrevía a coger el ascensor. Tomó las escaleras, subiendo de puntillas, pegado a la barandilla, silencioso como una sombra. Sostenía una Glock en la mano derecha.

Llegó a la primera planta. Ni rastro de nadie. Abrió la puerta cortafuegos y salió a un pasillo enmoquetado. En una pared estaba el nombre de su empresa, en grandes y gruesas letras negras, y junto a él, la única puerta de entrada y salida del conjunto de oficinas. Experimentó una breve y extraña sensación al ver el nombre de la empresa. Un recuerdo de una vida pasada muy alejada del presente. Una vida a la que probablemente nunca podría volver, y ahora era un espectador, hurgando en las ruinas de su existencia anterior.

Se detuvo, esforzándose por oír algo. Cualquier cosa. Pero no había ningún sonido. Se agachó, abrió suavemente la puerta. Se deslizó en la zona de recepción principal. Todas las luces estaban encendidas. Ahora tenía ambas pistolas fuera, no muy diferente a los pistoleros de las películas del Oeste. Un sonido retumbaba en su cabeza: su latido.

El lugar estaba limpio y ordenado. Todo en su sitio. La vida continuaba, reflexionó.

Un sonido proveniente de la sala de conferencias, al final de un pasillo a solo veinte metros. Un sollozo. Luego, cristal rompiéndose. Con los nervios a flor de piel, Black se deslizó por el pasillo. Llegó a la puerta de la sala de conferencias, entreabierta. La empujó suavemente para abrirla más, con ambas pistolas apuntando hacia delante. Entró. Nada había cambiado; las estanterías de libros de derecho, la larga mesa rectangular de conferencias, donde se había sentado mil veces con clientes discutiendo asuntos legales, el aire cargado con los restos de café recién hecho. Todo parecía a años luz de distancia. Sentado al final de la mesa, fumando un cigarrillo, estaba Simon Fletcher. Sobre la mesa, frente a él, había un cenicero ya lleno de colillas y una botella de whisky medio vacía. Fragmentos de cristal roto brillaban sobre la superficie de la mesa.

Fletcher miraba fijamente a la pared contigua, rodeado de humo, aparentemente sumido en sus propios pensamientos.

—Hola Simon —dijo Black.

Fletcher se sobresaltó.

—Adam. Me has asustado.

Black rodeó la mesa para sentarse a dos asientos de Fletcher, de espaldas a las estanterías, mirando hacia la puerta.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Black.

Fletcher apagó su cigarrillo y encendió otro con un mechero de plástico barato, con las manos visiblemente temblorosas.

—Gracias. Estás temblando.

—No me extraña —dijo Fletcher, dando una profunda calada y fijando su mirada en Black—. El mundo está en llamas.

—El mundo siempre está en llamas —respondió Black—. Simplemente vives con ello.

—¿Simplemente vives con ello? ¿En serio? ¿Es eso lo que estás haciendo?

—Tu hija. Grant la tiene. Eso es lo que dijiste.

Fletcher cogió la botella y dio un trago de whisky, con el rostro contraído.

—Odio esta porquería. Sabe a mierda —estiró la botella hacia Black—. Toma un poco.

—La gente no para de ofrecerme whisky. No, gracias.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Veinte años? ¿Veinticinco? Todo se mezcla, ¿no crees? Hasta que te olvidas.

—¿Olvidarte de qu

—Olvidarte de lo que está bien y lo que está mal.

—Puede ser una línea muy fina. Entonces, ¿tu hija?

Fletcher clavó una mirada vidriosa en Black.

—Seguro que has cruzado esa línea antes. En Afganistán. Donde no hay reglas. No me digas que no.

—Siempre hay reglas, Simon. No importa dónde estés. Ya sea por fuera o en tu interior. Solo depende de si estás dispuesto a romperlas.

—Menuda respuesta más superficial.

—Es la verdad.

—Todo este maldito asunto se ha ido de las manos.

—¿Qué se ha ido de las manos, Simon?

Fletcher apartó la mirada para fijarla en el suelo.

—¡Esto! —agitó el brazo vagamente a su alrededor—. ¡Todo!

Black permaneció en silencio durante varios segundos. Luego habló, con voz suave y tranquila.

—¿Siempre has trabajado para Grant?

Un ruido del exterior, cerca de la entrada. Un roce de movimiento, el casi imperceptible sonido de pasos cautelosos. Ahora Black escuchó susurros bajos y urgentes.

—Lo siento, Adam. Pero tenía que llegar a esto. No había otra manera.

—Yo también lo siento. Pero siempre hay otra salida —apuntó una de las pistolas hacia la puerta de la habitación, manteniendo un ojo en la entrada y el otro en Fletcher.

—Escuché el nombre Abacus en el despacho de un contable llamado Chadwick —dijo Black—. Me sonó familiar. Estaba seguro de haber visto un archivo en tu despacho con el mismo nombre de cliente. Pero no quería creerlo. Y luego anoche. Solo tú sabías que me alojaba en el Travellers Lodge. Pero seguía sin querer creerlo. ¿Y John Wilson? ♦♦♦Qué pasó allí?

Fletcher bajó la mirada, fijándola en el cristal roto, con el rostro inexpresivo.

—¿John? —Fletcher soltó una risa hueca—. Un cabrón codicioso es como describiría a John Wilson. Lo descubrió. Cuando lo hizo, quiso una parte. Una parte bastante grande. Un hombre como Peter Grant no tolera cosas así. No por mucho tiempo. Pero tú ya sabes todo sobre eso. Ya has probado el alcance de su rencor.

Black ignoró el comentario.

—John se enteró de lo de Abacus. Descubrió que ibas a blanquear millones y quería su parte.

Black vislumbró una sombra en la puerta. Intentó mantener la voz bajo control. Necesitaba una información crucial.

—Y los policías en la comisaría. Aquella noche en la sala de interrogatorios. El inspector Patterson te estaba esperando. Esperando instrucciones.

Fletcher asintió, con el habla algo pastosa.

—Grant te quería en la calle. Tiene muchos amigos poderosos en altas esferas, y así se arregló. El puñetero mago con su varita. La agita y ocurre la magia. Ni de coña ibas a ser acusado. Grant quería venganza. Y quería vía libre para llevarla a cabo. No quería que el sistema judicial se interpusiera. Yo fui el mensajero. Grant supo que fuiste tú quien mató a su hijo media hora después de que lo hicieras. En cuanto la policía te tuvo en el calabozo y supieron quién eras, llamaron a Grant. Y Grant me llamó a mí. ¿Quieres oír algo gracioso?

—Claro —dijo Black. Sus nervios estaban a flor de piel. Oyó voces. Calculó que había cuatro, quizás cinco hombres, esperándole. Sin duda armados hasta los dientes.

—Grant pensó que habías matado a su hijo para llegar a él. Como trabajamos en la misma empresa. Creyó que sabías de su pequeño plan y que intentabas meterte —agitó las manos,

derramando whisky de la botella—. ¡Pero todo fue una maldita coincidencia! ¡Un acto aleatorio de Dios! Se lo dije. Se lo dije, joder. ¡Todo es un puto desastre!

—Ya lo creo. ¿Qué sacas tú de esto, Simon? ¿Qué pasa con tu mujer, tus hijos?

—Me llevo el quince por ciento de cuarenta millones de todas esas cuentas bancarias. Haz los cálculos. Puedo comprarme un nuevo futuro. La mujer y los críos, bueno, encontraré otra mujer y tendré nuevos hijos, en algún sitio con playa de arena, brisa cálida y cócteles junto al mar.

—Y podrás nadar con los puñeteros delfines. Entonces, ¿cómo? ¿El dinero se blanquea a través de la cuenta de clientes de la empresa? ¿Todo delante de mis narices?

Black hablaba rápido. Se le acababa el tiempo.

Fletcher dio una larga calada.

—Soy el socio de la caja, Adam. Soy yo quien revisa las cuentas. Todo esto se ha planeado durante meses. Aunque hubieras estado en la oficina, el dinero habría pasado por nuestra cuenta y no te habrías enterado de nada. Da la casualidad de que tenías ciertas distracciones que te mantenían ocupado. El Colegio de Abogados auditará las cuentas dentro de seis meses. Para entonces yo estaré bien lejos, el dinero disperso y Peter Grant intocable.

—Y yo me quedaría mirando a diez años por blanqueo de dinero. Gracias por eso.

—Eres lo que se llama daño colateral. Todo es teórico. ¡Por qué cojones tuviste que matar al hijo de Grant!

—Las cosas pasan —Black miró a Fletcher directamente a los ojos—. Si el dinero está en nuestra cuenta de clientes, vamos a repartirlo. Que le den a Peter Grant. Que les den a todos. Con esa cantidad de dinero, podríamos desaparecer.

Fletcher soltó una risa amarga.

—¿En serio? No tengo ganas de morir, Adam. No como tú. El dinero se habrá ido mañana, a varias fuentes, y entonces estará todo limpio.

—¿Y qué hay de Jennifer y Merryn? ¿Qué pasa con ellas? ¿Dónde encajan?

Fletcher dio otro trago a la botella de whisky.

—No tenía ni idea de que llegaría tan lejos. De verdad que no.

Black asintió.

—Lo entiendo. Un consejo. No llares a alguien "daño colateral" cuando tiene una pistola. Lo siento, Simon.

Black disparó a Fletcher dos veces en el pecho, el ruido fuerte y seco. Fletcher salió volando de la silla, en medio giro. Black se puso de pie, dio un paso adelante y vació otra bala en su cabeza, para asegurarse. Fletcher le había dado la información que necesitaba.

Había merecido la pena el riesgo.

Ahora tenía a Grant donde le dolía.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Nathan y seis hombres estaban agrupados fuera de la puerta de la sala de conferencias, cada uno llevando una pistola semiautomática, incluido él mismo. No estaba acostumbrado a este lado del negocio. El arma se sentía como un objeto extraño en su mano. A un millón de kilómetros del ambiente cerrado de la biblioteca universitaria. Pero las órdenes eran órdenes. Estaba aquí. Tenía un trabajo que hacer. De ninguna manera Black iba a salir de esta. La trampa estaba tendida. Black era hombre muerto.

Escuchó los disparos, tres en total. Era difícil no oírlos. Resonaron por toda la oficina como tres truenos. Nathan hizo un gesto a uno de sus hombres para que echara un vistazo por la puerta de la sala de conferencias. El hombre lo hizo, solo una fracción. Hubo un disparo inmediato, la puerta rebotó, la bala del arma de Black la destrozó y, en el proceso, destripó el lado de la cara del hombre, derribándolo al instante.

—¡Joder! —exclamó Nathan.

—Joder es la palabra —respondió Black desde la esquina más alejada de la habitación—. Tengo muchas más balas. Será mejor que llames a Grant. Dile que Fletcher está muerto. Dile que yo maté al cabrón.

—¡Estamos aquí por ti, Black! Ya sea que Fletcher esté vivo o muerto, no cambia nada. Así es como tiene que ser.

—Podría marcar la diferencia para Grant. Sin mí, no puede conseguir su dinero. Dile que sé sobre Abacus. Dile que los fondos están en nuestra cuenta de cliente. Dile que solo dos personas en todo el puñetero mundo conocen la contraseña de la cuenta. Simon Fletcher, que yace a mis pies con varias balas en el cuerpo. Y yo. Dile eso, y si aún estás de acuerdo en matarme, entonces has firmado tu propia sentencia de muerte.

Nathan escuchó, tratando de asimilar esta repentina nueva información, con la cabeza dando vueltas por la indecisión. ¿Estaba Black intentando engañarle? Su tío era reservado; Nathan no conocía toda la extensión de sus intereses comerciales. Pero era consciente de que se estaban moviendo cantidades masivas de dinero de forma inminente. Sabía que involucraba a una empresa llamada Abacus. Y sabía que Simon Fletcher estaba involucrado. Ahora Fletcher estaba muerto.

Nathan marcó la marcación rápida en su móvil, y el tono agudo de su tío respondió.

—¿Y bien? ¿Está hecho?

—Lo tenemos acorralado en su despacho. No va a ir a ninguna parte.

—¡Eso no es lo que pregunté! —ladró Grant—. ¿Por qué no respondes simplemente a la puta pregunta, Nathan? Así que no está hecho. En ese caso, ¿por qué me llamas?

—Ha habido un imprevisto.

—¿Cuál es?

—Dice que ha matado a Simon Fletcher. Dice que solo él y Fletcher conocen, conocían, la contraseña de la cuenta de cliente. ¿Qué quieres que haga?

Siguió un silencio. Nathan sintió que casi podía oír los engranajes en el cerebro de su tío hacer clic y rechinar.

—Mató a su propio socio —dijo Grant al fin, su voz sorprendentemente calmada—. Su mejor amigo. No vi venir eso. Está lleno de sorpresas.

Nathan esperó.

—No lo mates. Captúralo. Lo necesito vivo. Necesito confiar en que puedes hacer eso.

Grant colgó. Nathan contempló la situación en la que se encontraba y pensó: ¿cómo demonios capturas a un hombre como Adam Black?

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Nathan hizo retroceder a sus hombres de la puerta, que colgaba de sus goznes tras el disparo de Black. En el suelo yacía un hombre con la mitad de la cabeza destrozada, también obra de Black.

Nathan avanzó con cautela.

—He hablado con Peter Grant. Quiere hablar contigo. No te harán daño. Solo quiere charlar.

—¿Me das tu palabra de honor?

Nathan captó el sarcasmo, pero tenía que responder.

—Por supuesto.

—Déjame pensarlo.

De repente, se oyó el estruendo de una ventana al romperse. Nathan dudó. Estaban solo en el primer piso. No era descabellado que Black pudiera saltar por una ventana y sobrevivir a la caída.

—¡Mierda!

Hizo un gesto a sus hombres para que entraran, cinco individuos armados, con Nathan detrás. La ventana había desaparecido, con trozos de cristal esparcidos por la alfombra. Una silla estaba volcada a su lado. Uno de sus hombres se apresuró hacia el hueco y miró hacia abajo.

—¿Está ahí? —preguntó Nathan.

—Estoy justo aquí —dijo una voz suave desde la esquina opuesta de la habitación.

Todos se giraron para encontrarse con Black, agazapado en las sombras, con una Glock en cada mano apuntándoles. Disparó, moviéndose al mismo tiempo, protegido por la pesada mesa de madera. Nathan observó, paralizado, cómo tres de sus hombres caían al suelo, sus torsos acribillados a balazos. Los otros lograron disparar, pero Black era un blanco en movimiento y los disparos fallaron. Nathan se lanzó al suelo, refugiándose bajo la mesa. Black pasó corriendo junto a la puerta y salió de la habitación.

—¡Id a por él, joder! —gritó Nathan.

Los dos hombres restantes corrieron tras él, para ser abatidos al instante al salir de la habitación, cada uno con un tiro en la cabeza. Black no había huido. Les había esperado en el pasillo de fuera.

—Dios mío —murmuró Nathan. Él no era un luchador. Ni mucho menos. Era el que daba las órdenes, por mandato de su tío. Este no era su lugar. No era el indicado para involucrarse de cerca. Estaba tan asustado que sentía que sus intestinos podrían aflojarse allí mismo.

Esperó, observando bajo la mesa a que Black entrara.

Quizás podría dispararle a los pies, pensó. Pero si fallaba...

Esperó, un minuto, dos. Levantó la cabeza por encima del borde de la mesa. Nada. Silencio. Se puso de pie, con el cuerpo en una quietud absoluta. El lugar era una carnicería. Cuerpos y

sangre por todas partes, cristales y muebles destrozados. Libros hechos trizas. Agujeros de bala en las paredes.

Nathan se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Exhaló lentamente.

De repente, su teléfono móvil vibró, rompiendo el inquietante silencio. Levantó la mano bruscamente y miró el nombre que aparecía en la pantalla. Era Peter Grant.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Os entrenamos principalmente por dos razones. Para matar. Y para resistir.

Black esperaba junto a la puerta de la sala de conferencias —o lo que quedaba de ella—, pegado a la pared, con el arma apuntando a la altura de la cabeza. Dos hombres salieron corriendo, y fue un simple doble disparo, casi como una ejecución, y ambos cayeron. Black no podía esperar más. Los disparos y la ventana rota no habrían pasado desapercibidos. Calculó que tenía unos cinco minutos para salir del edificio y alejarse lo suficiente para evitar verse atrapado en el caos que seguiría, ya fuera por más matones a sueldo o por la policía. Acababa de despachar a seis hombres y a su compañero, Simon Fletcher. No sentía culpa alguna. Conocía a la mujer y los hijos de Simon, les había comprado regalos de Navidad, había pasado vacaciones con ellos. Pero al menos ellos estaban vivos. La familia de Black ya no disfrutaba de esa experiencia.

Salió de las oficinas, tomando las escaleras de nuevo, moviéndose con cautela, alerta, pero el camino parecía despejado. Llegó a la zona de recepción principal. Todo parecía normal. Nada estaba fuera de lugar. ¿Quién habría pensado que se había desatado un tiroteo en el piso de arriba?

Esperó en la entrada. Las puertas dobles estaban cerradas. Eran sólidas, sin paneles de cristal. Nadie podía ver hacia dentro, pero tampoco él podía ver hacia fuera. Respiró hondo, abrió la puerta una fracción, luego más. El camino estaba despejado. Se deslizó fuera, cerrando la puerta tras de sí, y comenzó a caminar por la calle, con naturalidad, como si no fuera a ningún sitio en particular, ambas pistolas guardadas de nuevo en los bolsillos de su abrigo.

Un corredor se acercó hacia él, apareciendo como de la nada. Black se tensó pero siguió moviéndose. El corredor iba a toda velocidad, vestido con una sudadera con capucha verde oscuro, el rostro oculto en la sombra. Black aminoró el paso al acercarse. El corredor pasó de largo. Black se detuvo, se giró, observándolo alejarse. No vio a la gente en el coche aparcado. La puerta del coche se abrió. Black se dio la vuelta, ¡pero demasiado tarde! Un hombre disparó algo directamente a su pecho: dos dardos perforaron su abrigo, conectados por conductores a un arma de mano. Una pistola eléctrica. De repente, una corriente eléctrica recorrió las fibras musculares de Black, causando una contracción instantánea. Aún estaba consciente cuando cayó, pero sus músculos estaban rígidos. Golpeó el pavimento con fuerza, sepultado en su propio cuerpo.

El hombre que sostenía el arma se cernió sobre él. Black miró un rostro que reconoció: Peter Grant.

—No mandas a un crío a hacer el trabajo de un hombre —dijo.

Black escuchó puertas de coches abriéndose y cerrándose. Fue levantado rápidamente por cuatro hombres y llevado al maletero de un Range Rover. Lo metieron dentro, le quitaron el

abrigo y la chaqueta. Uno de los hombres sacó una porra y le propinó un golpe terrible en la parte posterior de la cabeza.

Black perdió el conocimiento, su mundo se desplomó en el olvido.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

No mandas a un maldito crío a hacer el trabajo de un hombre.

Las palabras se repetían una y otra vez en su mente. No estaba despierto. Pero tampoco inconsciente. Se encontraba en un lugar gris intermedio.

Un sonido penetró en su cabeza. Risas. O al menos un sonido que se asemejaba a risas. Entraba y salía de su conciencia, un momento nítido, al siguiente un débil eco, un destello de sonido. Tragó para contener una oleada de dolor.

Había sido descuidado. Iba a morir.

Entreabrió los ojos una fracción, encontrando la luz casi cegadora. Apretó los dientes contra las oleadas de náuseas. Y dolor - un dolor palpitante, golpeando como un tambor en el centro de su cabeza.

Los recuerdos se filtraron, al principio lentamente, luego como una inundación. El dolor paralizante de la electrocución por el taser. Ser agarrado y metido a la fuerza en la parte trasera de un coche. El golpe de la porra en su cráneo. Tragó saliva, pero incluso ese simple acto era doloroso. Tenía la garganta reseca. Intentó moverse, pero descubrió que estaba atado. Examinó su posición de una manera casi distante.

Estaba sentado en una silla, con las manos atadas dolorosamente a la espalda con lo que parecía una cuerda, y los tobillos atados a las patas de la silla. Le habían quitado la camisa, así como los calcetines y los zapatos. Sus cuchillos descubiertos y confiscados, pensó con pesar. Sus ojos se adaptaron gradualmente a la luz, y empezó a entender su entorno.

Estaba en una habitación grande y muy amueblada. A su izquierda había una chimenea de leña, bajo un marco de roble oscuro, con las llamas reducidas a brasas apagadas. Black notó que un atizador descansaba sobre una rejilla metálica, con un extremo enterrado en el calor humeante. Todo era de madera. Suelo de madera, con alfombras dispersas; paredes de paneles de roble oscuro; techo alto de madera con vigas oscuras. El lugar parecía abarrotado - sofás de cuero y sillas tapizadas y mesitas, colocadas sin ningún orden particular. De hecho, las habían apartado, se dio cuenta, para dejar espacio libre a su alrededor. Para divertirse, pensó sombríamente.

La habitación estaba iluminada por varias lámparas y focos empotrados en el techo. En una esquina había un piano de cola, pulido hasta que la madera brillaba, reluciente. Ventanas y amplias puertas francesas se extendían a lo largo de casi toda una pared lejana, con pesados cortinajes en cada extremo abiertos y sujetos con alzapaños. Sobre la chimenea había un gran cuadro de Peter Grant, mirando a la distancia media, con una escopeta apoyada en el hombro, vestido como un hacendado rural con un traje de tweed marrón de tres piezas, de pie con un labrador a sus pies, y una montaña en la distancia, y un cielo azul arriba.

Black se lamió los labios. Los sentía agrietados e hinchados. Toda la cara le dolía. Quizás alguien ya había descargado su ira sobre él mientras estaba inconsciente. Así lo parecía.

Sus pensamientos se desviaron hacia atrás, a otro tiempo, otro mundo.

Viejos recuerdos afloraron.

Mazmorras profundas bajo una prisión en Irak, excavadas en la fría piedra. Hambriento, despertando cada mañana para una paliza ritual. Colgado por las muñecas durante horas interminables. De vez en cuando una ejecución simulada. Ahogamiento simulado, solo por diversión. Ver decapitaciones de otros reclusos. Le habían entrenado para soportarlo. El SAS entendía que en su particular línea de trabajo, la captura era una posibilidad real. El entrenamiento había incluido tortura psicológica y física en condiciones simuladas. Pero a pesar de lo duras que fueran esas condiciones, en última instancia, era solo un simulacro. Nadie moría. Nada podía preparar a un soldado para lo real. Para Black, enfrentándose a la muerte como lo hacía entonces a diario, el miedo a morir se convirtió en algo a lo que se acostumbró, hasta que fue capaz de manejarlo, contenerlo. Y una vez contenido, gradualmente cambió a una emoción nueva y vibrante. Rabia. Escapó de aquel agujero infernal y, en el proceso, se deleitó cortando el cuello a tres de sus guardias. Se preguntó si tendría tanta suerte esta vez.

Risas de nuevo, desde otra habitación. Entraron dos hombres. A uno sabía que lo había visto antes. Rebuscó en su memoria, tratando de ubicarlo. Era como intentar nadar en la niebla. Lo recordó. El hombre del BMW. El hombre que había estado esperando fuera de su casa en Eaglesham. El hombre cuyo amigo Black había apuñalado en el ojo con una llave. Al otro también lo reconoció. Vagamente. Un atisbo de recuerdo. Una cara que había visto en una habitación de una comisaría hace una eternidad, cuando le quitaron la ropa manchada de sangre; cuando acababa de matar a Damian Grant fuera de un pub en Eaglesham. Un hombre corpulento, de cara redonda y pelo tan fino que parecía calvo. El hombre que nunca sonreía.

El inspector Lomond.

—Estás despierto —dijo el hombre del BMW.

Black se pasó la lengua por los dientes.

—Estoy en una pesadilla. Estoy viendo a dos duendes gordos. ¿Puedo tomar algo de agua?

—¿Qué coño acabas de decir?! —gritó Lomond, con salpicaduras de saliva volando de las comisuras de su boca.

—Tranquilo, Jack —dijo el otro—. Es un cabrón respondón, pero ignóralo. No será respondón por mucho tiempo.

El Hombre del BMW se acercó a Black y se inclinó sobre él, con la cara a quince centímetros.

—¿Te acuerdas de mí?

—¿Cómo podría olvidarlo, con una cara como la tuya?

—¿Recuerdas lo que le hiciste a mi colega? Perdió un ojo. ¡Perdió un puto ojo! Ahora tiene que llevar un jodido parche. No está muy contento. Está lo que se dice jodidamente indignado. Quiere que te transmita este mensaje: que cuando el señor Grant haya terminado de hacer lo que tiene que hacer, quiere que te saque los ojos con una puta cuchara y los ponga en un llavero, para tener buenos recuerdos tuyos.

Black miró al hombre que se cernía sobre él.

—Aquí tienes un mensaje para tu guapo colega tuerto —dijo Black escupiéndole en la cara.

El hombre retrocedió, con los labios curvados en una mezcla de ira y asco. Pero no tomó represalias. No se atrevía, probablemente por órdenes de Grant, supuso Black. No debía ser dañado gravemente, de lo contrario no podría hablar. Y Black sabía que Grant estaba

desesperado por que hablara.

Otra puerta se abrió, en algún lugar detrás de Black. Ocho hombres entraron en la habitación, formando un semicírculo alrededor de donde estaba sentado Black. Uno de ellos era Peter Grant. Otro era Nathan.

Grant clavó una larga mirada en Black.

—Bastante diferente de Giovanni's. No tiene el mismo ambiente.

—No es lo mismo. Seguro que la comida es mucho más barata. ¿Puedo tomar un vaso de agua?

—Por supuesto. Nathan, trae agua al hombre —Nathan se marchó.

Grant se acercó y se inclinó, con las manos en las rodillas, escrutando el rostro de Black.

—No tienes buen aspecto, viejo amigo. Pareces hecho polvo. Eso es lo que pasa cuando empiezas a meter las narices en mis asuntos.

—Empecé a meterme cuando decidiste asesinar a mi mujer y a mi hija. Una reacción bastante natural, ¿no crees?

Grant se encogió de hombros.

—Te merecías todo lo que te pasó. Al igual que ellas. La balanza quedó equilibrada.

Nathan volvió con un vaso alto de agua y lo acercó a los labios de Black. Black bebió con avidez, mientras Nathan inclinaba lentamente el vaso mientras Black lo vaciaba.

—Bien —continuó Grant—. Se acabaron los refrigerios. Sabes exactamente por qué estás aquí. Mi dinero está en la cuenta de clientes de tu empresa. Mataste de forma muy grosera al único medio por el que se iba a transferir el dinero, es decir, Simon Fletcher. Ese trato ahora está, como tú, jodido. Necesito recuperar el dinero. Así que, por favor. Devuélvemelo.

—Siento que el trato se haya ido al garete —dijo Black—. ¿Qué era, una transferencia fraudulenta de terrenos? De una empresa a otra. Otra capa añadida para dificultar el descubrimiento del blanqueo. ¿Y luego qué? Cerrar las empresas, disolverlas. Para entonces el dinero se ha movido, ¿a dónde? ¿A cien empresas más, en transacciones legítimas? Y así, el fondo de drogas y extorsión de Peter Grant queda limpio y accesible, y todos los restos de los beneficios del delito son casi imposibles de rastrear. Qué pena que te lo haya estropeado todo. Ahora es una suerte si siquiera recuperas tu dinero. Sobre todo cuando la policía empiece a husmear en una escena del crimen de la leche. Perdí la cuenta de los cadáveres. Déjame adivinar: ¿el dinero vuelve a su origen? ¿Una cuenta bancaria suiza? ¿Islas Vírgenes?

—Islas Caimán, ya que preguntas. Y no has arruinado nada. Solo es un contratiempo. Un bache. Los abogados corruptos son casi tan comunes como los polis corruptos. Y son tan comunes como la mierda en una alcantarilla. Encontraré otro bufete en alguna parte, alguna firma corporativa elegante que parezca buena por fuera, pero que por dentro esté desesperada por conseguir dinero. En el caso de Fletcher, fue pura codicia.

—¿Y Wilson?

—¿Ese cabrón avaricioso? Disfrutó haciéndole matar. Qué mala suerte la tuya ser socio de un bufete lleno de villanos. Ahora tus dos socios están muertos. Y aquí estamos. ¿Cuál es la contraseña, por favor? Si me la dices ahora, será mucho más fácil para ti.

—Me dejarás ir, por supuesto.

—Somos adultos, tú y yo. Sabes que eso no puede ocurrir. Pero podría soltar a Tejón contra ti, y entonces todo se volvería bastante desagradable.

—Tenéis unos nombres tan monos los unos para los otros. Tejón. Tommy Tacita. ¿Cuál es el tuyo? ¿Traficante de Drogas Asqueroso?

—Ya has conocido a Tejón —respondió Grant, con un tono casi afable—. Es el que quiere

matarte porque dejaste ciego a su colega. Podríamos salir todos de la habitación, darle dos minutos, y luego volver y preguntarte de nuevo.

—Buena idea. Tejón me matará, y lo sabes. Y entonces puedes despedirte de todo tu dinero duramente ganado. Por cierto, ¿cuánto es? ¿Cuarenta millones? ¿Más? Si no lo recuperas, me pregunto cuánto durará el imperio de Peter Grant.

—Pregúntate lo que quieras —dijo Grant—. Vas a decirme la contraseña. Parece que lo haremos por las malas. Para ti, claro. Para mí será un placer.

Lanzó una mirada a uno de los hombres, asintiendo hacia el fuego. El hombre sabía lo que significaba. Todo planeado, pensó Black. Una tortura estructurada.

El hombre cogió una toalla que estaba doblada junto al hogar y la usó para envolver el mango del atizador que descansaba en las brasas. Sacó el atizador. Estaba al rojo vivo. Se lo entregó a Grant, que lo levantó en el aire, mirándolo, girándolo en su mano, como si estuviera admirando una obra de arte.

—Grita todo lo que quieras, señor Black. Eres un invitado en mi pabellón de caza, que está en medio de la nada. Aunque si te interesa, estás en el corazón de las Cairngorms. Ardillas rojas y urogallos y naturaleza escocesa, y no mucho más. Nadie te oirá, así que grita, amigo mío. No hay vergüenza en ello.

Black se tensó. Grant bajó el atizador hasta un centímetro del pecho de Black. No tocaba la piel, pero aun así sentía como si estuviera en llamas. Apretó los dientes y cerró los puños.

—Siempre me han impresionado las formas medievales de tortura —continuó Grant, dirigiéndose a los hombres que le rodeaban—. En aquella época, no se andaban con tonterías. El marcado era popular. Como precursor, antes de lo realmente duro. Así que, aquí tienes un precursor, señor Black. Disfrútalo.

Colocó suavemente el hierro al rojo vivo en el centro del pecho de Black. Black gimió. El dolor era abrasador. Grant pasó lentamente el hierro hacia abajo, luego a través y alrededor de su pezón. Black respiraba con jadeos rápidos, un dolor que aturdiría la mente recorriendo cada partícula de su cuerpo.

Grant levantó el hierro, admirando su obra.

—Dale otro trago de agua al señor Black. Creo que necesita más refrescos durante el intermedio.

Nathan asintió y se marchó.

—¿Te ha gustado? —preguntó Grant.

Black tragó para contener una repentina sensación de náuseas. Sacudió la cabeza, como si el acto pudiera liberar su mente del dolor, lo cual no ocurrió.

—Me ha encantado.

—Qué bien. Tenemos toda la noche —Grant llevaba una chaqueta de cuero azul oscuro, que se quitó y colocó en el respaldo de una silla—. Esto es un trabajo caluroso, aunque mucho más caluroso para ti. ¿Cuál es la contraseña?

Black levantó la mirada hacia Grant, con la visión borrosa, el mundo desenfocado.

—La contraseña es: adiós a cuarenta millones de libras.

Grant suspiró y, casi con indiferencia, apoyó el atizador en el hombro derecho de Black, donde lo dejó reposar. La piel chisporroteó. Black dejó escapar un gemido grave. Podía oler su propia carne quemándose.

—Eso no tiene gracia —dijo Grant—. Para un hombre en tu situación. Esto puede durar toda la noche. Así que deja de hacer el imbécil. O el dolor que estás sintiendo ahora mismo será como el paraíso comparado con lo que vendrá después.

Grant mantuvo el atizador en el omóplato de Black durante otros cinco segundos y luego lo apartó. Black jadeó.

Nathan había vuelto y de nuevo acercó suavemente el borde del vaso a la boca de Black. Black bebió a sorbos tentativos.

Grant devolvió el atizador a uno de sus hombres, que lo volvió a colocar en las brasas al rojo vivo.

—Echad más leña. Vamos a avivar el fuego.

CAPÍTULO SESENTA

Nathan observaba en silencio cómo la tortura avanzaba a lo largo de la noche. De vez en cuando, su tío le pedía que fuera a por agua, lo cual no le molestaba en absoluto. De hecho, lo agradecía. El espectáculo no era agradable de ver. Al menos para él. Los demás lo estaban disfrutando. Pero Nathan sabía cómo iba a terminar todo aquello. Black nunca hablaría. Y si eso ocurría, perderían cuarenta millones. Black moriría, y la contraseña con él. Entonces, Nathan temía cómo reaccionar a su tío.

De vez en cuando, Black perdía el conocimiento, y entonces usaban el agua para salpicarle la cara y hacerle volver. A estas alturas, su pecho era un mosaico de quemaduras ardientes. Habían pasado dos horas desde que comenzó el proceso. La habitación estaba caldeada y apestaba a sudor. Las ventanas y las puertas del patio estaban abiertas para dejar entrar el aire fresco de la noche. Fuera no había nada visible para el ojo humano, salvo una sábana de oscuridad profunda e impenetrable. A un kilómetro y medio de la vasta cordillera de Cairngorm, escondidos en el bosque, no había farolas, ni iluminación de casas vecinas, ni civilización en treinta kilómetros a la redonda. No había nada. Estaban solos en medio de la naturaleza. Peter Grant tenía razón. Nadie podía oírte gritar.

—Vamos a hacer un descanso —dijo Grant, que a estas alturas se había quitado el jersey y llevaba una camiseta polo de color crema claro manchada de sudor. Black había vuelto a perder el conocimiento, con la cabeza caída hacia delante.

—Vamos a comer algo. Volveremos en media hora. Badger, tú y Jack vigilad a nuestro amigo. Y Badger, no le toques ni un pelo. Ni uno solo. ¿Lo has entendido?

Badger asintió enérgicamente.

—No hay problema, señor Grant. Está en buenas manos.

—Más te vale. Volveremos pronto.

Grant, sus cinco secuaces y Nathan salieron de la habitación. Nathan miró hacia atrás, a la lamentable figura de Black, atado y destrozado. Nadie iba a ganar. Black era el tipo de hombre que preferiría morir antes que hablar.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Black se agitó y levantó la cabeza ligeramente. El dolor era generalizado, afectando todo su cuerpo. Recibió un pequeño alivio gracias a las puertas francesas abiertas, que dejaban entrar el aire frío de la noche, proporcionando un toque fresco y reconfortante a su piel quemada. Pero aún podía funcionar. Y vio una oportunidad.

Badger estaba de pie a un metro de él. Detrás, sentado en un largo sofá, estaba el policía Jack Lomond, con las piernas extendidas, bebiendo ruidosamente una botella de cerveza, su cara redonda brillando de sudor.

Black tragó saliva y murmuró algo.

—¿Qué coño estás intentando decir? —gritó Badger, frunciendo el ceño. Sostenía un cuchillo por el mango, golpeando la parte plana de la hoja contra la palma de su otra mano. Parecía un cuchillo de combate, posiblemente hecho a medida, con un filo serrado, de unos veinte centímetros de largo. No muy diferente al estándar del Cuerpo de Marines de EE. UU.

—Siento lo de tu amigo el tuerto —masculló Black—. No pensé que fuera tu tipo. Creía que preferías a los niños pequeños.

Badger lo miró fijamente, con la cara roja de ira.

—¿Qué coño acabas de decir?

—O quizás prefieres a los gordos y feos. Como el maricón que tienes detrás.

Badger dio un largo paso adelante, se inclinó cerca de Black, presionando la punta del cuchillo contra su mejilla.

—Di una palabra más, por favor, y te juro por Dios que te meteré esta hoja por la boca y te partiré la puta lengua por la mitad.

Black respondió con una sonrisa espantosa.

—¿O tal vez chaperos? ¿Es eso lo que te gusta? ¿Chaperos, pedazo de cabrón?

Badger acercó su cara aún más, casi tocándolo.

—Voy a destriparte, Black. Te haré chillar como un puto cerdo.

Lo suficientemente cerca.

Era todo lo que Black necesitaba.

Black lanzó su boca hacia delante, mordiendo profundamente el cuello de Badger. Sintió sus dientes hundirse a través de la piel, las venas, y luego el repentino estallido de sangre pegajosa y caliente, mientras desgarraba una arteria carótida. Apretó sus mandíbulas con fuerza, impidiendo que Badger pudiera zafarse. Badger intentó gritar, pero el sonido fue un gorgoteo. Agitó el cuchillo al azar, débilmente. Estaba en estado de shock y convulsionando, la sangre brotando de su cuello como una fuente.

Lomond se quedó boquiabierto, con la mandíbula floja. Se puso de pie de un salto, dejando

caer la botella al suelo, y corrió hacia ellos. Instantáneamente quedó salpicado con la sangre de Badger. Intentó apartar a Badger. Golpeó a Black en la cara, en el lado de la cabeza. Black lo sujetó con fuerza, como una lapa, con las mandíbulas cerradas, los dientes profundamente clavados. Se produjo una breve lucha. Jack arrancó a Badger. Badger se agarró la garganta, tratando de detener el flujo de sangre, con el cuello hecho trizas, la sangre brotando a chorros, tiras de piel colgando. La silla en la que Black estaba sentado se volcó. Badger se tambaleó y cayó de lado en el fuego. En un segundo, su jersey estaba en llamas.

Lomond retrocedió, con los ojos desorbitados, conmocionado por el dramático giro de los acontecimientos. Badger se incorporó con dificultad, con la parte superior del cuerpo envuelta en llamas. Tambaleándose por la habitación, chocó contra asientos y mesas. Un cojín se prendió, luego un sofá entero y en cuestión de segundos el fuego se propagó a otros muebles. Badger llegó a las puertas abiertas en la parte trasera de la estancia, donde se desplomó de rodillas, su cuerpo ardiendo. Las cortinas, recogidas a un lado, se convirtieron de repente en una columna de fuego que ascendía hasta el techo.

Lomond recobró el sentido y salió corriendo de la habitación. Black tenía quizás menos de treinta segundos. Badger había dejado caer su cuchillo a unos treinta centímetros de donde Black yacía, de costado, aún atado a la silla. Usando su cuerpo, hizo rebotar y arrastró la silla hasta que pudo agarrar el mango del cuchillo. Maniobrando con sus manos, comenzó a cortar la cuerda con el filo serrado. Era incómodo, sus muñecas se tensaban por el ángulo.

El fuego era feroz, el techo envuelto en llamas crepitantes, las bombillas estallando, las llamas lamiendo las paredes. Si no moría quemado, el humo acabaría con él, o respiraría el aire caliente y se abrasaría por dentro.

Serraba, adelante y atrás, con los músculos doloridos; la cuerda se aflojó y luego se partió. ¡Sus manos estaban libres! Usó el cuchillo para cortar la cuerda de sus tobillos. Apartó la silla de una patada y se puso en pie, jadeando. Se abrió una puerta, la misma por la que Lomond había salido. Allí estaba Peter Grant, el fuego le obligaba a retroceder, impidiéndole entrar en la habitación. Por un segundo, sus miradas se cruzaron. Black le apuntó con el cuchillo.

—¡Ven a por mí, Grant!

Black se dio la vuelta. Tenía que moverse rápido. Esquivó sofás y mesas en llamas. El piano de cola era un bulto irreconocible de madera ardiente. Llegó a las puertas francesas abiertas y desapareció en la noche. Miró hacia atrás y vislumbró a Grant observándole fijamente, con el rostro grabado de incredulidad.


CAPÍTULO SESENTA Y DOS

La habitación en llamas formaba parte de un edificio anexo —la casa de invitados, como Grant solía llamarla— situada a unos cien metros de la casa principal. Grant, Nathan y los demás no tuvieron más remedio que evacuar y observar cómo todo el edificio era devorado por las llamas. Nathan nunca había visto algo arder tan rápido.

—¿Qué coño ha pasado ahí dentro?! —gritó Grant.

Los ojos de Lomond se movían de izquierda a derecha, brillando bajo la luz del fuego. De repente, sus facciones planas y redondas cobraron vida.

—Le ha desgarrado la garganta a Badger. Se lo juro, señor Grant. Nunca había visto nada parecido.

—¿Ah, no?  Grant chasqueó los dedos y señaló a uno de sus hombres—. Dame eso.

El hombre sostenía una pistola semiautomática Luger. Se la entregó a Grant. Este apuntó y disparó a DS Lomond en la frente. Su cabeza pareció implosionar. El impacto lo levantó del suelo; cayó de espaldas sobre la hierba.

Grant se colocó sobre él y le disparó tres veces más en la cara.

—Gilipollas —se volvió hacia los demás—. Tenemos que encontrarlo. Ahora. Está solo, se está helando y está herido. No puede llegar muy lejos. Cogemos los rifles de caza del pabellón y las linternas. Atraparemos al cabrón, sin problema. ¡Pero lo necesito vivo!

Nathan quería hablar, objetar. Esperar hasta la mañana. Traer más hombres de Glasgow. Conseguir perros de caza. Pero no se podía contradecir a su tío. Su tío estaba cegado por la furia. Si abría la boca, moriría. Aunque también podría morir de todas formas, en esta gélida noche de invierno en las Tierras Altas de Escocia. Ocho hombres armados iban tras un hombre con un cuchillo. Nathan tenía un mal presentimiento en la boca del estómago. Ocho hombres no eran suficientes.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

La luna estaba oculta por nubes grises; el aire era fino y mordía los pulmones con cada respiración. La luz del edificio en llamas le dio a Black una breve idea de sus alrededores. Corría descalzo por un césped cubierto de escarcha. Parecía casi mágico. A su alrededor había un muro de oscuridad: un bosque. Su instinto inmediato fue buscar refugio y perderse entre las sombras. Miró hacia atrás. Lo primero que vio fue el fuego, las llamas envolviendo toda la estructura. Se dio cuenta de que era una caseta. Más allá, la silueta de un edificio mucho más grande. La casa principal.

Black llegó a los árboles y se detuvo a tomar aliento detrás del ancho tronco de un roble. Necesitaba tiempo para hacer balance, para pensar. Además, tenía una vista perfecta del fuego y del jardín circundante. Sus pies ya estaban congelados. El frío le mordía las quemaduras en el pecho. Estaba desnudo de cintura para arriba, en lo que parecía una temperatura bajo cero. Si no entraba en calor pronto, la hipotermia se apoderaría de él, su pulso se ralentizaría, perdería la conciencia y se quedaría dormido. Estaría muerto en una hora. Necesitaba ropa de abrigo. Y necesitaba un arma mejor.

De la luz emergieron los hombres. Se pusieron delante del fuego, de modo que Black solo podía distinguir sus siluetas. Pero reconoció la figura de Peter Grant. Grant gritaba, probablemente dando órdenes. Vio a Grant coger una pistola y disparar a otro hombre a quemarropa, y luego dispararle de nuevo cuando estaba en el suelo. Ahí va el subinspector Jack Lomond. Policía. Ex policía. Descuidado con su prisionero, pensó Black. Y si eres descuidado en el mundo de Peter Grant, pagas con tu vida. Y parecía que a Peter Grant no le importaba a quién mataba.

Se retiraron a la casa grande. Black empezó a temblar. La descarga de adrenalina de la huida se estaba desvaneciendo. Su temperatura corporal estaba bajando. Tenía que adivinar qué haría su enemigo: Grant lo necesitaba vivo. Y lo necesitaba pronto. Si escapaba, Grant asumiría que el dinero desaparecería. Teóricamente, Black podría transferir el dinero a donde quisiera mediante la banca online. Todo lo que necesitaba era un ordenador. Si llegaba a un lugar seguro, todo era posible. Black supuso que esta era la peor pesadilla de Grant, pero incluso si lo capturaban, el tiempo corría. Si los policías no estaban ya registrando las oficinas de Wilson, Fletcher y Cía., lo estarían pronto. Por la mañana, el personal giraría la llave de la puerta principal, subiría en el ascensor hasta el primer piso, entraría en las instalaciones y descubriría un montón de cadáveres. Una llamada de atención matutina. Gritos, pánico, horror y luego la policía. Ordenadores incautados, cuentas congeladas y los cuarenta millones de Grant perdidos para siempre.

El tiempo corría.

Black luchaba por pensar, el frío helador se apoderaba de él rápidamente. Grant tenía que

encontrarle, sin duda. Y pronto. Se volvería descuidado en su prisa y asumiría lo obvio. Que huiría. Que buscaría una carretera, pararía un coche o buscaría una casa, quizás una granja aislada, y pediría refugio. Así es como reaccionaría cualquier persona normal después de un secuestro y una tortura prolongada. Alejarse lo más posible.

Pero Black no era una persona normal.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

La casa principal —el pabellón de caza— bullía de actividad. Grant y sus hombres se estaban equipando.

Cada uno se cambió a ropa de exterior. Gruesas chaquetas de esquí, botas de montaña, pantalones térmicos, guantes, gorros de montaña. Grant tenía una habitación en el piso de arriba de su casa que estaba cerrada con llave electrónica. En la habitación había estanterías dedicadas a rifles y escopetas. En las paredes había colocadas una variedad de pistolas semiautomáticas. Glocks, Brownings, Berettas. Cajas de balas apiladas en un mueble. Todo un arsenal. Se armaron, cada uno eligiendo un rifle y una pistola que se metieron en los bolsillos de la chaqueta. Grant también cogió una pistola de bengalas. Bajaron en fila y entraron en la cocina, donde Grant distribuyó linternas de alta potencia.

Grant habló rápidamente.

—Nos abriremos en abanico, caminando por el bosque, a treinta metros de distancia entre nosotros. No puede llegar muy lejos. Tenemos que atraparlo rápido, antes de que se congele. Mantened los ojos bien abiertos. Si lo veis, no lo matéis. No va armado, así que no supone una amenaza. El bosque se extiende durante tres kilómetros, luego baja en pendiente hasta el lago. No tiene a dónde ir.

Grant recorrió con la mirada a los hombres que esperaban frente a él.

—Lo necesito vivo. Os juro que si alguno de vosotros lo mata, será hombre muerto. No estoy de broma —giró bruscamente la cabeza hacia un hombre que estaba detrás de él, vestido con pantalones de chándal y camiseta—. Tú te quedarás aquí. Vigila las cosas. Prepara mantas. Cuando traigamos a Black, tendremos que calentarlo rápidamente.

El hombre asintió.

—¿Y si vienen los bomberos? ¿Qué les digo?

Grant lo miró fijamente durante un largo segundo.

—¿Qué acabas de decir? Estamos en medio de la nada. ¿Por qué demonios vendrían los bomberos?

—Lo siento, señor Grant —tartamudeó—. Pero nunca se sabe.

De repente, Grant le dio una bofetada al hombre, con los hombros temblando y la cara demacrada y cadavérica.

—¡Entonces díles esto! —gritó—. ¡Díles que Adam Black está quemando mi puto mundo!

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Black bordeó la periferia del bosque, manteniéndose en las sombras profundas de los árboles. Había perdido toda sensación en los pies. Su cuerpo temblaba por el frío intenso; le castañeteaban los dientes. El bosque parecía formar un límite natural, rodeando la finca rural de Grant. Black llegó junto a la entrada principal de la casa. Vio a los hombres entrar por la puerta principal.

Black esperó. A unos cincuenta metros, oculto en la profunda sombra, soplando aire en sus manos ahuecadas, corriendo en el sitio, abrazándose el pecho. Había coches aparcados en un amplio camino de grava blanca. Tres Range Rovers. El lugar estaba iluminado por luces exteriores. Un camino estrecho se extendía en la oscuridad, presumiblemente hacia una carretera principal, con muros bajos a ambos lados y luces empotradas en la piedra cada veinte metros. Black miró hacia arriba: las nubes se habían desplazado, revelando fragmentos de una pálida luna.

Black sabía que no tardarían, y no lo hicieron. Salieron en fila diez minutos después, vestidos con ropa de invierno, empuñando rifles, con la inconfundible figura de Grant a la cabeza, repartiendo órdenes. Black notó la tensión en la voz de Grant. Su suposición había sido correcta. Estaban rodeando la casa, hacia el bosque de atrás. Asumían que Black estaría huyendo. Se equivocaban.

Tan pronto como desaparecieron de la vista, Black corrió hacia la puerta principal. No había cobertura y estaba completamente expuesto a las luces. Si alguien lo veía desde una ventana, o si había cámaras de seguridad, estaría perdido. Pero tenía que arriesgarse. Llegó a la entrada principal. Hasta ahora, todo bien.

Se encontró con una sólida puerta de madera. Esperó un segundo sin aliento, escuchando cualquier sonido del interior. Silencio. No había visto a nadie molestarse en cerrarla con llave, lo que significaba que no esperaban que Black apareciera, y tal vez habían dejado a alguien vigilando. Giró el pomo suavemente, empujó: la puerta se abrió, lo suficiente para deslizarse dentro; la cerró silenciosamente tras de sí.

Inmediatamente, sintió el calor: una sensación bienvenida. Estaba en un amplio y alto vestíbulo, con una gruesa alfombra blanca bajo sus pies y ricas paredes revestidas de madera. Similar a la decoración de la casa de huéspedes. Puertas a ambos lados. Al final del vestíbulo, una amplia escalera. Con los nervios en tensión, se arrastró hasta el pie de la escalera. Aún llevaba el cuchillo de caza de Badger. Supuso que los dormitorios estarían en el piso superior.

Una puerta se abrió a su derecha, desde la cocina. Un hombre se quedó de pie, enmarcado en el umbral, sosteniendo un cuenco de comida en sus manos, vestido con pantalones de chándal y camiseta. Se detuvo y miró boquiabierto a Black.

—Tú —graznó el hombre.

—Yo —dijo Black. Lanzó el cuchillo, usando una técnica de giro. La hoja se hundió en el pecho del hombre. El hombre se quedó inmóvil, mirando boquiabierto el puñal clavado en su cuerpo, hasta la empuñadura. Black siguió rápidamente. Saltó hacia adelante, pateó al hombre en la ingle, sacó el cuchillo y lo apuñaló en el cuello. El hombre se desplomó en los brazos de Black, gorgoteando sangre.

Black lo dejó caer suavemente al suelo. De repente, la alfombra blanca se tiñó de rojo. Black esperó, con los nervios a flor de piel. El ruido podría haber atraído a otros. La casa parecía tranquila, desocupada. Black subió corriendo las escaleras. Buscaba los dormitorios, cualquier dormitorio. Algún lugar donde pudiera encontrar ropa de abrigo.

Más puertas. Recorrió las habitaciones hasta que encontró lo que buscaba. Una habitación grande, cama de matrimonio y, a un lado, una serie de armarios empotrados. En ellos estaba lo que necesitaba: pantalones forrados de forro polar, camisa, jersey y, en una sección, una fila de abrigos. Black se puso un anorak negro con capucha. Encontró un armario de zapatos y en él, varios pares de botas de invierno. Black se puso un par. Le apretaban un poco, pero Black no tenía el lujo de preocuparse por eso.

No tenía arma, excepto el cuchillo. Pero en la oscuridad, cuando la gente estaba asustada, una pistola no era esencial.

Black bajó corriendo las escaleras, pasó junto al hombre muerto en el suelo del vestíbulo y salió por la puerta principal.

Era hora de unirse a la cacería del hombre que Peter Grant más odiaba en el mundo. Adam Black.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Black se subió la capucha del abrigo sobre la cabeza, volviéndose irreconocible. Pasó corriendo junto a la casa de invitados en llamas, que aún ardía por completo, con la estructura del tejado derrumbada sobre sí misma y las llamas alcanzando el cielo nocturno. Llegó a la línea de árboles y se sumergió en la oscuridad.

Vio destellos de luz adelante, no muy lejos. Haces de linternas. Además, era imposible no oírlos, abriéndose paso entre la maleza, gritándose entre sí, y destacaba la voz de Peter Grant, vociferando órdenes. Su intención no era cogerlo por sorpresa. Más bien, eran como sabuesos cazando al zorro, persiguiendo a su presa hasta que no pudiera ir más lejos, agotada y exhausta. Black se movía lo más rápido que podía, sin preocuparse por el ruido que hacía, ya que los sonidos de su paso se mezclaban con el alboroto general.

Los ocho hombres se movían lentamente en la misma dirección, en lo que parecía ser una línea relativamente recta. Black los alcanzó, pero se mantuvo a unos cincuenta metros de distancia, calculando su posición por cada linterna que se balanceaba. Se centró en el hombre que estaba en un extremo de la línea, el más cercano a él. Con el anorak oscuro y prácticamente sin luz natural, era invisible.

Aumentó su ritmo hasta estar a un metro detrás, bajándose la capucha para tener mejor visión. El hombre que había elegido llevaba una chaqueta de esquí azul claro y un gorro de lana oscuro que le cubría las orejas. Tenía una linterna en una mano y un rifle colgado al hombro. Parecía un Winchester de cerrojo. Un rifle de cazador. Black tenía que moverse rápida y silenciosamente. El asesinato debía ser eficiente.

Ejecutó la maniobra exactamente como le habían entrenado. Colocando una mano sobre la boca del hombre, clavó con fuerza su cuchillo en el lado de su cuello, ofreciendo el cuello de la chaqueta de esquí poca resistencia. El hombre emitió un leve sonido de tos y se desplomó inmediatamente, Black sostuvo su peso, bajándolo suavemente al suelo. Black le quitó tanto la linterna como el rifle y lo dejó temblando en la hierba alta.

Ahora Black formaba parte de la línea. El hombre frente a él le hizo señas y apuntó su linterna en su dirección.

—¿Alguna señal? —preguntó.

Black iluminó con su linterna y negó con la cabeza.

Continuaron avanzando lentamente. Black podía oír a Grant dando órdenes desde el centro de la línea.

—Despacio y con calma. No puede pasarnos. Mantened las linternas apuntando hacia delante. Lo acorralaremos. No le disparéis. No tiene adónde ir al pie de la colina. Atraparemos al cabrón. Sin problema.

Black decidió que era el momento. Se detuvo y levantó la mano.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Aquí!

La línea se detuvo y siete linternas se enfocaron en él. Se había vuelto a subir la capucha del anorak sobre la cabeza, dejándola suelta para tener buena visión periférica, pero lo suficiente para ocultar su rostro.

—¡Joder, qué bien! —dijo un hombre.

—¡Quédate ahí! —gritó Grant.

Te lo puedes creer, pensó Black. Los siete hombres se dirigieron hacia él.

Black se arrodilló. Para los hombres que se acercaban, parecería lo bastante inocente, como si se estuviera agachando para inspeccionar algo en el suelo. En su lugar, Black apagó su linterna, colocó la culata del rifle en el hueco de su hombro de disparo, apoyó la mejilla en la culata, apuntó la mira de hierro directamente contra la luz de la linterna del primer hombre que se acercaba y disparó.

El disparo resonó en el aire fresco del bosque. La linterna cayó repentinamente al suelo. Tiro limpio. Las otras linternas se detuvieron de golpe. Black no lo hizo, accionando el cerrojo con suavidad y disparando de nuevo en menos de dos segundos, apuntando directamente al siguiente haz de luz. Estaba a unos veinte metros más lejos, pero bien dentro del alcance de Black. Otro disparo retumbó en el frío invernal, otra linterna cayó al suelo. Dos hombres abatidos en menos de cinco segundos. Las probabilidades estaban mejorando.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

—¿Qué coño está pasando?! —gritó Grant.

—¡Es Black! —exclamó Nathan—. ¡Es Black disparándonos!

—Joder. Tiene un arma —gritó otro.

Luego otra voz:

—¡Apagad las antorchas! ¡Apagad las puñeteras antorchas!

Demasiado tarde. Un tercer hombre cayó, cerca de Nathan. Nathan lo vio suceder: la bala atravesando el pecho del hombre, su espalda estallando como un volcán escupiendo pedazos de cuerpo.

Las antorchas se apagaron, el bosque quedó inquietantemente silencioso tras el ruido de los disparos. Se instaló una quietud. Nathan se había lanzado al suelo y se arrastró detrás de un tronco. Se esforzó por ver algo, cualquier cosa que pudiera indicar la posición de Black. Pero solo veía una maraña de oscuridad y sombras.

Su tío también estaba tumbado en el suelo, a unos veinte metros.

—¿Puedes verle? —susurró Grant.

—¡No veo una mierda! Deberíamos volver, ponernos a salvo. ¡Reagruparnos!

Grant no respondió de inmediato. Nathan imaginó la mente de su tío trabajando a toda velocidad. Estaba en un dilema. Si iniciaba un tiroteo y Black moría, perdería una fortuna. Si no hacía nada, Black podría desaparecer, esfumarse en la noche, o peor aún, seguir eliminándolos uno a uno.

—¡Black! —gritó Grant—. ¿Puedes oírme?

Nada.

—¡Sé que puedes! Solo quiero la puñetera contraseña. Si me la das, todos nos largamos de aquí. Tú por tu lado, yo por el mío. Recuperas tu vida y nos olvidamos de esto. ¿Qué me dices? ¿Tenemos un trato?

Una voz respondió de repente, no desde el lugar donde Nathan pensaba que Black estaba agazapado. Venía de algún sitio detrás de ellos. Nathan se sobresaltó al oírla.

—¿Entonces nos olvidamos de todo?

—¡Así es, Black!

—¿Y me olvido de mi mujer y mi hija?

—¡No podemos volver atrás! Ambos sufrimos. ¡Tú te llevaste a mi hijo! ¿Qué coño esperabas?

—Nada. Nada en absoluto. Nunca obtendrás la contraseña, Grant. Acéptalo. Esta noche vas a morir.

De repente Grant se puso en pie, apuntando con el rifle.

—¡Matadlo! ¡Matad al cabrón!

Disparó en la dirección de la voz de Black. Sus hombres dispararon, incluido Nathan, el sonido era ensordecedor. En el fondo, sabía que no había posibilidad de acertar a Black en estas condiciones. Cuatro rifles descargaron ráfagas de balas sin tener idea de hacia dónde disparaban. Después de diez segundos, los disparos cesaron, y de nuevo ese extraño silencio sobrenatural descendió sobre el mundo.

—¡Creo que le he dado! —gritó alguien.

Un ruido, a unos cuarenta metros. El sonido de ramas quebrándose, pisadas aplastando palos y tierra dura. El hombre más cercano a Grant se estaba moviendo. Corriendo. Apareció un repentino haz de luz. Había encendido su linterna.

—¡He dado a algo!

—¡Quédate donde estás! —rugió Grant—. ¡Apaga la puñetera linterna!

El hombre le ignoró. Otro disparo de rifle retumbó. Nathan oyó un crujido de arbustos, un gemido. Luego silencio. La luz de la linterna desapareció.

—¿Dónde estáis? —gritó Grant.

Sin respuesta.

—¡Mierda!

De ocho a tres, pensó Nathan. ¿Quién será el siguiente?

Su tío estaba tumbado de nuevo, apuntando con el rifle hacia delante. Se arrastró hacia Nathan, que seguía agachado tras un árbol, apenas atreviéndose a respirar. Llegó a unos dos metros de él y habló en un susurro ronco:

—No podemos volver. Nos liquidará cuando intentemos llegar a la casa. Seguimos adelante. Seguimos la pendiente hasta llegar a la orilla del lago. Si conseguimos llegar al embarcadero, podremos escapar en el Shadow. Una vez en el lago, estaremos a salvo.

—A menos que Black nos pille primero.

—Mantén la calma, Nathan. No podemos verle, él no puede vernos. No está lejos. Lo haremos despacio y con cuidado. Mantente cerca detrás de mí. Y no enciendas la linterna.

—Aún queda uno de nuestros hombres ahí fuera.

—Que le den. Somos tú y yo.

Nathan asintió, aunque su tío no pudiera ver el gesto. Nathan intentó tragar, pero tenía la boca demasiado seca. Se le ocurrió que estos podrían ser los últimos momentos de su vida. Se animó y empezó a moverse con un andar sigiloso, segundo a angustioso segundo, con el cuerpo en tensión esperando el impacto mortal de una bala. Su tío iba cinco pasos por delante, agachado, dirigiéndose hacia el embarcadero en Loch Morlich.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

Black no estaba seguro del siguiente movimiento de Grant. Darse la vuelta y correr hacia la seguridad de la casa grande era la acción más obvia. Pero Grant estaba luchando por su vida y sabía que Black ya había previsto esa jugada. Además, había una clara zona de peligro entre el borde de los árboles y la entrada de la casa. Grant quizá no quisiera arriesgarse.

Black también suponía que Grant conocía el terreno. Por lo tanto, pensaba que Grant continuaría adelante, intentando despistarlo, perderlo entre los árboles y luego volver. Además, no usarían sus linternas, al igual que era peligroso para Black usar la suya. Lo que significaba que Black podría perderlos fácilmente en la oscuridad. Black luchó contra un repentino ataque de pánico. Estaba tan cerca; podía saborear el miedo de Grant. Perderlo ahora no era una opción.

Estaba arrodillado en medio de un grupo de pinos. No se movió, escuchando el más mínimo sonido, el crujir de las ramas, el chasquido de las ramitas, cualquier ruido que indicara presencia humana. En lo alto, escuchó el ulular de un búho. A su derecha, el vago murmullo de un arroyo. Calculó que estaba a unos cuatrocientos metros de los restos ardientes de la casa de invitados de Grant. Pero aquí, en lo profundo del bosque, las llamas estaban demasiado lejos para verlas, así que Black tuvo que adivinar su orientación. El terreno estaba en pendiente. ¿Quizás hacia una carretera? Grant había mencionado que estaban cerca de los Cairngorms. Black había entrenado una vez en esta zona, escalando la montaña conocida como Ben Macdui con una mochila Bergen de veinte kilos atada a su espalda. Pero su conocimiento del terreno era limitado.

¡Allí! A su izquierda, quizás a unos cien metros, el crujido de una rama al romperse. Black avanzó con cuidado en la dirección del sonido, tratando de no perturbar su entorno. El avance era lento. El suelo bajo sus pies estaba notablemente inclinado, los árboles se hacían más escasos. Las nubes se movieron arriba - la repentina luz de la luna dio una pálida iluminación. Black vio formas y contornos vagos. Árboles, ramas, arbustos. Caminaba en un extraño inframundo, lleno de fantasmas y sombras. Siguió adelante, paso a paso con delicadeza, cuidando de no hacer ningún ruido. Era un fantasma.

Cuarenta minutos después, el bosque dio paso a una estrecha playa arenosa, más allá de la cual estaba la superficie negra y quieta de un lago, plana como un espejo, con el suave sonido de sus aguas lamiendo la arena.

Se detuvo al pie de un árbol grueso y se agachó, mirando a izquierda y derecha. Dos figuras corrían por la arena, dirigiéndose hacia una estructura construida al borde del agua abierta. ¡Peter Grant!

Un movimiento cerca de su costado. Black se giró. Un hombre estaba de pie, mirándolo, con un rifle apuntando en su dirección general. Estaba tan sorprendido de ver a Black como Black de verlo a él. El hombre levantó su rifle. El instinto se activó. Black se dejó caer sobre una rodilla,

apuntó, disparó todo en un suave movimiento, golpeando al hombre justo en el centro del estómago. El hombre emitió un graznido ronco, se agarró el vientre con ambas manos y se desplomó en las sombras.

Black se había quedado sin balas. Tiró el rifle.

Se volvió hacia los dos hombres en la playa, que obviamente habían oído el disparo y corrían hacia la casa de botes. Black los persiguió, manteniéndose en la cobertura de la delgada franja de árboles.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

Grant y Nathan llegaron al cobertizo de botes. Era una estructura en forma de caseta de madera gigante, que se adentraba al menos veinticinco metros en el agua, con la madera pintada de color granate. Había una puerta en el lateral, sin cerrar.

—¿Has oído eso? —Nathan miró hacia atrás, en dirección a los árboles y la fuente del disparo de rifle.

—¡Pues claro que lo he oído, joder! —espetó Grant—. Puede que le hayan disparado a Black.

—No cuentes con ello.

Entraron en el edificio. Grant cerró la puerta de golpe tras ellos, asegurando dos cerrojos en la parte superior e inferior. Accionó un interruptor. El interior se iluminó de repente con una serie de luces fluorescentes sujetas con soportes al techo alto y plano. Estaban de pie en una estrecha pasarela de madera. Amarrado a un pilote había un barco de velocidad de seis metros, con casco de fibra de vidrio reforzado, un elegante tiburón negro. La palabra "Shadow" estaba grabada en letras blancas brillantes en el casco. Su "barco de diversión", como lo describía su tío. Nathan había estado a bordo antes y nunca había disfrutado la experiencia. Le daba náuseas. Esta noche era diferente. Esta noche, el barco y el agua eran sus mejores amigos.

—¿Tienes las llaves?

—No te preocupes —Grant se dirigió a la parte trasera del recinto, a un conjunto de armarios y estanterías que contenían cuerdas, latas de pintura, bidones de gasolina y otros trastos. Abrió un cajón y sacó una caja de herramientas metálica, que abrió. En uno de los compartimentos había un juego de llaves.

—De repuesto —dijo—. Para emergencias. Hay suficiente combustible en el depósito para llevarnos adonde necesitamos ir. Llegaremos a la carretera principal del otro lado. Es medianoche, pero el Osprey está abierto hasta la una. Llamaremos a un taxi y nos largaremos de aquí cagando leches. Luego ya veremos qué pasa.

Nathan conocía el Osprey. Un pub situado en la orilla del lago, que vendía cerveza y whisky baratos. Un lugar popular para los que estaban hartos de los precios turísticos de Aviemore, a treinta kilómetros por la carretera.

—Pero ¿qué significa eso? ¿Qué va a pasar? —dijo Nathan, con la voz elevándose casi hasta un lloriqueo—. Black está vivo. Hay un montón de cadáveres en la casa. ¿Qué le vamos a decir a la policía?

—¡A la mierda la policía! Tengo al jefe de policía en el bolsillo. Le echaremos toda la culpa a Black. Un puto asesino psicópata suelto.

Bajo la cruda luz fluorescente, su tío parecía espantoso: el bronceado perpetuo parecía

haberse esfumado; su rostro delgado se veía demacrado, sus ojos hundidos en el cráneo, sus pómulos duros y prominentes. Por primera vez, Nathan lo vio mucho mayor de lo que era, frágil y amargado. Y loco.

Grant subió a la cabina y arrancó el motor. Este cobró vida con un zumbido. Nathan desató la cuerda de amarre, la arrojó al barco y subió tras él.

—Larguémonos de aquí cagando leches.

CAPÍTULO SETENTA

Cuando Black oyó los cerrojos de la puerta cerrarse de golpe, no tuvo elección. El enfoque cauteloso ya no era una opción viable. No había ventanas en el cobertizo de botes, por lo que pudo apreciar, ni lugares evidentes desde donde alguien pudiera disparar un rifle. Corrió desde los árboles, cruzó la arena, pasando junto a unas mesas de picnic de madera y una papelera metálica.

Llegó a la puerta justo cuando el zumbido bajo del motor de la lancha comenzaba a sonar. Tiró, pero estaba completamente cerrada. Corrió alrededor de la parte trasera y hacia el otro lado. ¡Allí! Una tubería de desagüe de plástico que bajaba desde un antiguo canalón en el borde del tejado plano, a unos cuatro metros y medio de altura. Black agarró la tubería con ambas manos, su superficie resbaladiza. Trepó por ella, la tubería apenas soportando su peso. Llegó a la cima y se impulsó hacia arriba. El tejado era plano, compuesto de asfalto negro y duro. Black se arrastró hasta el borde más alejado, con vistas al agua. Entrecerró los ojos mirando hacia abajo; la luz del interior del cobertizo se reflejaba en la superficie del agua, dándole un brillo aceitoso y negro.

Esperó, en tensión. Esta era su única oportunidad. Percibió movimiento. La proa de la embarcación emergió del recinto.

Black saltó.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

Nathan permaneció detrás de Grant mientras este maniobraba el barco para sacarlo de su amarre, la maniobra de salida lenta al principio. Nathan, con la mirada fija en el oscuro paisaje, sentía que estaba en una pesadilla interminable, incapaz de despertar. Estaba en el infierno. Hombres muertos por todas partes. La noche aún no había terminado.

Percibió un movimiento borroso, por encima y detrás de él. Se dio la vuelta. De la nada, una figura se abalanzó sobre el barco, aterrizando con un golpe sordo en la popa.

¡Black!

Aterrizó torpemente, haciendo que el barco se balanceara por el repentino peso.

—¡Qué coño! —gritó Grant, girándose para mirar.

Black casi rebotó, pero logró agarrarse a una cornamusa lateral, evitando caer al agua. Se izó y subió al barco. Nathan estaba demasiado aturdido para reaccionar.

—◆◆Dispárale, joder! —Grant empujó con fuerza el acelerador. El barco ganó velocidad al instante, deslizándose sobre el agua.

La repentina aceleración hizo que tanto Nathan como Black perdieran el equilibrio, Black casi cayendo de nuevo al agua.

Nathan había dejado su rifle en uno de los asientos de la cabina. Lo agarró y apuntó directamente al pecho de Black, a solo seis metros de él.

—¡Dispárale! —dijo Grant.

Black le devolvió la mirada, directamente al cañón de un Winchester de cerrojo, sin inmutarse.

Nathan sintió una abrumadora sensación de euforia. Black iba a morir. Nathan, que detestaba ensuciarse las manos, que detestaba cualquier forma de violencia, no tuvo problemas en interpretar esta escena final. Aun así, no pudo evitar que le temblaran las manos.

—Adiós, Black —dijo. Y apretó el gatillo.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

Black podría haberse zambullido en las gélidas aguas del lago, pero decidió no hacerlo. Las cosas habían llegado a este punto. Estaba tan cerca de Grant que casi podía tocarlo. Podía oler su miedo. Después de las pruebas que había soportado, los traumas que le habían infligido, dejarlo escapar era impensable. Imposible. Así que dejó que todo siguiera su curso. El hombre que reconoció como el sobrino de Grant —Nathan— le apuntaba directamente con un rifle. Pero el barco se movía a gran velocidad, rebotando y bamboleándose sobre la superficie del agua. Y estaba oscuro. Y sabía que el hombre frente a él estaba muerto de miedo.

Venga. Que venga lo que tenga que venir.

Nathan apretó el gatillo. El rifle hizo clic. No se oyó el estampido del disparo. No hubo retroceso. No pasó nada.

¡Fallo en el disparo!

Nathan levantó la cabeza, miró a Black, y la conmoción en sus ojos era fácil de leer. La conmoción se transformó directamente en terror.

Black reaccionó con rapidez. Se abalanzó hacia adelante, hacia la cabina, dejando caer todo su peso sobre Nathan. Ambos cayeron hacia atrás, chocando contra Grant, que fue empujado a un lado, el timón del barco girando bruscamente, los tres hombres desplomándose sobre los asientos mientras el barco viraba en una nueva dirección.

Black clavó el codo con fuerza en la cara de Nathan, rompiéndole la nariz con un chasquido audible. Nathan soltó un chillido de dolor. Grant era rápido y ágil. Recuperó el equilibrio, encontró un compartimento en el salpicadero y sacó un revólver del calibre 38. Se giró para disparar a Black. Black se le echó encima, agarrando la muñeca de Grant que sostenía el arma, forzándola hacia arriba, y el disparo salió inofensivamente hacia el cielo. Nathan permaneció tumbado en el asiento, aturdido, con sangre brotando de ambas fosas nasales.

Grant le dio un cabezazo a Black. Black mantuvo su agarre en la muñeca de Grant, pero el golpe lo desorientó. Grant golpeó el lado de la cara de Black con su mano libre, poniendo en práctica todo su entrenamiento de boxeo. Black se giró hacia un lado en un esfuerzo por evitar los puñetazos, y al hacerlo, Grant pudo bajar el arma. Black seguía agarrado, con ambas manos en la muñeca de Grant. El arma se balanceaba de un lado a otro, mientras ambos hombres luchaban por el control. Black le dio un rodillazo a Grant en la entrepierna. Grant soltó un gemido bajo, su dedo apretando involuntariamente el gatillo. Otro disparo. La parte superior de la cabeza de Nathan estalló en un repentino chorro de sangre y sesos.

Grant soltó un aullido salvaje y desgarrador. Por un segundo, su cuerpo se relajó. Black aprovechó su oportunidad. Golpeó la mano de Grant contra una barandilla lateral. El arma se soltó, cayendo al agua. Lanzó su brazo en un brutal uppercut, golpeando a Grant bajo la barbilla.

La cabeza de Grant se echó hacia atrás. Se tambaleó hacia el salpicadero. Black se acercó amenazante, asestando dos puñetazos rápidos, ambos conectando. Lanzó un gancho de derecha, pero Grant lo bloqueó y contraatacó, alcanzando a Black en el ojo. Black sintió como si le hubieran golpeado con un martillo. Grant sacó un cuchillo de una funda de cuero atada a su cinturón. Un cuchillo de caza. Hoja ancha, filo de navaja.

Agitó el cuchillo de lado a lado. De repente, se abalanzó hacia adelante. El barco se sacudió. Black intentó atrapar la muñeca de Grant, pero tuvo que agarrarse a la barandilla para evitar caer por la borda. El cuchillo atravesó su chaqueta, penetrando en su cuerpo, por debajo del lado izquierdo de la caja torácica. No hubo dolor instantáneo. Se sintió como un puñetazo suave. Grant se volvió hacia él, apuñalando hacia su cuello. Black bloqueó con el antebrazo, pero ya podía sentir el cálido flujo de sangre. Grant usó su otro brazo para asestar un fuerte puñetazo en su herida. Black se tambaleó hacia atrás, tropezando con el cuerpo sin vida de Nathan, que había rodado hasta el suelo de la cabina.

Grant se cernía sobre Black, con el cuchillo en una mano, los labios retraídos, los dientes al descubierto como un animal, los ojos brillando de locura.

—¡Voy a arrancarte el puto corazón! —dijo Grant.

Entonces el mundo se volvió del revés, y el cielo se estrelló contra la tierra, y Black se sumergió en la oscuridad.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

No volveré a detenerme, nunca me quedaré quieto, hasta que la muerte haya cerrado estos ojos míos,

o la fortuna me haya dado la medida de la venganza.

Enrique VI, William Shakespeare

El sonido llegó primero. Estridentemente fuerte. Un zumbido pesado y constante. Como si un insecto estuviera zumbando en su cabeza. Llenaba los oídos de Black, su cerebro. Su universo. Intentó abrir los ojos pero no pudo. Cada fibra de su cuerpo le dolía. Sentía como si su cerebro fuera a estallar.

Estoy muerto, pensó. Pero le dolía demasiado para estar muerto. A menos que hubiera dolor después de la muerte. Intentó moverse, pero su cuerpo se resistió. El sonido persistía, demasiado intrusivo para permitirle caer en la inconsciencia. Poco a poco, sus sentidos volvieron. Abrió un ojo. El mundo oscilaba. Estaba tumbado de espaldas, mirando al cielo. Estaba oscuro, pero las nubes se habían despejado, y vio un millón de puntos centelleantes.

Su costado ardía como el infierno. Lo recordó. Le habían apuñalado. Grant. Black tocó el lateral de su chaqueta. Estaba húmeda y pegajosa de sangre.

Giró la cabeza hacia la dirección del sonido. Allí, a diez metros, estaba la lancha motora. Yacía medio dentro, medio fuera del agua, la parte delantera destrozada contra un montón de enormes rocas. Se ha encallado, pensó Black. Ha chocado a toda velocidad contra las rocas. Quedaba poco de ella. Un casco destrozado y en llamas, apenas reconocible como la elegante lancha de antes, con las llamas lamiendo el cielo nocturno. A su alrededor, salpicando el suelo, había trozos de fibra de vidrio, metal retorcido, pedazos de madera. La única sección intacta era el extremo de la popa y la hélice. Era la hélice la que hacía el ruido, aún girando a toda potencia, escupiendo y agitando el agua.

Debía haber salido despedido de los restos. Estaba sobre arena suave. Se incorporó apoyándose en un codo. Se encontraba en una estrecha franja de orilla. Más allá estaba la penumbra del lago. Entrecerró los ojos mirando alrededor. Detrás, más oscuridad. Intentó respirar hondo, pero el acto le resultó doloroso. Sospechaba que tenía costillas rotas. Y sabía que estaba perdiendo sangre. Si no recibía ayuda pronto, se desangraría y moriría.

Un pensamiento se coló en su mente. ¿Dónde estaba Grant? Una sombra parpadeó. Una figura se alzó de entre los restos, una silueta contra las llamas. Venía tambaleándose hacia él. Black intentó enfocar, concentrarse, pero el mundo seguía moviéndose. La figura llegó hasta él, lo miró desde arriba, observando a Black durante varios segundos, como si estuviera meditando. Era Grant, con la cara brillante de sangre por un profundo corte en la cabeza, la chaqueta de esqui rasgada. En el resplandor rojo y naranja del barco en llamas, y en aquella playa solitaria,

ofrecía una imagen de pesadilla.

Detrás de él, el zumbido bajo de la hélice, las aspas removiendo el agua.



—¿Por qué no te mueres de una puta vez, Black? —dijo Grant dejándose caer, de repente a horcajadas sobre Black, con las rodillas clavando sus hombros contra el suelo.

Black intentó resistirse, pero el cuerpo de Grant era demasiado pesado. Era como intentar mover hormigón.

—Nadie se mete conmigo —murmuró Grant—. Nadie.

Con puños pesados y lentos, machacó a Black, duro e implacable, concentrándose en su cara: nariz, dientes, mejillas, ojos.

Black se estaba desvaneciendo. En la oscuridad. En el olvido. Si los golpes no lo mataban, lo haría la herida de cuchillo.

Un solo pensamiento sombrío consumía su mente como una nube oscura: iba a morir, y Grant ganaría. Su mujer y su hija asesinadas,   el muerto, y Grant victorioso.

¡A la mierda! Sus dos brazos aún estaban libres. Tanteó en la arena, buscando cualquier cosa. ¡Ahí! Un trozo de metal, del tamaño de un puño. Black lo agarró. Reuniendo la poca energía que le quedaba, balanceó el brazo hacia arriba y alrededor, golpeando a Grant con fuerza. Grant gruñó, rodó hacia un lado, agarrándose la cabeza. Black empezó a arrastrarse sobre su estómago, sin dirección particular. Vio algo que yacía en la arena cerca de él y se arrastró hacia ello.

Si podía alcanzar lo que creía que era, las probabilidades se volverían considerablemente más favorables.



Oyó movimiento detrás de él.

—¡No puedes escapar, Black!

Escuchó el arrastre de pies sobre la arena mientras Grant se tambaleaba hacia él. Sintió dos manos en la parte posterior de sus hombros cuando lo levantaron y lo voltearon.

Black esbozó una sonrisa macabra.

—Es hora de ver la luz.

Black miró boquiabierto el cañón achatado de una pistola de bengalas. Se giró   para escapar. Demasiado tarde. Black disparó. El espacio entre Black y Grant se incendió de repente. Grant retrocedió tambaleándose, arañándose la cara. Sus gritos resonaron por todo el lago, agudos y estridentes. Se tambaleó por la playa hacia la barca, rascándose las llamas en su piel. Se desplomó de rodillas, como si rezara, tirando de los restos de su chaqueta sobre su cabeza, meciéndose adelante y atrás, sus gritos se redujeron a gemidos bajos, apenas audibles sobre el zumbido de la hélice.

De alguna manera, Black se puso en pie. La cabeza le palpitaba y sus costillas rotas le enviaban espasmos de dolor con cada respiración. Estaba perdiendo sangre rápidamente y ardía de fiebre. El mundo daba vueltas. Aun así, logró ponerse de pie y se dirigió lentamente hacia Grant.

Grant estaba arrodillado ante él, oculto bajo su chaqueta. Black se la arrancó. El rostro que lo miró ya no era reconocible como Peter Grant. Ya no era un rostro en el sentido convencional: se había derretido en un lienzo de colores; carne quemada negra; hueso blanco donde la piel se había desprendido; parches de cráneo rojo y liso donde antes había cabello; una cuenca ocular vacía.

Murmuró algo.

—Ayúdame.

—Queda una cosa más por hacer —dijo Black.

Con cierto esfuerzo, agarró a Grant por debajo de cada brazo, lo levantó y lo arrastró por la

arena hasta la parte trasera de la barca. Hasta las hélices. Grant ofreció poca resistencia. Hablaba, sus labios se movían, pero las palabras eran incoherentes.

Black lo arrastró hacia el agua helada y lo obligó a arrodillarse, a treinta centímetros de distancia de la hélice giratoria, las aspas eran un borrón de movimiento mientras surcaban el agua, empapándolos a ambos. Black agradeció el frío, que aliviaba la ardiente agonía de su cuerpo. Se inclinó y susurró al oído de Grant.

—De parte de Jennifer y Merryn.

Colocó el hueco de su brazo bajo la barbilla de Grant, su otra mano en la parte posterior de su cabeza. Empujó hacia adelante. Grant intentó echarse hacia atrás, luchando contra la presión. Pero su esfuerzo era débil. Black lo empujó, centímetro a centímetro, más cerca de las aspas.

Grant forcejeó. Black siguió empujando.

La parte superior de la cabeza de Grant rozó las aspas de la hélice. Sangre, hueso y cerebro se esparcieron por el aire. Grant chilló. Black siguió empujando. Las aspas atravesaron su cráneo, cortando trozo tras trozo. Black siguió empujando. Los chillidos cesaron. Black lo soltó y permitió que el cuerpo de Grant se alejara flotando hacia la oscuridad del lago.

Black se sentó en el agua. El dolor casi había desaparecido, ahora era una sensación distante, un vago entumecimiento difuso. Un extra, pensó.

Se estiró hacia atrás y flotó en las aguas tranquilas del lago. Se preguntó si quizás debería dejarse ir y unirse a Grant en ese oscuro viaje. Estaba tan cansado. Agotado hasta la médula de sus huesos. Hasta su alma.

El agua ya no se sentía fría. Estaba tomando un baño caliente. Miró de nuevo al cielo. Las estrellas permanecían constantes, mientras los hombres debajo de ellas luchaban y morían y luego repetían lo mismo, una y otra vez, sin fin.

Recordó la luna de sangre, cómo brillaba roja en el cielo cuando toda la saga comenzó.

Entonces recordó algo más. Algo importante. Quedaba una cosa más por hacer.

Adam Black, de alguna manera, se puso de pie con dificultad y se dirigió a la orilla.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

UN AÑO DESPUÉS

La Rue des Martyrs. Una calle de París. No tan grandiosa como algunas, pero pintoresca y caprichosa, animada y colorida.

Repleta de cafeterías y pastelerías; joyerías que ofrecían diseños artesanales. Bistros y librerías; edificios rojos y brillantes anunciando cabarés; pequeños restaurantes excéntricos; carnicerías y panaderías vendiendo productos locales bajo toldos de colores vivos. Los músicos callejeros tocaban desde Chopin hasta Led Zeppelin. Mesas y sillas bordeaban las aceras donde la gente charlaba y fumaba, o se sentaba a solas, leyendo un periódico o un libro. O simplemente se sentaba, absorbiendo el color, la energía, el bullicio. Era verano, y las calles de París estaban calurosas. La Rue des Martyrs bullía de actividad.

En una mesa a la sombra se sentaba uno de esos hombres, solo. No leía. Parecía no estar haciendo nada en particular, más que disfrutar observando a la gente que pasaba, con una pequeña taza de café expreso en la mesa de cristal frente a él. Un hombre fácilmente olvidable. Anodino, pálido, casi cetrino, de rasgos insípidos. Calvo. Vestía pantalones oscuros, chaqueta oscura, camisa blanca, abierta en el cuello. Inocente y modesto. Un hombre que pasaba desapercibido.

Dio un sorbo a su café, mirando alrededor a las otras personas sentadas cerca de él. Un individuo llamó su atención. Un hombre sentado en una mesa de la esquina, en el extremo opuesto del café, solo como él. Un vago indicio de reconocimiento le rozó la mente. Una punzada de inquietud le perturbó. La ignoró y dio otro sorbo. Miró de nuevo. El hombre le estaba mirando fijamente. De manera inquietante. De manera insultante, pensó. Un individuo de aspecto duro, moreno, de rasgos cincelados y mandíbula cuadrada. El hombre estaba bebiendo una taza de café expreso similar, que levantó, asintiendo hacia él.

¿Cómo podía conocer a este hombre? No parecía probable. De repente se sintió incómodo. Su agitación se intensificó cuando el hombre se levantó de su asiento con la taza y el platillo de café en la mano, se abrió paso entre el laberinto de muebles, para colocarse al otro lado de su mesa.

—¿Te importa si me uno a ti?

Se encogió de hombros, incómodo. Pero intrigado.

—En realidad, estaba a punto de irme.

—Me tomaré eso como un sí.

El hombre se sentó. Era grande, posiblemente de un metro ochenta y cinco, musculoso, y se movía con la seguridad innata de un atleta.

—Nunca nos hemos conocido —dijo este hombre—. Pero te conozco.

—¿De verdad? No lo recuerdo.

—Posiblemente no. Quizás recuerdes mejor a mi familia.

Levantó una ceja.

—No estoy seguro de entenderte.

—Los visitaste una vez. En mi casa. Los asesinaste. Les disparaste a ambos en la cabeza. Mataste a mi esposa Jennifer en la cocina. Luego mataste a Merryn, que tenía cuatro años, mientras veía la televisión. Luego te fuiste. Creo que lo he dicho bien.

Escuchó. De repente, el brillo y la emoción de la calle concurrida se desvanecieron. Se quedó sentado, inmóvil. Se lamió los labios, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Creo que estás equivocado.

—No lo creo, Joshua. Cuando se trata de cazar a escoria, rara vez me equivoco. Y te he seguido hasta este café. Eres un hombre difícil de encontrar. Pero te he estado observando durante algún tiempo. Y aquí estamos.

Joshua tragó saliva, se recompuso. No era un hombre al que se pudiera tomar por sorpresa. Pero aquí estaba.

—Me temo que tienes una imaginación fantasiosa —dijo—. Quizás deberías buscar consejo médico, amigo mío. Si no tienes cuidado, gritaré pidiendo un gendarme.

—Por favor, adelante. Tendríamos una conversación interesante.

—Lo siento, pero creo que tienes... ¿cómo lo diría?... una imaginación hiperactiva.

—Quizás. Pero voy a matarte, de todos modos.

Era hora de irse, decidió Joshua. Ahora. Se puso de pie, dejando caer algunas monedas sobre la mesa.

—Te deseo suerte en tus esfuerzos. Pero realmente creo que necesitas ayuda. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—¿Mi nombre? Adam Black. No lo olvides.

FIN